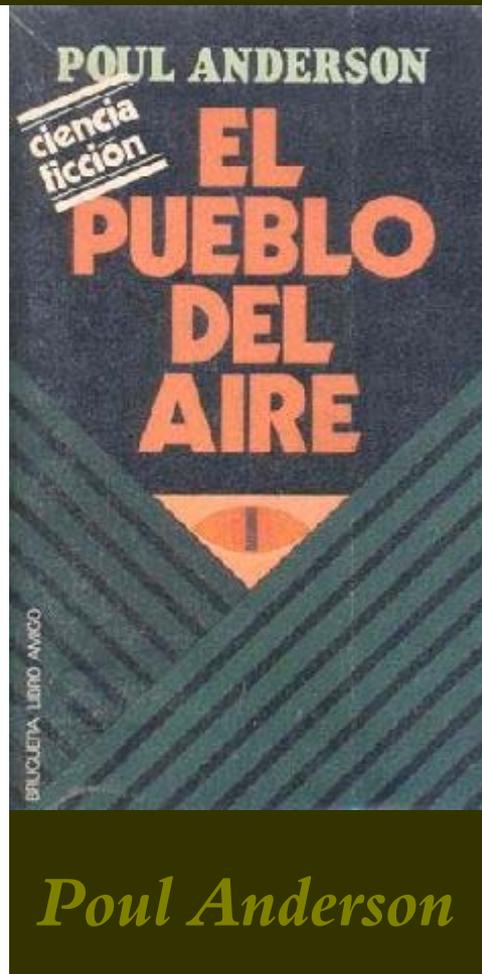


EL PUEBLO DEL AIRE



Título original: The best of Poul Anderson

Traducción: M^a Teresa Segur

© 1976 By Poul Anderson.

© 1977; Editorial Bruguera

Julio Verne 5 - Barcelona

ISBN 84-02-05249-5

Edición digital: Josemcm

R6 08/02

ÍNDICE

Sam Hall (Sam Hall; 1953)

El bárbaro (The barbarian; 1956)

El ultimo de los libertadores (The last of the deliverers; 1958)

El pueblo del aire (The sky people; 1959)

SAM HALL

Un escritor debe aprender a vivir con el hecho de que la mitad de la gente que conoce le preguntará; «¿De dónde saca sus ideas?» Y si escribe ciencia ficción, la pregunta puede tomar otro giro: «¿De dónde saca esas ideas absurdas?»

La respuesta, naturalmente, es: De todas partes. Si posees ese don especial, cualquier cosa —un incidente, un comentario, una ojeada, algo que se ha leído, algo que se ha visto— puede sugerir un relato. El problema no reside en obtener la idea, sino en qué hacer con ella.

El origen de este cuento en particular constituye un buen ejemplo. Hace demasiados años, joven y sin compromiso, pasé varios meses recorriendo Europa en bicicleta. Fue muy divertido, pero tropecé con algunas molestias. Una de ellas era rellenar una estúpida tarjetita dondequiera que pasara la noche —nombre, nacionalidad, etc.—, tarjeta que estaba destinada a pudrirse en los archivos de la policía. Desde entonces, también en América hemos adoptado esa necia costumbre, pero en aquellos días no se era tan rígido. Como casi nunca me pedían que enseñara el pasaporte, llegué a firmar con nombres imaginarios siempre que estaba de mal humor, y uno de los nombres era Sam Hall, el héroe de la balada aquí incluida. La juventud actual no se ha inventado inútiles protestas contra el Sistema.

A mi regreso, encontré al senador Joseph McCarthy en pleno apogeo. Ahora bien, no fue tan horrible como el folklore académico sostiene, aunque, indudablemente, unas cuantas personas inocentes resultaron dañadas como dijo un perspicaz observador, el período consistió principalmente en intelectuales gritando desde los tejados que no se atrevían a hablar más que en susurros. La represión verdadera, cuando tenía lugar, era casi siempre el resultado de un histerismo extraoficial y particular. Sin embargo, no se necesita tener mucha imaginación para ver que la tendencia desembocaría en una dictadura.

Tampoco se necesitaba tener mucha imaginación para ver la potencialidad de los sistemas por computadora. En aquel tiempo había pocas, imperfectas y extremadamente limitadas en sus capacidades; pero iban en camino de perfeccionarse, y pensadores como Norbert Wiener empezaron a considerar lo que eso traería consigo. Yo entreví la posibilidad de un gobierno que vigilara día por día a todo el mundo; me acordé de Europa y de Sam Hall; y así nació mi relato.

Mis obras eran publicadas por John Campbell, editor de *Astounding* (nombre de la revista en aquella época), y conservador en el terreno político. Sam Hall fue reimpresso en todas partes, y me proporcionó una bonita suma total. Todo eso debido a la represión de la era de McCarthy.

Sobrevivimos a eso, como habíamos sobrevivido a otras cosas con anterioridad. Y, sin embargo, no creo que esta fábula haya pasado de moda. Algunos cambios pueden ser más lentos que un viraje en el clima emocional, pero mucho menos reversibles. Hoy día casi hemos terminado la construcción del sistema que describí; sus iniciales son IRS(). Y ahora hablan de un banco nacional de datos...

Pero, nota bene: Nosotros, en el verdadero mundo de los Estados Unidos en la década de los setenta, todavía estamos muy lejos de la situación aquí descrita. Efectivamente, se supone que esto ocurrió a raíz de la derrota en una guerra importante. A pesar de todos los crímenes e intromisiones, nuestro gobierno aún no ha perdido su legalidad. Una revolución en estos momentos sólo nos entregaría al totalitarismo, fuera de los extranjeros o de los barbudos fascisti de Berkeley. El deber de todos los que aman la libertad es detener a los tiranos tanto dentro como fuera de su país. Entonces, es posible que la revolución nunca sea necesaria,.

Clic. Zummm. Brrr,

El ciudadano Línea Línea, Cualquier Ciudad, Algún lugar, U.S.A., se acerca a la recepción del hotel.

—Una individual con baño.

—Lo siento, señor, nuestra ración de combustible no nos permite baños individuales. Podemos alquilarle uno; serán veinticinco dólares extra.

—Oh, ¿eso es todo? De acuerdo.

El ciudadano Línea saca su billetero, extrae su tarjeta y la introduce en la máquina registradora; una serie de gestos automáticos. Unas mandíbulas de aluminio se cierran sobre ella, unos dientes de cobre buscan la clave magnética, y una lengua electrónica saborea la vida del ciudadano Línea.

Lugar y fecha de nacimiento. Padres. Raza. Religión. Historial educativo, militar y de servicios civiles. Estado. Hijos. Ocupaciones, desde el comienzo hasta el presente. Asociaciones. Medidas físicas, huellas digitales, retínales, grupo sanguíneo. Grupo psíquico básico. Porcentaje de lealtad, índice de lealtad en función del tiempo hasta el momento del último análisis. Clic, clic. Brrr.

—¿Las razones de su estancia, señor?

—Viajante. Espero llegar a Cincinnati mañana por la noche.

El conserje (32 años, casado, dos hijos; NB, confidencial: judío. Mantener apartado de ocupaciones clave) aprieta botones.

Clic, clic. La máquina devuelve la tarjeta. El ciudadano Línea vuelve a metérsela en el billetero.

—¡Chico!

El botones (19 años, soltero; NB confidencial: católico. Mantener apartado de ocupaciones clave) coge la maleta del cliente. El ascensor inicia la subida. El conserje continúa la lectura. El artículo se titula: «¿Nos ha traicionado Gran Bretaña?» Oíros artículos de la revista son: «Nuevo Programa de Adoctrinamiento para las Fuerzas Armadas», «Búsqueda de mano de obra en Marte», «Yo fui un enlace de la Policía de Seguridad», «Más planes para SU futuro».

La máquina habla consigo misma. Clic, clic. Una bombilla guiña el ojo a su vecina como si compartieran un chiste privado. La señal final viaja a través de los cables.

Acompañada por otras mil, baja por el último cable y llega a la unidad clasificadora del Registro Central. Clic, clic. Brrr. Zummm. Se enciende y se apaga. Las distorsionadas moléculas de una bobina concreta muestran la configuración del ciudadano Línea, y sigue su camino. Entra en la unidad comparativa, hacía donde ha sido desviada la señal correspondiente a él que acaba de llegar. Las dos concuerdan a la perfección; sin novedad. El ciudadano Línea se encuentra en la ciudad donde, la noche anterior, dijo que estaría, así que no ha tenido que hacer una corrección.

Los nuevos informes se añaden al historial del ciudadano Línea. Toda su vida regresa al banco de datos. Desaparece de la unidad exploradora y la unidad comparativa, para que éstos atiendan la próxima llegada.

La máquina ha tragado y digerido otro día. Está satisfecha»

Thornberg entró en su despacho a la hora de costumbre. Su secretaria alzó la vista para decir: «Buenos días», y le miró con más atención. Llevaba con él los suficientes años como para leer los matices de su rostro cuidadosamente controlado.

—¿Algo va mal, jefe?

—No. —Su voz fue ronca, lo cual también era peculiar—. No, nada va mal. Es posible que me haya afectado el clima.

—Oh. —La secretaria asintió. Se aprendía a ser discreta en el Gobierno—. Bueno, espero que se mejore pronto.

—Gracias; no es nada. —Thornberg cojeó hasta su mesa, se sentó y sacó un paquete de cigarrillos. Sostuvo uno durante un momento entre unos dedos amarillentos por la nicotina antes de encenderlo, y hubo un vacío en sus ojos. Después chupó ferozmente y se volvió hacia el correo. Como técnico jefe de los Registros Centrales, recibía una generosa ración de tabaco y la consumía toda.

El despacho era un cubículo sin ventanas, amueblado con un desolado sentido del orden, cuya única decoración la constituían los cuadros de su hijo y su última esposa. Thornberg parecía demasiado grande para aquel espacio. Era alto y enjuto, con facciones correctas y grisáceo cabello pulcramente cepillado. Llevaba una sencilla versión del uniforme de Seguridad, una insignia de la División Técnica y sólo las cintas a las que tenía derecho denunciaban su rango de comandante. El clero de Matilda, la Máquina, estaba constituido por un grupo bastante informal.

Repasó el correo encendiendo un cigarro tras otro. La mayor parte estaba relacionada con el cambio.

—Vamos, June —dijo. Grabar y transcribir más tarde era suficiente para los asuntos rutinarios, pero resultaba preferible que su secretaria tomara notas aunque no dictara nada extraordinario—. Despachemos esto rápidamente. Tengo mucho trabajo que hacer.

Alzó una carta frente a sí.

—Al senador E. W. Harmison, S.O.B., New Washington. Muy señor mío: En respuesta a su comunicación del 14 del corriente, en la cual requiere mi opinión personal acerca del nuevo sistema ID, debo decirle que no es asunto de un técnico expresar opiniones. La orden de que todos los ciudadanos han de tener un solo número para su expediente — certificado de nacimiento, educación, raciones, impuestos, salarios, transacciones, servicio público, familia, viajes, etc.— tiene evidentes ventajas a largo plazo, pero naturalmente supone gran cantidad de trabajo tanto respecto a la reconversión como al control de los datos provisionales. Ya que el presidente ha decidido que la ganancia justifica nuestras presentes dificultades, el deber de los ciudadanos es conformarse, no quejarse. Suyo atentamente. —Esbozó una fría sonrisa—. — ¡Bueno, esto le hará callar! La verdad es que no sé para qué sirve el Congreso, excepto para fastidiar a los honrados burócratas.

En secreto, June decidió modificar la carta. Quizá un senador no fuera más que un sello de goma, pero no se le podía despachar tan bruscamente. Parte del trabajo de una secretaria es evitar problemas a su jefe.

—Muy bien, pasemos a la siguiente —dijo Thornberg—. Al coronel M. R. Hubert, director de la División de Enlace, Agencia de Registros Centrales, Policía de Seguridad, etc. Muy señor mío: En respuesta a su memorándum del día 14 del corriente, solicitando una fecha definitiva para la conclusión de la conversión ID, debo manifestarle respetuosamente que me es imposible fijar una. Comprenderá usted que hemos de desarrollar una unidad modificadora de datos que efectuará el cambio en nuestros archivos sin que nosotros debamos extraerlos y alterar cada una de los cien millones de bobinas. Comprenderá usted también que es imposible predecir el tiempo necesario para completar tal proyecto. Sin embargo, la investigación progresa satisfactoriamente (dígame que consulte mi último informe, ¿de acuerdo?), y tengo el placer de notificarle que la conversión estará terminada y todos los ciudadanos habrán sido informados de sus números en un plazo máximo de tres meses. Respetuosamente, y todo lo demás. Póngalo de forma más literaria, June.

Ella asintió. Thornberg siguió leyendo el correo, tirando la mayor parte de la correspondencia en un cesto para que la contestara ella sola. Una vez hubo terminado, bostezó y encendió un nuevo cigarrillo.

—Bendito sea Alá; ahora ya puedo bajar al laboratorio.

—Tiene algunas entrevistas concertadas para la tarde —le recordó ella.

—Volveré después de comer. Hasta luego. —Se levantó y salió del despacho.

Mientras descendía en el ascensor hacia un piso subterráneo aún más bajo y andaba por un pasillo, devolvió automáticamente los saludos de los subordinados que se cruzaban con él. Su expresión no revelaba nada; el rígido balanceo de sus brazos quizá sí.

«Jimmy —pensó—. Jimmy, muchacho.»

En la cámara de seguridad, presentó la mano y el ojo a la unidad exploradora. Las huellas digitales y retíneas constituían su pase. No sonó ninguna alarma. La puerta se abrió y él entró en el templo de Matilda.

Esta era enorme y estaba formada por hileras e hileras de tableros de mandos, contadores y luces indicadoras hasta el techo. El espectáculo siempre sugería a Thornberg una pirámide azteca, cuyos dioses guiñaban unos ojos rojos a los acólitos y fieles que se arrastraban en torno a su base y flancos. Pero recibían sus sacrificios en otra parte.

Thornberg se detuvo un momento ante ella y la contempló. Volvió a sonreír, con una sonrisa cansada que surcó su cara de arrugas únicamente por el lado izquierdo. Le asaltó un recuerdo, ciertos libros que había leído sobre los años cuarenta y cincuenta del siglo anterior: franceses, alemanes, ingleses, italianos. Los intelectuales se preocupaban acerca de la americanización de Europa, el derrumbamiento de la antigua cultura frente al barbarismo mecanizado de la agresividad en las ventas, los enormes automóviles cromados (los daneses habían calificado todo eso como la sonrisa de los dólares), goma de mascar, plásticos... Ninguno de ellos protestó contra la europeización de América: gobierno abultado, armamento ilimitado, censores, policía secreta, chauvinismo... Bueno, al principio surgieron algunos objetores, pero tanto sus propios excesos como su estupidez los desacreditaron, y más tarde...

Oh, bueno.

Pero, Jimmy, compañero, ¿dónde estás ahora? ¿Qué te están haciendo?

Thornberg buscó una mesa donde su ingeniero jefe, Rodney, comprobaba el funcionamiento de una unidad.

—¿Qué tal se las arregla? —preguntó.

—Bastante bien, jefe. —Rodney no se molestó en saludar. La verdad es que Thornberg había prohibido hacerlo en los laboratorios por considerarlo una pérdida de tiempo—. Todavía hay algunos defectos, pero los estamos eliminando.

El proyecto era, esencialmente, desarrollar una técnica que cambiara los números sin alterar nada más; un trabajo no muy fácil, teniendo en cuenta que los bancos de datos dependían de dominios magnéticos individuales.

—Está bien —dijo Thornberg—. Escuche, quiero hacer unas comprobaciones yo mismo, fuera del coordinador principal. El programa que han escrito para la Sección Trece durante la conversión no me satisface totalmente.

—¿Quiere un ayudante?

—No, gracias. Lo único que quiero es que no me molesten.

Thornberg siguió adelante. El suelo resonaba bajo sus fuertes pisadas. El coordinador principal estaba en una casilla blindada especial, adosada a la gran pirámide. Tuvo que pasar una segunda inspección antes de que la puerta le franqueara el paso. No muchos eran admitidos allí. Los archivos completos de la nación eran demasiado valiosos para arriesgarse.

El porcentaje de lealtad de Thornberg era AAB-2... no absolutamente perfecto, pero sí el mejor de todos los hombres y mujeres de su calibre profesional. Su último chequeo a base de drogas había revelado ciertas dudas y reservas acerca de la política gubernamental, pero ni una pizca de desobediencia. Prima facie, estaba destinado a ser leal. Había servido con honores en la guerra contra Brasil, perdiendo una pierna en acción; su esposa falleció durante uno de los frustrados ataques chinos de hacía diez años; y su hijo era un prometedor y joven oficial de la Guardia Espacial que prestaba sus

servicios en Venus. Había leído y escuchado asuntos ilegales, libros incluidos en la lista negra, propaganda subversiva y extranjera, pero la verdad es que todos los intelectuales lo hacían; no constituía una falta grave si tenías un expediente bueno y si te tornabas a risa lo que decían las cosas,

Se sentó un momento y contempló el tablero que había en el interior de la casilla. Su complejidad habría desconcertado a la mayoría de ingenieros, pero él estaba con Matilda desde hacía tantísimo tiempo que ni siquiera necesitaba las tablas de referencia.

Bueno...

Se necesitaba valor para ello. Un examen hipnótico revelaría lo que estaba a punto de hacer. Pero tales pruebas eran, necesariamente, escasas. No creía que le sometieran a una hasta al cabo de varios años, especialmente con su porcentaje. Cuando le descubrieran, Jack ya habría ascendido bastante para considerarse a salvo.

En la intimidad de la cabina, Thornberg se permitió una sonrisa irónica.

—Esto —murmuró a la máquina—, me perjudicará más que a ti.

Empezó a apretar botones.

Allí había circuitos que podían alterar los archivos, borrar un carrito entero y escribir lo que se deseara en las moléculas. Thornberg lo había hecho unas cuantas veces para importantes funcionarios. Ahora lo hacía para sí mismo.

Jimmy Obrenowicz, hijo de un primo segundo suyo, había sido detenido una noche por la Policía de Seguridad bajo sospecha de traición. La ficha demostraba que ningún ciudadano normal lo sabía: el prisionero estaba en el Campo Fieldstone. Aquellos que regresaban de allí, un porcentaje no muy grande, guardaban un silencio absoluto, y no decían absolutamente nada acerca de sus experiencias. A veces eran incapaces de hablar.

El jefe de la División Técnica, Registros Centrales, no podía tener ningún pariente en Fieldstone. Thornberg apretó botones y consultó pantallas durante una hora, borrando y cambiando. El trabajo era arduo; tuvo que retroceder varias generaciones y alterar líneas de sucesión. Pero cuando terminó, James Obrenowicz no tenía relación alguna con los Thornberg.

Y yo que tenía un alto concepto de ese muchacho... Bueno, no lo hago por mí, Jimmy. Es por Jack. Cuando los agentes extraigan tu ficha, esta noche a más tardar, no sabrán que estás emparentado con el capitán Thornberg de Venus y que eres amigo de su padre.

Accionó el interruptor que devolvía el carrito al banco de datos. Con este acto te repudio.

A continuación permaneció sentado un buen rato, disfrutando del silencio que reinaba en la cabina y de la fría impersonalidad de los instrumentos. Ni siquiera le apetecía fumar. Sin embargo, entonces comenzó a pensar.

Así que ahora iban a dar un número a cada ciudadano, un número para todo. Ya estaban hablando de tatuarlo. Thornberg se imaginó a la gente refiriéndose a los números como «marcas de fábrica» y a Seguridad lanzándose sobre los que utilizaban el término. Lenguaje desleal.

Bueno, la resistencia era peligrosa. Se hallaba financiada por países extranjeros que no deseaban un mundo dominado por los americanos... por lo menos, un mundo dominado por la América actual, aunque «U.S.A.» significara «esperanza» en otras épocas. Se decía que los rebeldes tenían su propia base en algún lugar del espacio y que habían llenado el país con sus agentes. Podía ser. Su propaganda era sutil: no queremos destruir la nación, sólo queremos restituir la Declaración de Derechos. Podía atraer a gran cantidad de almas inestables. Pero el espionaje de Seguridad caería sobre muchos ciudadanos que nunca habían meditado una traición. Como Jimmy... ¿O acaso Jimmy había sido un revolucionario después de todo? Nunca se sabría. Nadie iba a decirlo.

Había un sabor amargo en la boca de Thornberg. Hizo una mueca. Un fragmento de una canción le vino a la memoria. Os odio con toda mi alma. ¿Cómo podía haberse olvidado? Solían cantarla en el colegio. Algo acerca de un individuo que había cometido un asesinato.

¡Oh, sí! «Sam Hall». ¿Cómo era? Se necesitaba una voz muy baja para cantarla debidamente.

Oh, mi nombre es Sam Hall, es Sam Hall
Sí, mi nombre es Sam Hall, es Sam Hall.
Oh, mi nombre es Sam Hall,
Y os odio con toda mi alma,
Sí, os odio con toda mi alma, malditos seáis.

Eso era. Y Sam Hall estaba a punto de cometer un crimen. Thornberg volvió a recordarlo. Se sentía como el propio Sam Hall. Miró la máquina y se preguntó la cantidad de Sam Hall que habría en ella»

Distraídamente, posponiendo su regreso al trabajo, solicitó los datos archivados a nombre de Sam Hall, sin más especificaciones. La máquina masculló. Al cabo de un momento, escupió un puñado de hojas, microfotografiadas en el banco de datos. Un expediente completo de todos los Sam Hall, vivos y muertos, desde la época en que se comenzaron los archivos. ¡Al diablo con ello! Thornberg introdujo los papeles en la rendija del incinerador.

Oh, he matado a un hombre, dicen, eso dicen...

El impulso era deslumbrador en su brutalidad. En aquel momento debían de estar hablando con Jimmy, probablemente golpeándole en los riñones, y él, Thornberg, seguía esperando que la policía requisara la ficha de Jimmy, sin poder hacer nada. Tenía las manos vacías.

¡Por Dios —pensó—, yo les proporcionaré a Sam Hall!

Sus dedos empezaron a volar; el intrincado problema técnico, le hizo olvidar las náuseas. Deslizar una falsa bobina en el interior de Matilda no era fácil. No podía duplicarse ningún número, y todos los ciudadanos poseían muchos. Había que dar cuenta de todos los días de su vida.

Bueno, era posible simplificar algunas cosas. La máquina sólo existía desde hacía veinticinco años; con anterioridad a esa fecha, los archivos se guardaban en una docena de oficinas distintas. Sam Hall podía ser un residente en Nueva York cuyo expediente se hubiera perdido en el bombardeo de hacía treinta años. Y como sus documentos se hallaban en Nueva Washington, también se perdieron, durante el ataque chino. Eso significaba que él mismo declaraba todo lo que lograba recordar, lo cual no necesitaba ser mucho.

Veamos. Sam Hall era una canción inglesa, así que Sam Hall debía de ser británico. Inmigró con sus padres, oh, hacía treinta y ocho años, cuando él contaba tres, y se naturalizó junto con ellos; eso fue antes de la prohibición total de inmigración. Creció en el Lower East Side de Nueva York, siendo un muchacho pendenciero y alborotador. Los archivos escolares se perdieron en el bombardeo, pero él sostenía haber llegado hasta el décimo grado. Ningún pariente vivo. Sin familia. Sin ocupación determinada, sólo una serie de empleos no especializados. Porcentaje de lealtad BBA-O, lo cual significaba que las preguntas de rutina no demostraban la existencia de opiniones políticas que importaran,

Demasiado incoloro. Había que darle un poco de violencia en sus antecedentes. Thornberg solicitó información sobre las comisarías de policía y centros oficiales de policía civil destruidos en Nueva York durante los últimos ataques. Los empleó como fuente de archivos que declaraban a Sam Hall como a un ciudadano constantemente

envuelto en problemas —embriaguez, conducta desordenada, alborotos, una sospecha de atraco y robo—, pero no tan graves como para requerir la presencia de los técnicos hipnóticos y un interrogatorio a fondo.

Hmm. Sería mejor hacerle 4-F; sin servicio militar. ¿Razones? Bueno, una ligera afición a las drogas; en aquellos días no se necesitaba tanto a los hombres como para que los toxicómanos tuvieran que ser curados. La neococa no menoscababa demasiado las facultades. Es más, el adicto se comportaba con una extraordinaria rapidez y fuerza bajo su influencia, aunque después sufriera una desagradable reacción.

Entonces, tendría que introducir un curso adicional de servicio civil. Veamos. Pasó cuatro años como trabajador en el proyecto del Dique de Colorado. En tal confusión de hombres, ¿quién iba a recordarle? En cualquier caso, no sería difícil encontrar a alguien que lo hiciera.

Ahora había que rellenar. Thornberg recurrió a cierto número de dispositivos automáticos que le ayudaran. Tenía que explicar todos y cada uno de los días de veinticinco años; pero, naturalmente, la mayoría no mostraría ningún cambio en las circunstancias. Thornberg solicitó una lista de hoteles baratos, de esos que no tienen inconveniente en conservar sus archivos propios una vez los datos han sido enviados a Matilda. ¿Quién iba a acordarse de un raído parroquiano? Como dirección habitual de Sam Hall escogió el Tritón, una pensión de mala muerte situada en el East Side y no lejos de los cráteres. En la actualidad, su hombre se encontraba sin empleo, se suponía que vivía de sus ahorros, aunque lo más probable es que viviera de trabajos especiales y pequeños delitos, ¡Oh, vaya! Otra vez el impuesto sobre la renta. Sin embargo, Thornberg podía limitarse a ser superficial en este sentido. Nadie esperaba que los pobres fueran meticulosos, y tampoco se les revisaba todos los años como a los pertenecientes a la clase media y rica.

Hmm... físico ID. Lo haría de estatura media, corpulento, de cabello y ojos negros, nariz curvada, una cicatriz en la frente..., aspecto pendenciero, aunque no tanto como para ser notable. Thornberg pulsó los botones correspondientes, eran fáciles de falsificar; introdujo un censor en su programa, por miedo a duplicar las de otro cualquiera por casualidad.

Finalmente se apoyó en el respaldo y suspiró. El expediente aún estaba lleno de agujeros, pero podía taponarlos a placer. Lo principal ya estaba hecho: un par de horas de mucho trabajo, extremadamente inútil, a excepción de haberle servido para atenuar la tensión: Se sentía mucho mejor.

Lanzó una mirada a su reloj. Hora de volver al trabajo, hijo. Durante aquel momento de rebeldía, deseó que no se hubieran inventado los relojes. Habían hecho posible la ciencia que él amaba, pero también habían mecanizado al hombre. Oh, bueno, ya era demasiado tarde. Abandonó la cabina. La puerta se cerró tras él.

Cerca de un mes después, Sam Hall cometió su primer crimen.

La noche anterior, Thornberg estuvo en su casa. Su graduación le permitía disfrutar de un buen alojamiento, a pesar de vivir solo: dos habitaciones y un baño en el piso noventa y ocho de una unidad en la ciudad, no lejos de la entrada camuflada a la morada subterránea de Matilda. El hecho de hallarse en Seguridad, aunque no perteneciera a la rama de cazadores de hombres, le acarreaba tanta consideración que se sentía muy solo. El superintendente le ofreció una vez a su hija... «Sólo veintitrés años, señor, recién abandonada por un caballero con rango de mariscal, y en busca de un buen dueño, señor.» Thornberg rehusó, tratando de no parecer remilgado. Autres temps, autres moeurs... Pero, sin embargo, ella no habría tenido oportunidad de elegir, al menos la primera vez. Y el matrimonio de Thornberg había sido largo y feliz.

Estuvo buscando algo que leer en los estantes de la librería. La Agencia Literaria proclamaba a Whitman como un temprano ejemplo de americanismo, pero aunque a Thornberg siempre le había gustado ese poeta, sus manos se asieron tenazmente a un

gastado volumen de Marlowe. ¿Qué era el escapismo? La A. L. no era partidaria del escapismo. Corrían tiempos difíciles. No resultaba sencillo pertenecer a la nación que imponía la paz a un mundo revuelto. Había que ser realista, enérgico y todo el resto, era indudable.

Entonces sonó el teléfono. El descolgó el receptor. La vulgar y redonda cara de Martha Obrenowicz apareció en la pantalla; su cabello gris estaba en desorden y su voz era un ronco graznido.

—Uh..., hola —dijo él con desasosiego. No la había llamado desde que se enteró del arresto de su hijo—. ¿Cómo estás?

—Jimmy ha muerto —le dijo ella.

El se quedó mudo. Tenía la cabeza hueca.

—Hoy me he enterado de que murió en el campo —dijo Martha—. He creído que te gustaría saberlo.

Thornberg sacudió la cabeza, de delante atrás, con extrema lentitud.

—No es eso lo que me hubiera gustado oír, Martha —contestó.

—¡No es justo! —chilló—. Jimmy no era un traidor. Yo conocía a mi hijo. ¿Quién iba a conocerlo mejor? Tenía algunos amigos poco recomendables, pero Jimmy, Jimmy nunca habría...

Una corriente helada se formó en el pecho de Thornberg. Resultaba imposible saber cuándo se grababan las llamadas.

—Lo siento, Martha —dijo con una voz sin inflexiones—. Pero la policía tiene mucho cuidado con esas cosas. No habrían actuado de no estar seguros. La justicia es una de nuestras tradiciones.

Ella le contempló largo rato. Sus ojos tenían un brillo cruel.

—Tú también —dijo, al fin.

—Ten cuidado, Martha —le advirtió él—. Sé que esto es un golpe para ti, pero no digas nada que después puedas lamentar. Al fin y al cabo, es posible que Jimmy muriese accidentalmente. Son cosas que ocurren.

—Lo... había olvidado —repuso temblorosamente ella—. Tú... también estás en Seguridad.

—Cálmate —le dijo—. Considéralo un sacrificio para el interés nacional.

Ella cortó la comunicación. El sabía que no volvería a llamarle. Y no podía verla sin arriesgarse demasiado.

—Adiós, Martha —dijo en voz alta. Fue como si hablara un desconocido.

Se volvió nuevamente hacia el estante. No por mí —se dijo—. Por Jack. Tocó la encuadernación de Hojas de hierba. Oh, Whitman, viejo rebelde —pensó, sintiéndose invadido por unas extrañas ganas de reír—, ¿acaso ahora te llaman Walt, el danzarín?

Aquella noche tomó dos pastillas para dormir. Seguía teniendo las ideas confusas cuando se presentó a trabajar, y al cabo de un rato dejó de esforzarse por contestar el correo y bajó al laboratorio.

Mientras se hallaba hablando con Rodney, tratando de entender el problema técnico que se discutía, sus ojos se desviaron hacia Matilda. De repente comprendió que necesitaba un purgante. Se escabulló en cuanto le fue posible y entró en la cabina de coordinación.

Se detuvo un momento frente al tablero de mandos. La creación periódica de Sam Hall había sido una curiosa experiencia. El, callado e introvertido, había dado forma a una vida agitada y pintado una fuerte personalidad. Para él, Sam Hall era mucho más real que sus propios compañeros. Bueno, soy un tipo esquizoide. Quizá tendría que haber sido escritor. No, eso habría significado demasiadas restricciones, demasiado miedo de molestar al censor. Había hecho exactamente lo que deseaba con Sam Hall.

Conteniendo el aliento, solicitó información acerca de los asesinatos sin resolver de los oficiales de Seguridad, en la zona de la ciudad de Nueva York, durante el mes anterior.

Eran sorprendentemente numerosos. ¿Acaso podía ser que la insatisfacción fuera más general de lo que el Gobierno admitía? Pero cuando la mayor parte de una nación abriga pensamientos etiquetados como traidores, ¿sigue siendo válida la misma etiqueta?

Encontró lo que quería. El sargento Brady había entrado imprudentemente en el distrito Cráter el día veintisiete por la noche en misión de rutina; llevaba el uniforme negro, seguramente para revestirse con todo el peso de la autoridad. Al día siguiente fue encontrado en un callejón, con el cráneo destrozado.

Oh, he matado a un hombre, dicen, eso dicen.

Sí, he matado a un hombre, dicen, eso dicen.

Le golpeé en la cabeza,

y le dejé allí por muerto,

sí, le dejé allí por muerto, maldita sea.

Indudablemente, los periódicos habrían deplorado esta brutalidad perpetrada por el traidor agente de las fuerzas enemigas. («Oh, el párroco, sí que vino, sí que vino—».) Se detuvo e interrogó a numerosos sospechosos. («F el sheriff, vino también, vino también—».) No pudo demostrarse nada, aunque Joe Nikolsky (un americano de la quinta generación, mecánico, casado, cuatro hijos, folletos subversivos hallados en su habitación) fue detenido el día anterior bajo sospecha.

Thornberg suspiró. Estaba lo bastante al corriente sobre los métodos de Seguridad como para saber que harían pagar las culpas a alguien. No permitirían que su reputación de infalibilidad se pusiera en duda por la falta de pruebas concluyentes. Quizá Nikolsky hubiera cometido el crimen —no podía demostrarlo.—que sólo había salido a dar un paseo aquella noche— y quizá no. Pero, por los fuegos del infierno, ¿por qué no proporcionarle un respiro? Tenía cuatro hijos. Con una mancha tan negra, su madre no encontraría trabajo más que en una casa de recreo.

Thornberg se rascó la cabeza. Era algo que requería mucho cuidado. A ver. El cuerpo de Brady ya debía haber sido incinerado, pero era lógico suponer que primero lo habrían examinado concienzudamente. Thornberg extrajo el archivo de muertos de la máquina y microfotografió una réplica de las pruebas... inexistentes. Una vez suprimido esto, leyó que se había encontrado la borrosa huella de un pulgar en el cuello de la víctima y que su reconstrucción corrió a cargo de los laboratorios ID. Insertó el informe de dicho trabajo en el archivo ID, sin terminar hasta el día anterior debido a la gran cantidad de trabajos. (Probable. Últimamente estaban muy ocupados con el material que se había recibido desde Marte, obtenido durante el ataque a un foco rebelde.) El dibujo probable del verticilo era... y aquí insertó el pulgar derecho de Sam Hall.

Devolvió los carretes a su lugar y se apoyó cómodamente en el respaldo de la silla. Era arriesgado, si a alguien se le ocurría investigar en el laboratorio ID, tendría problemas. Pero no era probable. Todas las posibilidades señalaban el hecho de que Nueva York aceptara las averiguaciones con una admisión rutinaria que algún secretario del laboratorio archivaría sin estudiar. Los peligros más evidentes tampoco eran demasiado grandes: una atareada fuerza de policía no se detendría a preguntar si uno de sus hombres fichados había cometido ese delito; y si el examen hipnótico señalaba a Nikolsky como al asesino, se supondría que la huella pertenecía a una persona que había encontrado el cuerpo y no lo había denunciado.

Así que ahora Sam Hall había matado a un oficial de Seguridad..., le había agarrado por el cuello y le había aplastado el cuello con un garrote. Thornberg se sintió considerablemente feliz.

La Seguridad de Nueva York solicitó a Registros Centrales cualquier material nuevo sobre el caso Brady. Un autómata comparó las claves y vio que se habían añadido

nuevas informaciones. El mensaje fue emitido, junto con él expediente de Sam Hall y otros dos, pues la reconstrucción no podía ser absolutamente exacta.

Los dos estaban a salvo, tal como se demostró poco después. Ambos tenían coartada. La patrulla irrumpió en el hotel Tritón y preguntó por Sam Hall. Allí no había nadie registrado con ese nombre. Un concienzudo interrogatorio lo verificó. Así que Sam Hall había conseguido falsificar una dirección. Podía haberlo hecho fácilmente apretando los botones del registro del hotel cuando nadie le veía. ¡Sam Hall podía estar en cualquier parte!

Joe Nikolsky, una vez hipnotizado y encontrado inocente, fue liberado. La multa por posesión de literatura subversiva le dejaría en un estado muy precario durante los próximos años —no tenía amigos influyentes para que la suspendieran—, pero no le pasaría nada si tenía cuidado. Seguridad transmitió un comunicado de alarma para hallar a Sam Hall.

Thornberg experimentó una sardónica diversión mientras observaba el progreso de la cacería a medida que ésta llegaba a Matilda. Ningún hombre con esa tarjeta ID había comprado ningún billete de transporte público. Eso no probaba nada. De los cientos de personas que desaparecían todos los años, eran muy numerosas las que habían sido asesinadas por su tarjeta, y sus cuerpos nunca se encontraban. Matilda daba la alarma cuando la ID de alguna persona desaparecida se encontraba en alguna parte. Thornberg falsificó algunos de esos informes, con objeto de proporcionar a la policía algo que hacer.

Cada noche dormía peor, y su trabajo se resentía. Una vez se cruzó con Martha Obrenowicz por la calle —pasó apresuradamente junto a ella sin saludarla— y no pudo dormir nada, a pesar de que tomó el máximo número de pastillas autorizado.

El nuevo sistema ID fue terminado. Las máquinas enviaron una notificación a todos los ciudadanos, con la orden de hacerse tatuar su número en el omóplato derecho dentro del plazo de seis semanas. A medida que cada centro informaba que tal y tal persona había cumplido con su obligación, Matilda cambiaba debidamente el registro. Sam Hall, AX-428-399-075, no se presentó para tatuarse. Thornberg se echó a reír al ver la anotación AX.

Entonces se teledifundió una historia que conmovió a toda la nación. Unos bandidos habían atracado el First National Bank de Americatown, Idaho (anteriormente Moscú), apropiándose de cinco millones de dólares en billetes variados. Por su disciplina y equipo, se suponía que eran agentes rebeldes, posiblemente recién llegados en una nave espacial desde su desconocida base interplanetaria, y que el ataque estaba destinado a financiar sus nefastas actividades. Seguridad cooperaba con las fuerzas armadas para encontrar a los culpables, y se esperaba un pronto arresto, etc., etc.

Thornberg acudió a Matilda para tener una información completa. Había sido un trabajo intrépido. Al parecer, los ladrones llevaban máscaras de plástico y armaduras ligeras debajo de unos trajes corrientes. Durante la huida, uno de los hombres había perdido la máscara; sólo un momento, pero el funcionario que le vio había dado, bajo hipnosis, una buena descripción. Un tipo de cabello castaño y gran corpulencia, nariz romana, labios finos y tupido bigote.

Thornberg vaciló. Una broma era una broma; y ayudar al pobre Nikolsky podía ser moralmente excusable; pero encubrir una felonía que por todas las trazas era un acto de traición...

Sonrió para sí, con algo de ironía. Era demasiado divertido jugar a Dios. Cambió velozmente el informe. El delincuente era de estatura mediana, cabello negro, con una cicatriz en la cara, la nariz rota... Se detuvo un momento para preguntarse si estaría en su sano juicio. A lo mejor nadie lo estaba.

Seguridad Central requisó los datos completos sobre el incidente y todas las correlaciones que las unidades logísticas pudieron realizar. La descripción que habían obtenido podía encajar con muchos hombres, pero la geografía sólo les dejaba una posibilidad. Sam Hall.

Los sabuesos aullaron. Aquella noche, Thornberg durmió bien.

Querido papá:

Siento no haberte escrito antes. Aquí hemos estado muy ocupados. Yo mismo he sido enviado a patrullar en Austin Highlands. La idea era que, si podemos aprovechar la reducida presión atmosférica en esa altitud para construir una base de lanzamiento, un país extranjero podría introducirse y hacer lo mismo, probablemente en beneficio de nuestros rebeldes. Me alegra decirte que no encontramos nada. Sin embargo, para nosotros resultó desconsolador. Francamente, todo esto lo es. A veces me presunto si volveré a ver el sol; y los lagos y bosques, la vida; ¿quién escribió aquellos versos sobre las verdes colinas de la Tierra? Mi mente también está un poco oxidada. No tenemos gran cosa que leer, y los espectáculos grabados no me interesan. No es que me queje, naturalmente. Este es un trabajo necesario.

Apenas habíamos regresado cuando nos metieron en un batiplano y nos llevaron a las tierras bajas. Yo nunca había estado allí; creía que Venus era espantoso, pero hay que llegar a aquel océano rojo y negro de aire caliente como el infierno para saber lo que significa «espantoso». Entonces nos trasladaron inmediatamente a unos tanques de acero y entramos en acción. Los convictos de la nueva mina de torio se negaban a trabajar debido a las malas condiciones y numerosos accidentes. Necesitamos recurrir a las armas para hacerles entrar en razón. Papá, todo aquello me repugnó. La verdad es que compadezco a esos pobres diablos, no me importa admitirlo. ¡Rocas, martillos y manguerazos contra ametralladoras! Y las condiciones son inaguantables. Ellos SUPRIMIDO POR EL CENSOR alguien tiene que seguir haciendo el trabajo, y si nadie se presenta voluntariamente, por ningún tino de sueldo, tienen que asignar convictos. Es para el estado.

Aparte de esto, nada nuevo. La vida es bastante monótona. No te creas las historias de aventuras. La aventura son semanas de aburrimiento realzadas por momentos de extrema cobardía. Lamento ser tan breve, pero quiero enviar esta carta en el próximo cohete. No habrá otro hasta dentro de un par de meses. Todo bien, en realidad. Espero lo mismo para ti y sólo vivo pensando en el día que volveremos a vernos. Un millón de gracias por los pasteles; ¡deberías saber que no puedes permitirte el lujo de tales envíos, viejo derrochador! Los hizo Martha, ¿verdad? Reconocí en seguida el toque Obrenowicz. Salúdala de mi parte, así como a Jim. Afectuosamente,

Jack

Las teledifusfones transmitieron la orden de busca y captura de Sam Hall. No se tenía ninguna fotografía suya, pero un artista hizo un dibujo aproximado basándose en la descripción de Matilda, y su truculento rostro empezó a adornar los lugares públicos. Poco tiempo después, las oficinas de Seguridad de Denver fueron destrozadas por una granada procedente de un coche en marcha que desapareció entre el tráfico. Un testigo declaró haber visto al culpable, y el fragmentario retrato que proporcionó bajo hipnosis no fue muy distinto al de Sam Hall. Thornberg retocó la ficha para hacerlo aún más similar. Era algo arriesgado; si Seguridad llegaba a sospechar alguna vez, podían volver a Interrogar a sus testigos. Pero el riesgo no era demasiado grande, pues un hombre interrogado científicamente decía todo lo relativo al tema que su memoria, consciente, subconsciente y celular, retenía. Nunca había razones para repetir tal interrogatorio.

Thornberg solía tratar de analizar sus motivos. Evidentemente, no le gustaba el Gobierno. Debía de haber contenido ese odio durante toda su vida, evitando cuidadosamente que saliera a la superficie, y hacía poco tiempo que era consciente de ello. Ni siquiera su subconsciente podía haberlo formulado con anterioridad, porque habría sido desenmascarado por las pruebas de lealtad. El odio provenía de una vida de dudas (¿había habido verdaderas razones para la guerra contra Brasil, aparte de obtener

aquellas bases y las concesiones minerales? ¿Acaso el ataque chino había sido provocado, o quizá simulado, ya que su Gobierno lo negaba?) y el millón de pequeñas frustraciones del estado de excepción. Sin embargo... ¡qué fuerza la de sus sentimientos! ¡Qué violencia!

Al crear a Sam Hall había devuelto el golpe. Pero era un golpe inútil, un gesto tímido. Lo más probable era que su motivo básico fuera simplemente encontrar una liberación parcial y segura. En Sam Hall, vivía indirectamente todo lo que la bestia que llevaba en su interior deseaba hacer. Había intentado dejar el sabotaje varias veces, pero era como una droga: Sam Hall se había hecho necesario para su propia estabilidad.

La idea resultaba alarmante. Tendría que visitar a un psiquiatra; pero no, el médico debería informar del caso, le enviarían a un campo, y Jack, si no exactamente arruinado, tendría que soportar aquella mancha durante el resto de su vida. Además, Thornberg no deseaba ir a ningún campo. Su existencia tenía ciertas compensaciones, un trabajo interesante, algunos buenos amigos, arte, música y literatura, un vino aceptable, puestas de sol y montañas, recuerdos. Había Iniciado aquel juego siguiendo un impulso, y ya era demasiado tarde para detenerse.

Porque Sam Hall había sido ascendido a Enemigo Público Número Uno.

Llegó el invierno, y las laderas de las Montañas Rocosas bajo las cuales yacía Matilda se veían blancas bajo un frío cielo verdoso. El tráfico aéreo en torno a la ciudad vecina se perdía en aquella enormidad: veloces meteoros sobre el infinito, tráfico terrestre que no se divisaba desde la entrada de Registros Centrales. Thornberg cogía todas las mañanas el pasadizo especial para ir a trabajar, pero a menudo andaba los diez kilómetros de regreso, y sus domingos solían consistir en largos paseos por resbaladizos caminos. Era una tontería hacer tal cosa en invierno, pero estaba inquieto.

Se hallaba en su despacho pocos días antes de Navidad cuando el interfono dijo:

—El comandante Sorensen quiere verle, señor. De Investigación.

Thornberg sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Muy bien —respondió con una voz cuya inexpresividad le sorprendió—. Anule cualquier otra entrevista. —La Investigación de Seguridad requería prioridad AAA.

Sorensen entró con un chasquido de talones. Era un hombre alto y rubio, de anchas espaldas, rostro inmovible, ojos claros y remotos como el cielo invernal. Su uniforme negro se adhería a su cuerpo como una segunda piel; sobre él, la deslumbrante placa de su servicio brillaba fríamente. Se detuvo frente a la mesa. Thornberg se levantó para esbozar un torpe saludo.

—Haga el favor de sentarse, comandante Sorensen. ¿En qué puedo servirle?

—Gracias —repuso el agente. Depositó su enorme cuerpo en un sillón y posó la mirada sobre Thornberg—. He venido acerca del caso Sam Hall.

—Oh, ¿el rebelde? —Thornberg sintió que se le ponía la piel de gallina. No podía mirar aquellos ojos.

—¿Cómo sabe que es un rebelde? —inquirió Sorensen—. Eso es algo que no se ha declarado oficialmente.

—Pues... lo supongo... El ataque al banco..., los ataques al personal que está a su servicio.

Sorensen inclinó ligeramente la cabeza. Cuando habló de nuevo, pareció relajado, casi indiferente:

—Dígame, comandante Thornberg, ¿ha seguido usted de cerca el caso Hall?

Thornberg titubeó. Se suponía que no debía hacerlo a menos que se lo ordenaran; él sólo debía ocuparse del buen funcionamiento de la máquina. Recordó un principio que había leído: «Cuando seas sospechoso de un gran pecado, admite francamente los pequeños. Eso puede satisfacerles.»

—En realidad, así es —dijo—. Sé que he actuado contra el reglamento, pero estaba interesado y... bueno, pensé que no había nada malo en ello. Naturalmente, no he hablado con nadie sobre la cuestión.

—No importa. —Sorensen agitó una musculosa mano—. Si no lo ha hecho, le ruego que lo haga ahora. Quiero saber su opinión.

—Pues... yo no soy detective...

—Sin embargo, sabe más sobre Registros que cualquier otra persona. Seré franco con usted... en privado, naturalmente. —Sorensen parecía ahora casi amistoso. ¿Era un truco para sorprender a su víctima?—. Verá, existen algunas características muy especiales en este caso.

Thornberg guardó silencio. Se preguntó si Sorensen oiría los latidos de su corazón.

—Sam Hall es una sombra —dijo el agente—, „ Los exámenes más escrupulosos han eliminado la posibilidad de que sea idéntico a otro cualquiera de ese nombre. De hecho, nos hemos enterado de que ese nombre forma parte de una vieja canción de borrachos. ¿Es una mera coincidencia, o acaso la canción sugirió el crimen a Sam Hall, o bien éste consiguió por medio de un increíble proceso introducir ese alias en su expediente en lugar de su verdadero nombre? Sea cual fuere la respuesta, sabemos que carece de adiestramiento militar, a pesar de su dominio sobre algunos ataques de precisión»

Su IQ es de sólo 110, pero esquivo nuestras trampas. No le interesa la política, pero ataca a Seguridad sin previo aviso. No hemos logrado encontrar a un solo individuo que le recuerde; ni a uno solo, y, créame, hemos hecho un buen trabajo. Oh, hay unos cuantos recuerdos subconscientes que podrían referirse a él, pero probablemente no es así; y una personalidad tan agresiva debería ser fácil de recordar. Ningún agente subversivo o extranjero le conoce, lo cual es extremadamente raro. Todo el asunto parece imposible.

Thornberg se humedeció los labios. Sorensen, el cazador de hombres, debía haberse dado cuenta de que estaba asustado; pero ¿supondría que esa nerviosidad era normal en un hombre que estaba en presencia de un oficial de Seguridad?

El rostro de Sorensen se distendió en una fría sonrisa.

—Tal como dijo Sherlock Holmes —comentó—, cuando has eliminado todas las demás hipótesis, la única que queda, por muy improbable que parezca, debe ser la verdadera.

A pesar suyo, Thornberg se sobresaltó. Las palabras de Sorensen le habían impresionado.

—Bueno —preguntó lentamente—, ¿cuál es la hipótesis restante?

Su visitante le miró largo rato, a él le pareció una eternidad, antes de responder.

—Las actividades subversivas están más extendidas y mejor dotadas de lo que la gente cree. Han tenido setenta años para prepararse, y tienen a muchos cerebros en sus filas. Llevan a cabo su propia investigación científica. Es estrictamente confidencial, pero sabemos que han perfeccionado un tipo de arma que nosotros aún no podemos duplicar. Parece ser una especie de pistola que lanza descargas de energía —un lanzarrayos, podríamos llamarla— de inmenso poder. Más pronto o más tarde, declararán una guerra abierta contra el Gobierno.

»Ahora bien, ¿podrían haber hecho algo comparable en psicología? ¿Podrían haber encontrado el medio de borrar o crear recuerdos en ciertas personas escogidas, incluso en el nivel celular? ¿Podrían saber cómo engañar a un analista de la personalidad, disfrazando incluso la mente? En este caso, es posible que haya muchos Sam Hall entre nosotros, imposibles de descubrir hasta el momento en que se decidan a actuar.

Thornberg se relajó. No pudo evitar lanzar un profundo suspiro de alivio, y confió que Sorensen lo tomara por una manifestación de alarma.

—La posibilidad es aterradora, ¿no? —El hombre rubio se rió mecánicamente—. Ya se puede imaginar lo que sentimos en los círculos oficiales. Hemos encomendado la solución del problema a todos los investigadores psicológicos... ¡Bah! ¡Son unos inútiles! Se rigen por los libros; tienen miedo de ser originales incluso cuando el Estado se lo pide.

Claro que también podría ser una broma pesada. Espero que lo sea. Pero tenemos que saberlo. Esta es la razón de que haya venido a verle personalmente, en lugar de enviar el requerimiento habitual. Quiero que haga una búsqueda a fondo en los archivos: todo lo referente al tema, todas las personas, todos los descubrimientos, todas las hipótesis. Usted tiene una gran experiencia y, según su expediente psicológico, una gran dosis de imaginación creativa. Quiero que haga todo lo que pueda para relacionar sus datos de algún modo. Utilice a quienquiera que necesite. Envíe a mi despacho un informe sobre la posibilidad —o quizá debería decir probabilidad— de esta idea; y si existen indicios de que sea verdad, esboce un programa de investigación que nos permita duplicar los resultados y contrarrestarlos.

Thornberg trató de encontrar las palabras adecuadas.

—Lo intentaré —dijo débilmente—. Haré todo lo que pueda.

—Muy bien. Es para el Estado.

Sorensen había terminado su cometido oficial, pero no se marchó en seguida.

—La propaganda rebelde es muy sutil —dijo sosegadamente, después de una pausa—. Resulta peligrosa porque usa nuestras mismas consignas, con un significado torcido. Libertad, igualdad, justicia y paz. Hay demasiadas personas incapaces de comprender que los tiempos han cambiado y que el significado de las palabras ha cambiado también.

—Supongo que así es —dijo Thornberg. Y añadió una mentira—: Nunca se me había ocurrido profundizar en ese tema.

—Tendría que hacerlo —repuso Sorensen—. Estudie nuestra historia. Al perder la Tercera Guerra Mundial, tuvimos que militarizarnos a fin de ganar la Cuarta, después de lo cual nos vimos obligados a velar sobre toda la raza humana. La gente lo requirió así en aquella época.

La gente —pensó Thornberg— nunca aprecia la libertad hasta que la han perdido. Siempre están dispuestos a vender su derecho de primogenitura. ¿O era sólo que, poco acostumbrados a pensar, no veían a través de la demagogia, y no podían imaginarse las nefastas consecuencias de sus deseos? Esta idea le trastornó ligeramente; ¿es que ya no era capaz de controlar su mente?

—Los rebeldes —dijo Sorensen— aducen que las circunstancias han cambiado, que la militarización ha dejado de ser necesaria —si lo fue alguna vez— y que América estaría a salvo en una unión de países libres. Una propaganda muy inteligente, comandante Thornberg. Tenga cuidado con ella.

Se levantó y se fue. Thornberg permaneció largo rato inmóvil, con la mirada clavada en la puerta. Las últimas palabras de Sorensen habían sido muy extrañas, por no decir otra cosa. ¿Eran una insinuación... o un cebo?

Al día siguiente, Matilda recibió una noticia que fue cuidadosamente editada para los canales públicos. Una fuerza revolucionaria había aterrizado en la prisión militar de Camp Forbes, en Utah, matando a los guardias y llevándose a los prisioneros. El médico de la institución fue el único en salvarse, y relató que el líder del ataque, un hombre corpulento con una máscara, le había dicho: «Di a tus amigos que volveré. Mi nombre es Sam Hall.»

Una nave de la Guardia Espacial estalla en Mesa Verde Field. En un fragmento de metal alguien escribe: «Recuerdos de Sam Hall.»

Una patrulla de la Policía de Seguridad, en el ataque a un presunto escondite de los revolucionarios en Filadelfia, es abatida por una metralleta. Una voz grita, a través de un megáfono escondido: «¡Mi nombre es Sam Hall!»

Matthew Williamson, químico de Seattle, sospechoso de tener relaciones subversivas, desaparece cuando los oficiales que iban a arrestarle irrumpen en su casa. Una nota sobre la mesa dice: «He ido a ver a Sam Hall. Volveré para la liberación. M. W.»

Una planta defensiva productora de importantes componentes bélicos cercana a Miami es sabotada por una bomba, tras una llamada telefónica que permite escapar a los

obreros. El autor de la llamada, que deja el circuito visual desconectado, dice ser Sam Hall. Otros lugares similares reciben advertencias similares. Éstas son falsas, pero cada una de ellas cuesta un día de valioso trabajo en la alarma y la búsqueda.

Garabateado en las paredes desde Nueva York hasta San Diego, de Duluth a El Paso, Sam Hall, Sam Hall, Sam Hall.

Evidentemente, pensaba Thornberg, los revolucionarios habían adoptado al invisible e invencible hombre de la leyenda y estaban utilizándolo para sus propios fines. Los informes acerca de él llovían desde todo el país, cientos al día: Sam Hall visto aquí, Sam Hall visto allí. El noventa y nueve por ciento podía rechazarse como bromas, alucinaciones o errores; era otra locura nacional, fruto de una época agitada, como la persecución de brujas de los siglos dieciséis y diecisiete o los platillos voladores del siglo veinte. Pero Seguridad y la policía civil tenían que comprobar cada uno de ellos.

Thornberg introdujo unos cuantos por su cuenta.

Sin embargo, durante la mayor parte del tiempo, estaba ocupado con el trabajo que le habían encomendado. Comprendía lo que significaba para el Gobierno. La vida en un estado de excepción estaba inevitablemente fundada en el miedo y la desconfianza, teniendo que vigilar hasta los movimientos del vecino; pero, por lo menos, los exámenes psicológicos e hipnóticos habían proporcionado cierto grado de seguridad. Ahora todo esto parecía derrumbarse...

Sus estudios preliminares indicaron que una invención tal como la que Sorensen había sugerido, aunque no imposible, estaba demasiado lejos del alcance de la ciencia contemporánea para que los rebeldes la hubieran perfeccionado hasta ese punto. Llevar a cabo tal investigación en aquel momento habría sido, desde el punto de vista práctico ya que no del conocimiento, una pérdida de tiempo y hombres adiestrados.

Malgastó numerosas horas de sueño y la ración de cigarrillos mensual antes de decidir lo que haría. De acuerdo, había ayudado a la insurrección con su granito de arena, y no debía vacilar ante el siguiente paso. No obstante..., ¿era eso lo que deseaba?

Jack, su hijo, tenía una carrera que constituía toda su vida. Amaba las grandes profundidades del firmamento tal como se ama a una mujer. Sí las cosas cambiaban, ¿qué sería de la carrera de Jack?

Bueno, ¿qué era de ella ahora? Desterrado en un horrible planeta como centinela y ejecutor de nostálgicos convictos envenenados por la radiactividad, sin ver nunca el sol. Llegado el día, Jack ocuparía un puesto de importancia en una verdadera nave espacial. Necesitarían hombres intrépidos para explorar el firmamento más allá de Saturno. Jack era demasiado ingenuo para ser un buen rebelde, pero Thornberg sabía que, tras el choque inicial, recibiría con los brazos abiertos al nuevo gobierno.

¡Pero la traición! ¡Los juramentos!

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos...

Fue un pequeño detalle lo que impulsó a Thornberg a decidirse. Pasaba frente a una tienda del centro comercial cuando vio a un grupo de la Guardia Juvenil destrozando los escaparates y lanzando pintura amarilla sobre los artículos expuestos. ¡Oh, Moisés, Jesús, Mendelssohn, Hertz y Einstein! Una vez hubo escogido el camino a seguir, le invadió una curiosa serenidad. Robó un frasco de ácido prúsico a un amigo farmacéutico y se lo metió en el bolsillo: en cuanto a Jack, él también debería confiar en la suerte.

El trabajo era exigente y peligroso. Tuvo que alterar hechos archivados que podían obtenerse en cualquier otro lugar, en libros o periódicos o la mente de los hombres. No se podía hacer nada sobre la teoría básica. Pero los resultados cuantitativos podían retocarse un poco a fin de presentar un panorama sutilmente torcido. Requirió la colaboración de escogidos expertos, hombres cuyos exámenes psicológicos indicaban que confiarían en Matilda en vez de comprobar las fuentes de origen. Y la correlación e

integración de los innumerables datos, las ecuaciones empíricas y extrapolaciones obtenidas, podían alterarse.

Encomendó su trabajo habitual a Rodney y se dedicó enteramente al nuevo. Adelgazó y se volvió irritable; cuando Sorensen le llamó, para darle prisas, él le replicó: «¿Desea velocidad o calidad?», sin sorprenderse demasiado de su respuesta. Dormía poco, pero su mente parecía insólitamente clara.

El invierno dio paso a la primavera mientras Thornberg y sus expertos trabajaban y mientras la nación se estremecía, psíquica y físicamente, bajo la creciente violencia de Sam Hall. El informe que Thornberg entregó en mayo era tan voluminoso y detallado que no creyó que el Gobierno se molestara en acudir a otras fuentes. Su conclusión: Sí, con un hombre de brillante inteligencia que aplicara las matrices Belloni a las fórmulas cibernéticas y emplease algún tipo desconocido de investigación coloidal, era posible una técnica de encubrimiento psicológico.

El Gobierno asignó todos los hombres disponibles a la investigación. Thornberg sabía que sólo era cuestión de tiempo antes de que se dieran cuenta de que habían sido engañados. Cuánto tiempo, no lo sabía. Pero cuando estuvieran seguros.,»

Ahora tengo la cuerda al cuello, la tengo
Ahora tengo la cuerda al cuello, la tengo»
Y los bastardos que hay debajo
dicen: «Sam, ya te lo advertimos»
Dicen: «Sam, ya te lo advertimos, malditos sean,

LOS REBELDES ATACAN.

ATERRIAJE DE NAVES ESPACIALES AL ABRIGO DE UNA TORMENTA, SE APODERAN DE VARIOS PUNTOS CERCA DE N. DETROIT. LANZA—LLAMAS EMPLEADOS CONTRA EL LOS REBELDES,

«Las infames legiones de los traidores han tomado tierra en diversos lugares del país, pero nuestras valientes tropas las han obligado a retroceder. Han surgido como setas a principios de verano, y se marchitarán con la misma rapidez.,. ¡UUUUU—OOOOO!»
Silencio.

«Todos los ciudadanos mantendrán la calma, permanecerán leales a su nación y seguirán desempeñando su trabajo habitual hasta que se ordene lo contrario. Los civiles deben presentarse a sus oficiales de defensa local. Los reservistas militares se presentarán inmediatamente a filas.»

«¡Oiga, Hawai! ¿Me oye? ¡Adelante, Hawai! ¡Llamando... bzzz, mima, prisioneros Syrtis, el mayor Colony y,,, uuuw... necesitamos ayuda...»

El comandante prefiere volarlas antes que rendirse. Una explosión en la cara de la luna, un nuevo cráter; ¿cómo lo denominarán?

«Así que han invadido Seattle, ¿verdad? Envíes raí vuelo especial. Borren la ciudad del mapa... —¿Los ciudadanos? ¡Al demonio los ciudadanos! ¡Es la guerra!».

«...en Nueva York. Rebeldes secretamente adiestrados han salido del distrito Cráter y se han lanzado sobre...»

«...los asesinos fueron abatidos. El nuevo presidente ya ha sido designado y...»

GRAN BRETEÑA, CANADA Y AUSTRALIA NIEGAN SU AYUDA AL GOBIERNO.

«...no señor. Las bombas llegaron A Seattle sin novedad, pero fueron detenidas antes de tocar el algún tipo de arma energética...»

«COMECO a los comandantes del ejército de Florida y Georgia: la acción enemiga ha convertido Florida en una posición insostenible. Sus sanidades se retirarán de la siguiente forma...»

«En el día de hoy, una fuerza rebelde ha sido aniquilada durante el ataque a un convoy militar en Donner Pass por una bomba atómica sabiamente colocada. Aunque nuestros propios hombres han sufrido numerosas pérdidas...»

«GOMWECO a los comandantes del ejército de California: el levantamiento de las unidades estacionadas alrededor de San Francisco plantea un grave

POLICÍA DE SEGURIDAD ATACA ESCONDITE REBELDE, CAPTURADOS CINCO OFICIALES.

«De acuerdo, así que el enemigo se dispone a conquistar Boston. ¡No podemos entregar armas a los ciudadanos! ¡Podrían volverse contra nosotros!»

SE ESPERA LA LLEGADA DE VARIAS UNIDADES DE LA GUARDIA ESPACIAL PROCEDENTE DE VENUS,

¡Jack, Jack, Jack!

Resultaba extraño vivir durante una guerra. Thornberg nunca se hubiera imaginado que fuera así. Rostros contraídos, miradas furtivas, caos en las noticias teledifundidas y retraso en la aparición de los periódicos, toque de queda, entrenamiento de defensa civil, racionamientos, pánico ocasional cuando un reactor rebelde silbaba en el aire..., pero nada más. Ningún disparo, ninguna bomba, nada más que los irreales combates de los que se oía hablar. La única lista de desgracias locales estaba en poder de Seguridad; las personas seguían desapareciendo, y nadie hablaba de ellas.

Pero ¿por qué iba a interesarse el enemigo por aquella insignificante ciudad entre montañas? El así denominado Ejército Libertador se estaba adueñando de los puntos clave de manufactura, transporte, comunicación, se hallaba empeñado en grandes batallas, sabotaba edificios y máquinas, asesinaba oficiales. Thornberg sabía que, por su misma finalidad, no podía permitirse una guerra total, no podía aniquilar al pueblo que deseaba liberar, una actitud históricamente rara entre revolucionarios. Los rumores decían que los defensores no eran tan escrupulosos.

La mayoría de los ciudadanos mantuvo una actitud pasiva. Siempre ocurría igual. Probablemente no más de un cuarto de la población oyó siquiera un combate. Los habitantes de las ciudades podían ver fuego en el cielo, podían oír el silbido y los crujidos de la artillería, podían ceder el paso a los soldados y tanques, podían refugiarse en lugares seguros cuando los cohetes hacían su aparición; pero la acción se desarrollaba fuera de la ciudad. Si se llegaba a las luchas callejeras, los rebeldes no avanzaban. Preferían sitiarse la ciudad o confiar en los agentes que tenían en el interior. Entonces, un ciudadano podía oír el silbido de las ametralladoras, el chirrido de los rayos láser, y ver cadáveres. Pero el final siempre era el regreso del gobierno militar o la entrada de los rebeldes y el establecimiento de sus propios consejeros provisionales. (Raramente encontraban aplausos y flores. Nadie sabía cómo terminaría la guerra. Pero se murmuraban muchas cosas, y generalmente obtenían un buen servicio.) Hasta allí donde era posible, el americano normal proseguía su vida normal.

Thornberg permaneció en su puesto. Matilda, el nexo de información, disfrutaba de tal demanda que los usuarios tenían que hacer cola. Si los rebeldes llegaban a enterarse de dónde estaba..o

¿O es que ya lo sabían?

Tuvo pocas oportunidades de llevar a cabo sus sabotajes particulares, pero por esa misma causa los planeó con extraordinario cuidado. Los informes sobre Sam Hall llenaban su cabeza: Sam Hall aquí, Sam Hall allí, haciendo este o aquel increíble despliegue de destreza. Pero ¿qué importancia tenía un superhombre en aquellos días gigantescos? Él necesitaba algo más.

La televisión y los periódicos anunciaron jubilosamente que Venus había logrado establecer contacto con la Tierra. La Luna y Marte habían caído, pero las unidades de la Guardia de Venus sofocaron rápidamente unos cuantos levantamientos. La mera supervivencia en ese lugar requería grandes cantidades de potente y complicado equipo, fácilmente adaptable a las necesidades militares. Las tropas regresarían en seguida, perfectamente armadas. Dadas las presentes configuraciones planetarias, ni el mayor de los esfuerzos podía llevarlos a la Tierra en un plazo inferior a seis semanas. Pero después obtendrían una ayuda decisiva.

—Me parece que no tardará en ver a su hijo, jefe —comentó Rodney.

—Sí —dijo Thornberg—; eso creo,

—Una lucha cruel. —Rodney meneó la cabeza—. No me gustaría estar metido en ella.

Sí Jack es abatido por un arma rebelde, ahora que he ayudado a la causa de los rebeldes,,,

Sam Hall, pensó Thornberg, había llevado una vida difícil, toda violencia, hostilidad y sospecha. Ni siquiera su esposa había confiado en él.

...Y mi Nellie, vestida de azul,
dice: «Tus días están contados.
Ahora sé que tienes razón, maldita

Pobre Sam Hall! No era extraño que hubiera matado a un hombre.

¡Sospecha!

Thornberg se estremeció de pies a cabeza. El estado policial se fundaba en la sospecha. Nadie podía confiar en nadie. Y con el nuevo temor a los enmascaramientos psicológicos, y la investigación sobre aquel proyecto suspendido durante la crisis.,.

Tranquilízate, muchacho, tranquilízate. No puedes precipitarte. Has de planearlo cuidadosamente,

Thornberg solicitó los expedientes de los hombres clave de la administración, el ejército y Seguridad.

Lo hizo en presencia de dos ayudantes, pues se dio cuenta de que sus frecuentes sesiones en la cabina de coordinación empezaban a parecer raras.

«—Estrictamente confidencial —les advirtió, satisfecho de su sangre fría. Se estaba convirtiendo en un verdadero Maquiavelo—. Os desollarán vivos si habláis de esto con alguien.

Rodney le dirigió una mirada de soslayo.

—Así que ya ni siquiera están seguros de sus mejores hombres, ¿verdad? —murmuró.

—Me han pedido que hiciera algunas comprobaciones —replicó Thornberg—. Es todo lo que puedo decir.

Estudió los archivos durante muchas horas antes de llegar a una decisión. Naturalmente, se hacían observaciones secretas respecto a todo el mundo con cierta frecuencia. Una nueva comprobación con Matilda le informó de que el agente que rellenó el último informe sobre Lindahl había sido asesinado al día siguiente en un levantamiento espontáneo y frustrado. El Informe era inofensivo: Lindahl se había quedado en casa, estudiando varios documentos; se encontraba solo en la casa a excepción de un guardaespaldas, que estaba en otra habitación y no le había visto. Y Lindahl era el subsecretario de Defensa.

Thornberg cambió el informe. Un hombre enmascarado —corpulento, de cabello negro— se había introducido en la casa y había hablado durante tres horas con Lindahl. Lo hicieron en voz baja, para que el agente no oyera lo que decían. En cuanto el visitante se fue, Lindahl se retiró. El agente se apresuró a regresar, efectuó el informe y se lo entregó a su superior, que lo envió a Matilda.

Su compasión se desvaneció rápidamente. Lo que importaba era terminar la guerra antes de que Jack llegara. Rellenó la bobina alterada y retrocedió un poco, cambiando el último informe sobre Sam Hall de Salt Lake City a Atlanta. Más probable. Después, aprovechando la oportunidad que se le presentaba, trabajó con los informes de hombres reales.

Tuvo que esperar dos interminables días antes de que Seguridad ordenara una nueva comprobación sobre Sam Hall. Los exploradores se pusieron en marcha, los transistores se despertaron y la pieza requerida apareció. LINDAHL se desenvolvió ante el microimprimidor. Las referencias se extendían en todas direcciones. Thornberg trazó un interrogante junto al informe preliminar; aquello parecía interesante; ¿deseaban sus superiores más información?

¡La deseaban!

Al día siguiente, los periódicos anunciaron una reorganización completa del Departamento de Defensa. Nadie volvió a oír hablar de Lindahl.

Y yo —pensó Thornberg— he asido a un enorme tigre por la cota. Ahora tendrán que investigar a todo el mundo. ¿Cómo puede un hombre solitario mantenerse a la cabeza de la Policía de Seguridad?

Lindahl es un traidor. ¿Cómo le permitió su jefe llegar a un puesto tan importante? El secretario Hobeimer también era un amigo personal de Lindahl. Que se comprueben los informes de Hobeimer.

¿Qué es esto? ¡El propio Hobeimer! Cinco años atrás, sí, pero incluso así... el expediente demuestra que vivía en una unidad de apartamentos cuyo conserje era Sam Hall. ¡Detengan a Hobeimer! ¿Quién ocupará su lugar? ¿El general Halliburton? ¿Ese estúpido bastardo? Bueno, cuando menos él tiene la nariz limpia. No se puede confiar en los hombres refinados.

Hobeimer tiene un hermano en Seguridad, con grado de general, y un buen expediente. ¿Un borracho? ¿Quién sabe? Metan al hermano en la cárcel, al menos hasta el final de la guerra. Es preferible investigar al personal... Registros Centrales demuestra que su principal agente, Jones, desapareció durante cinco días hace un año; en aquel tiempo se escudó tras el secreto de Seguridad, pero una nueva comprobación demuestra que no es verdad. (Fusilen a Jones! Tiene un sobrino en el ejército, un capitán. ¡Retiren a esa unidad de la línea de fuego hasta que podamos estudiarla hombre por hombre! Ya hemos tenido demasiados motines.

Lindahl también era amigo íntimo de Benson, a cargo del Centro de Artillería Atómica de Tennessee, (Arresten a Benson! ¡Investiguen a todos los hombres relacionados con él! No se puede confiar en esos científicos; no saben guardar un secreto.

El hijo mayor de Hobeimer es industrial, posee una planta sintetizadora de petróleo en Texas. ¡Deténganlo! Su esposa es hermana de Leslie, presidente de la Junta Coordinadora de Producción Bélica. Arresten también a Leslie. Es verdad que está realizando un buen trabajo, pero puede enviar información al enemigo. También es posible que sólo espere la señal para sabotear todo el trabajo. ¡No se puede confiar en nadie, se lo aseguro!

¿Qué es esto? Registros Centrales transmite un informe de Inteligencia revelando que el calde de Tampa estaba confabulado con los rebeldes. En él se señala: «Sin confirmar. Rumor»; pero Tampa se rindió sin luchar. El socio del calde es Gale, que tiene un primo en el ejército, comandante de una base de cohetes en Nuevo México. Investiguen a

ambos Gale, Registros... Así que el primo estuvo ausente cuatro días sin determinar su paradero, ¿verdad? Privilegio militar o no, ¡arréstenlo y averigüen dónde estaba!

Atención, Registros, atención. Registros, urgente. El general de brigada John Harmsworth Gale, etc., etc., se negó a divulgar la información requerida por los oficiales de Seguridad, aduciendo haber estado en su base todo el tiempo. ¿Puede tratarse de un error por su parte?

Registros a Seguridad Central, ref.: etc., etc. No existe ninguna posibilidad de error excepto en la información recibida»

A Registros, ref.: etc., etc. La historia de Gale corroborada por tres de sus oficiales.

¡Arresten a toda esa maldita base! ¡Comprueben esos informes! ¿Se puede saber quién los envió?

A Registros, ref.: etc., etc. Al intentar arrestar a todo el personal, la base 37—J de cohetes abrió fuego sobre el destacamento de Seguridad y los rechazó. Al fin admiten que Gale pedía ayuda a las fuerzas rebeldes que se hallan a ochenta kilómetros de distancia. Siguen detalles con la mayor rapidez posible.

Así que Gale era un traidor. ¿O acaso se dejó llevar por el miedo? Que Registros averigüe quién

¡No se puede confiar en nadie!

Thornberg no se sorprendió demasiado cuando la puerta se abrió de un puntapié y entró la patrulla de Seguridad. Hacía días, quizá semanas, que lo esperaba. Un hombre solitario no puede mantenerse a la cabeza del fuego para siempre. Sin duda, la acumulación de contradicciones había desviado las sospechas hacia él; o, irónicamente, la cadena de acusaciones falsificadas por él le había señalado también; quizá alguien de allí, como Rodney, hubiera llegado a la conclusión de que algo iba mal y fuese el responsable de la demanda.

Sí éste era el caso, no podía culpársele. La tragedia de la guerra civil consistía en que volvía a un hermano contra otro. Millones de personas decentes estaban con el Gobierno porque habían dado su palabra de hacerlo, o simplemente porque no creían en la alternativa. Sobre todo, Thornberg se sentía bajo la mirada hacia el cañón de un revólver y la alzó hacia los ojos del agente que había detrás. Estaban igualmente desprovistos de sentimiento.

—¿Estoy arrestado? —preguntó con voz monótona.

—En pie —replicó el líder.

June no pudo reprimir un gemido de dolor. El hombre que la sujetaba estaba torciéndole el brazo por detrás de la espalda, y al parecer disfrutaba mucho.

—No haga eso —dijo Thornberg—. Ella es inocente. No tenía ni idea de lo que llevaba entre manos.

—En pie, le he dicho. —El líder hizo un gesto de apremio con el revólver.

—Yo le sugiero que me dejen solo, —Thornberg alzó la mano derecha, para mostrarles una pelota que había cogido de la mesa cuando llegó la patrulla—. ¿Ven esto? Está hecho en previsión de cualquier contingencia. No es una bomba per se, sino un disparador. Sí mis dedos se relajan, la goma se dilata y cierra un circuito. Creo que se llama el interruptor de los muertos.

La patrulla se —puso rígida. Thornberg oyó un juramento.

—Suelten a la señorita —dijo.

—¡Primero debe usted rendirse! —dijo el capturador de June. Le retorció el brazo con más fuerza. Ella lanzó un chillido.

—No —repuso Thornberg—. June» querida, lo siento. Yo no tengo miedo. Verás, ya esperaba esta visita, y he hecho todos los preparativos. El mecanismo de señales radiofónico no detonará algo tan melodramático como una bomba. No, pero sí cerrará un relé que activará cierto programa introducido en Matilda..., la computadora de Registros,

ya saben, la máquina de datos. Todas las bobinas serán borradas. El Gobierno perderá absolutamente todos sus archivos. Yo mismo estoy preparado para morir. Pero si ustedes me dejan completar ese circuito, supongo que llegarán a desear que hubiera habido una bomba. Ahora hagan el favor de soltar a la señorita.

El agente lo hizo, como si la muchacha se hubiera vuelto súbitamente incandescente. Ella se dejó caer al suelo, sollozando.

—¡Una farsa! —gritó el líder. El sudor hacía brillar su rostro.

—¿Quiere que le haga una demostración? —Thornberg esbozó una sonrisa. «De todos modos...»

—Traidor...

—Prefiero que me llame «patriota», por favor. Pero sea como sea la semántica, debe usted admitir que he sido muy efectivo. El Gobierno ha sido puesto de cabeza para abajo. El ejército se está desintegrando, los oficiales desertan a derecha e izquierda por miedo a que los arresten, o abandonando, o dirigiendo motines. Seguridad está persiguiendo su propia cola alrededor de medio continente. El número de administradores asesinados por sus colegas es mucho mayor que el número de crímenes subversivos. Los libertadores toman una ciudad tras otra sin encontrar resistencia. Yo creo que ocuparán Nuevo Washington dentro de una semana.

—¡Gracias a usted! —El dedo tembló sobre el gatillo.

—Oh, no. No exagere mis méritos. Pero sí que he contribuido de forma bastante importante, es cierto. A menos que diga que fue Sam Hall el autor de todo, lo cual me parecería muy bien.

—¿Qué... hará... usted ahora?

—Eso depende de usted, amigo mío. Sí soy asesinado o me dejan inconsciente, Matilda muere. Pueden hacer que los técnicos comprueben si digo la verdad o no, y en caso afirmativo, pueden hacerles arrancar ese programa. Sin embargo, al primer signo de tal movimiento por su parte, yo soltaré la pelota. Mire lo que tengo en la boca. —La abrió un momento—. Sí, el convencional frasco de vidrio lleno de ácido prúsico. Les pido perdón por no ser más original, pero comprenderán que no deseo compartir el destino que ustedes mismos se están labrando.

El desconcierto sustituyó a la rabia en los semblantes que había frente a Thornberg. Aquellos hombres no estaban acostumbrados a pensar.

—Naturalmente —prosiguió—, les queda una alternativa. Uno de los últimos informes recibidos asegura que hay una unidad de liberación a menos de doscientos kilómetros de aquí. Podemos llamarles y pedirles que envíen una fuerza, explicándoles la importancia de este lugar. Esto también redundaría en beneficio de ustedes. Llegará el día en que les ajustarán las cuentas. Mi influencia podría ayudarles personalmente, aunque no se merecen que nadie les saque del apuro.

Ellos se miraron. Al cabo de mucho rato, durante el cual los únicos sonidos fueron los sollozos de June, profundos suspiros entre la policía y el rápido pulso de Thornberg en sus oídos, el líder exclamó:

—¡No! ¡Nos ha mentado! —Le apuntó con el re-volver.

El hombre que había detrás de él le disparó en la cabeza.

El resultado fue desagradable de ver. En cuanto se dio cuenta de que dominaba la situación, Thornberg hizo todo lo que pudo para consolar a June.

—En realidad —le dijo a Sorensen—, estaba mintiendo. Aquello no era más que una pelota; sólo el veneno era real. Claro que eso no cambiaba demasiado las cosas, excepto para mí.

—Seguiremos necesitando a Matilda durante cierto tiempo —dijo Sorensen—. ¿Quiere continuar en su puesto?

—Desde luego, siempre que pueda tomarme unas vacaciones cuando llegue mi hijo.

—Ya no tardará. Se alegrará de saber que finalmente hemos logrado ponernos en contacto con las unidades de la Guardia Espacial de Venus, de viaje hacia aquí. El comandante ha accedido a mantenerse fuera de la lucha, ya que las obligaciones de su servicio sólo le atan al Gobierno legítimo y necesitaremos unas elecciones para determinar cuál es. Su hijo estará a salvo.

Thornberg no encontró palabras para responder, En cambio, observó con forzada indiferencia:

—Me sorprende que fuera usted un rebelde, —Teníamos a unos cuantos en Seguridad, ocupados en desvirtuar las cosas para entregarse mutuamente certificados de lealtad. — Sorensen hizo una mueca—. Sin embargo, ésta fue la única parte que disfruté hasta hace poco.

Se retrepó en la silla, que crujió bajo su peso. Vestido de paisano y sin otra cosa más que un brazal a modo de uniforme de oficial libertador, parecía un hombre completamente distinto. Mientras que, en otra ocasión, su voluminosa persona había sobrecargado el despacho de Thornberg, actualmente, su vitalidad lo iluminaba todo.

—Entonces apareció Sam Hall —dijo—. En Seguridad sospecharon en seguida. Mis jefes eran crueles pero no estúpidos. Bueno, me asignaron la tarea de investigarle. Inmediatamente comprendí que usted abrigaba ideas revolucionarias; así que le proporcioné un buen informe. Después inventé esa fantasía de la máscara psicológica y logré inquietar a varios individuos de alta graduación. Al ver que usted seguía mis directrices, me convencí de que era de los nuestros. Por consiguiente, aunque el mando libertador supo desde un principio dónde estaba Matilda, la dejaron sola.

—Últimamente, debió usted unirse a ellos en persona.

—Sí, la caza de brujas que usted inició dentro de Seguridad se acercaba demasiado a mí. Sin embargo, valía la pena ver a esas cucarachas persiguiéndose unas a otras.

Thornberg guardó silencio unos momentos, y después se inclinó por encima de la mesa.

—Aún no me he alistado bajo su bandera—dijo gravemente—. Debo suponer que las palabras de los libertadores acerca de la libertad no eran mera retórica. Pero... usted ha mencionado a Matilda. Desea que yo continúe en mi puesto. ¿Qué planean hacer con ella?

Sorensen se puso igualmente serio.

—Esperaba que me lo preguntara, Thorny. Escuche. Aparte de ayudarnos a encontrar a ciertas personas que no nos merecen ninguna simpatía, somos responsables de la supervivencia física del país, Yo también me sentiría mejor si pudiéramos destrozarle ahora mismo. Pero...

—¿Sí?

—Primero hemos de transcribir gran cantidad de información, hechos estrictamente prácticos. Después borrarémos todo lo demás y dinamitaremos ceremoniosamente este edificio. Está usted invitado, no, es usted requerido urgentemente para formar parte de la junta que ultimaré los detalles; en otras palabras, queremos que nos ayude.

—Gracias —murmuró Thornberg.

Al cabo de un momento, llevado por un súbito acceso de alegría, se echó a reír.

—Y éste será el fin de Sam Hall —dijo—. Se irá al Valhala de los grandes personajes de ficción. Ya le veo discutiendo con Sherlock Holmes, escandalizando al rey Arturo y haciéndose amigo de Long John Silver. ¿Sabe cómo termina la balada? —Canturreó en voz baja—; Ahora vivo en el cielo, vivo en el cielo...

Desgraciadamente, la conclusión es escabrosa. Sam Hall nunca estaba satisfecho.

EL BÁRBARO

Ocasionalmente, escribo un relato de fantasía heroica, cuyo protagonista no lleva un arma de juego sino una espada, y no se enfrenta con la tecnología científica o inteligencias extraterrestres sino con hechiceros y duendes, o dioses. Algunos lectores opinan que esto es lo mejor que he hecho. Hasta ahora, en este género tengo tres novelas: La espada rota, Tres corazones y tres leones, y La saga de Hrolf Kraki, además de dos que quizá puedan incluirse en esta clasificación: Operación Caos y Una tempestad veraniega. También hay algunos cuentos cortos, pero ninguno que pueda encajar aquí, excepto esta pequeña burla de todo el género.

Desde que se publicó, un caballero que responde al nombre de Walter Cronkite ha obtenido una cierta notoriedad. Por lo tanto, pensé cambiar el nombre de mi personaje central, pero finalmente decidí no hacerlo. Al fin y al cabo, la alusión se refiere a esa figura arquetípica que es Conan el Cimerio. Sepa usted, señor Cronkite, que no estoy de acuerdo con todas sus opiniones, pero por sus maravillosos reportajes sobre las misiones Apolo, ¡le adoro!

Desde la aparición del sistema Howard-de Camp para descifrar inscripciones preglaciares, se ha progresado mucho en reconstruir la historia, etnología e incluso la vida cotidiana de las grandes culturas que florecieron hasta que el período glacial del Pleistoceno las borrara y obligara al hombre a comenzar de nuevo. Sabemos, por ejemplo, que se practicaba la magia; que había algunos países altamente civilizados en lo que ahora es Asia Central, Próximo Oriente, África del Norte, Europa meridional y diversos océanos; y que el resto del mundo estaba ocupado por bárbaros, de los cuales los europeos septentrionales eran los más grandes, los más fuertes y los más belicosos. Por lo menos, eso dicen los sabios y, como sus antepasados proceden de la Europa septentrional, deben de saberlo.

Lo siguiente es la traducción de una carta recientemente hallada en las ruinas de drene. Esta era una ciudad provinciana del Imperio Sarmiano, un gran aunque decadente reino de la zona mediterránea oriental, cuya capital, Sarmia, fue la ciudad más hermosa, placentera y depravada de la época. Los vecinos septentrionales de los sarmianos eran primitivos nómadas de caballos y/o centauros; pero hacia el este se hallaba el reino de Chathakh, y hacia el sur estaba la herpetarquía de Serpens, gobernada por una casta sacerdotal de adoradores de serpientes, o posiblemente serpientes.

Indudablemente, la carta fue escrita en Sarmia y enviada a drene. Su fecha es aproximadamente el 175.000 a, de C,

Maxilion Quaestos, sub-sub-sub-prefecto de la planta imperial de agua potable de Sarmia, a su sobrino Thyaston, canciller de la agencia de taumaturgia, provincia de Cirene:

¡Saludos!

Confío en que al recibo de ésta te encuentres bien de salud, y que los dioses sigan distinguiéndote con su favor. En cuanto a mí, estoy bien, aunque un poco fastidiado por la gota, para la cual he probado (aquí sigue la descripción de un remedio casero, tan tedioso como «imposible de publicar»). Sin embargo, no me ha servido más que para agotar mi bolsillo y a mí mismo.

Realmente, debías de estar muy lejos de la civilización durante tu viaje por Atlántida, para que me escribas preguntándome por el asunto del bárbaro. Ahora que vuelve a reinar la calma, espero poder ofrecerte un relato detallado y objetivo de todo este desdichado suceso. Gracias al favor de las Tres Diosas, la sagrada Sarmia ha sobrevivido a este episodio; y aunque todavía no nos hemos recuperado totalmente, la situación va

mejorando. Si a veces me aparto de la serenidad filosófica que siempre he intentado cultivar, hay que culpar a los bárbaros. No soy el mismo de siempre. Ninguno de nosotros lo es.

Para empezar, hacía tres años que la guerra con Chathakh se limitaba a algunas escaramuzas sin importancia. Unos y otros realizábamos ocasionales incursiones en el país enemigo que no tenían un efecto decisivo. La verdad es que, como estas operaciones proporcionaban unas ganancias parecidas a ambos países, y el tráfico de esclavos era muy activo, los negocios florecían.

Nuestra mayor preocupación residía en la ambigua actitud de Serpens. Como muy bien sabes, los heptarcas no experimentan simpatía alguna hacia nosotros, y el principal objeto de nuestra diplomacia era evitar que entraran en la guerra de parte de Chathakh. Naturalmente, no esperábamos que se convirtieran en aliados nuestros. Pero mientras mantuviéramos una postura enérgica, lo más probable era que ellos permanecieran neutrales.

Así estaban las cosas cuando el bárbaro llegó a Sarmia.

Hacía mucho tiempo que oíamos hablar de él. Era un soldado vagabundo, procedente de algún reino de guerreros y marinos emplazado en los bosques septentrionales, que viajaba hacia el sur, completamente solo, en busca de aventuras o de un clima más benigno. De dos metros de estatura y vigorosa complexión, era un puñado de músculos, con una larga cabellera leonada y sombríos ojos azules. Era muy diestro con cualquier arma, pero prefería una espada de doble filo y más de un metro de largo, con la cual podía atravesar un casco, cráneo, cuello y otras cosas de un solo golpe. Además, se decía que era un gran bebedor y dueño de una tremenda capacidad amorosa.

Una vez hubo conquistado a los centauros por sí solo, se internó en nuestras provincias septentrionales y, un buen día, apareció frente a las puertas de Sarmia. Fue una curiosa visión: las murallas que se alzan junto a la carretera pavimentada, los guardas provistos de casco, escudo y peto, y el gigantesco y casi desnudo individuo que blandía su espada ante ellos. Cuando bajaban las picas para cerrarle el paso, exclamó con voz de trueno;

—¡Soy Cronkheit, el bárbaro, y quiero una audiencia con vuestra reina!

Su acento era tan extremadamente inculto que los centinelas se echaron a reír. Esto le encolerizó; sonrojándose de ira, alzó la espada y avanzó con decisión. Los guardas retrocedieron, y el bárbaro pasó tranquilamente entre ellos.

Tal como después me explicó el capitán de los centinelas:

—Allí estaba él, y allí estábamos nosotros. A la distancia de una pica, percibimos el olor. Por todos los dioses, ¿cuándo debía de haberse bañado por última vez?

Y mientras la gente se alejaba corriendo de las calles y bazares a medida que él se aproximaba, Cronkheit siguió adelante por la Avenida de las Esfinges, dejó atrás los baños y el Templo de Loccar, y llegó al Palacio Imperial. Como de costumbre, las puertas estaban abiertas; él contempló los jardines y las paredes de alabastro, y lanzó un gruñido.

Cuando los centinelas dorados se acercaron a él y le preguntaron lo que deseaba, volvió a lanzar un gruñido. Ellos levantaron sus arcos y habrían dado buena cuenta de él, pero en aquel momento llegó un esclavo que les hizo desistir.

Verás, a causa de algún dios maligno, la emperatriz se hallaba en un balcón y le había visto.

Como es bien sabido, nuestra amada emperatriz, su seductora majestad, la ilustre señora Larra, la voluptuosa, tiene la complexión de una montaña y se la considera la encarnación viviente de su deidad tutelar, Afrosex, la diosa de visón. Se hallaba en el balcón, con su fina túnica transparente y grueso cabello negro agitados por el viento, y una súbita ansiedad encendió su orgulloso y hermoso rostro. Esto era comprensible, pues Cronkheit sólo llevaba un faldellín de piel de oso.

El esclavo fue enviado rápidamente, para inclinarse ante el extranjero y decirle:

—Noble señor, la emperatriz hablará en privado contigo.

Cronkheit hizo un chasquido con los labios y entró en el palacio. El chambelán se retorció las manos al ver las pisadas de aquellos enormes y sucios pies sobre inapreciables alfombras, pero no pudo evitarlo, y el bárbaro fue conducido al dormitorio imperial.

Lo que allí sucedió es de todos conocido, porque como es habitual en tales entrevistas la señora Larra sitúa a sus esclavos mudos en convenientes mirillas, para llamar a los guardias si el peligro parece amenazarla; y los cortesanos han enseñado a escribir a estos mudos. Nuestra emperatriz estaba resfriada, y además había comido una ensalada de ajo, así que su nariz aristocráticamente curvada no fue ofendida. Tras unas pocas formalidades, ella comenzó a jadear. Entonces, muy lentamente, extendió los brazos y dejó que la túnica de color púrpura se deslizara sobre sus blancos hombros y sedosos muslos.

—Ven —susurró—. Ven, magnífico varón.

Cronkheit lanzó una carcajada, dio una patada en el suelo y se abalanzó sobre ella, estrechándola entre sus brazos.

—¡Ayyy! —gritó la emperatriz al rompersele una costilla—. ¡Socorro! ¡Auxilio!

Los mudos corrieron en busca de los centinelas dorados, que entraron inmediatamente. Ataron al bárbaro con gruesas cuerdas y le arrastraron lejos de su pobre señora. Aunque considerablemente dolorida y muy trastornada, ésta no ordenó su ejecución; su paciencia con algunos individuos es bien conocida.

La verdad es que, tras engullir un vaso de vino para tranquilizarse, invitó a Cronkheit a ser su huésped. Cuando se lo llevaron para conducirlo a sus habitaciones, llamó a la duquesa de Thyle, una obsequiosa y ágil coquetuela.

—Tengo un trabajo para ti, querida —murmuró—. Espero que lo cumplas como una dama leal.

—Sí, seductora majestad —dijo la duquesa, que había adivinado de qué trabajo se trataba y consideraba que ya había esperado bastante. Una semana entera, en realidad. Su tarea consistía en amansar la impetuosidad del bárbaro.

Se engrasó concienzudamente para poder escaparse en caso de peligro, y corrió a las habitaciones de Cronkheit. Su perfume a almizcle sofocó cualquier pestilencia y, despojándose del vestido, murmuró con ojos semicerrados:

—¡Tómame, mi señor!

—¡Ajáaa! —bramó el guerrero—. ¡Yo soy Cronkheit, el fuerte; yo soy Cronkheit, el intrépido; yo soy Cronkheit, el que ha matado a un mamut con sus propias manos y se ha hecho jefe de los centauros, y ésta es mi noche! ¡Acércate!

La duquesa lo hizo así, y él la estrechó entre sus poderosos brazos. Al cabo de un momento se oyó otro chillido. Los servidores del palacio disfrutaron el placer de ver a una desnuda y furiosa duquesa corriendo por el pasillo de jade.

—¡Tiene pulgas! —gritaba, rascándose mientras corría.

Así que, con todo, Cronkheit el bárbaro no resultó un éxito como amante. Incluso las mujeres de la calle de la alegría solían esconderse cuando le veían acercarse. Decían que se habían visto sometidas a torpes técnicas muchas otras veces, pero que aquello era demasiado.

Sin embargo, su corpulencia era tan grande que la señora Larra le puso al mando de una brisada, infantería y caballería, y le envió a reunirse con el general Grythion en la frontera de Chathakh. Cubrió la marcha en un tiempo récord y entró gritando en la ciudad de tiendas que se había levantado en nuestra base principal.

Ahora bien, admitamos que nuestro buen general Grythion es un dandy, que se riza la barba y está dominado por sus esposas. Pero siempre ha sido un competente soldado, ganador de honores en la academia y conductor de las tropas en muchas batallas antes de llegar al puesto de estrategia. Es fácil comprender la descortesía de Cronkheit cuando

se encontraron. Pero cuando el general declinó cortésmente su invitación de seguir adelante con el grueso del ejército y señaló que él era de más utilidad como coordinador en retaguardia, Cronkheit no dudó en golpear a su superior hasta dejarlo tendido en el suelo y llamarlo cobarde. Grythion no tuvo más remedio que meterlo entre rejas, a pesar de las bajas ocurridas. Incluso así, el espectáculo había desmoralizado tanto a nuestras tropas que perdieron tres importantes batallas durante el mes siguiente.

¡Qué lástima! Las noticias de lo sucedido llegaron hasta la emperatriz, y ésta no ordenó que cortaran la cabeza a Cronkheit. Al contrario, envió la orden de que fuera dejado en libertad y rehabilitado. Quizá todavía acariciase la esperanza de civilizarle hasta el punto de convertirle en un aceptable compañero de cama.

Grythion se tragó su orgullo y presentó disculpas al bárbaro, que las aceptó de mala gana. Su nuevo rango hizo necesario que fuese invitado a cenar y conferenciar en la tienda de los oficiales.

Esto fue un gran error. Cronkheit irrumpió en el interior y empezó a hacer sarcásticos comentarios acerca de las elegantes togas que llevaban los demás oficiales. Eructó al comer y fue incapaz de distinguir el producto de una viña del otro. Su conversación consistió en inacabables monólogos sobre sus propias hazañas. El general Grythion vio que la moral bajaba en picado, y se apresuró a extender los mapas y planos sobre la mesa.

—Ahora, nobles caballeros —empezó—, tenemos que decidir la campaña veraniega. Como todos sabéis, tenemos el Desierto Oriental entre nosotros y las posiciones enemigas más cercanas. Esto plantea difíciles cuestiones de logística y emplazamiento de catapultas. —Se volvió cortésmente hacia el bárbaro—. ¿Quieres hacer alguna sugerencia?

—No —repuso Cronkheit.

—Yo creo —aventuró el coronel Faraón— que si avanzáramos hasta el oasis Chunling y nos instaláramos allí, construyendo una ruta de suministros...

—Esto me recuerda —dijo Cronkheit— una vez que estaba en los pantanos de Norriki; me topé con unos individuos que usaban flechas envenenadas...

—No veo lo que eso tiene que ver con nuestro problema —dijo el general Grythion,,

—Nada —admitió alegremente Cronkheit—. Pero no me interrumpas. Como iba diciendo... —Y siguió hablando durante una hora interminable.

Al término de una conferencia que no había llegado a ninguna parte, el general se acarició la barba y dijo sagazmente:

—Señor Cronkheit, parece ser que tu habilidad pertenece más al campo táctico que al estratégico.

El bárbaro desenvainó su espada.

—Quiero decir —se apresuró a añadir Grythion— que tengo un trabajo que sólo un jefe de gran valor e intrepidez podría realizar.

Cronkheit guardó la espada y su rostro se iluminó. Tendría que guiar una expedición para capturar Chantsay, que era un puerto enclavado en las montañas que hay más allá del Desierto Oriental, y un gran obstáculo para nuestro avance. Sin embargo, a pesar del sensato halago de Grythion, una brigada completa habría podido tomarlo con escasa dificultad, pues se sabía que la guarnición era insuficiente.

Cronkheit se puso en marcha a la cabeza de sus hombres, blandiendo la espada en el aire y vociferando un tosco cántico de batalla. Después no se supo nada de él durante seis semanas.

Al cabo de ese tiempo, las mermadas, hambrientas y enfermas tropas volvieron a rastras hasta la base e informaron del más absoluto fracaso. Cronkheit, que disfrutaba de una excelente salud, se disculpó torpemente. Pero nunca se había imaginado que unos hombres capaces de marchar veinte horas al día no tenían fuerzas para luchar al final del viaje, y mucho menos si dejaban atrás el tren de suministros.

Debido a los deseos de la emperatriz, el general Grythion no pudo hacer lo que el caso requería y dar de baja al bárbaro. Ni siquiera pudo degradarle a soldado raso. En lugar de eso, utilizó su bien conocida astucia e invitó al gigante a una cena privada.

—Evidentemente, valeroso señor —dijo—, la culpa es mía. Tendría que haberme dado cuenta de que un hombre de tu clase es demasiado para unos decadentes meridionales como nosotros. Tú eres un lobo solitario, que lucha mejor solo.

—Hum —asintió Cronkheit, partiendo una gallina con los dedos y enjugándose los con el mantel de damasco.

Grythion frunció el ceño, pero siguió hablando hasta plantearle una operación de guerrillas compuesta por un solo hombre. Cuando el bárbaro hubo partido a la mañana siguiente, todos los oficiales se felicitaron por haberse librado definitivamente de él.

A pesar de las subsiguientes críticas y requerimientos para que se abriera una investigación, sigo manteniendo que Grythion hizo lo único lógico en aquellas circunstancias. ¿Quién habría podido imaginarse que Cronkheit, el bárbaro, era tan primitivo que la lógica resbalaba sobre su velluda piel?

La historia completa nunca se sabrá. Pero, al parecer, a lo largo del año siguiente, mientras la guerra fronteriza proseguía como de costumbre, Cronkheit se internó en las altiplanicies septentrionales. Allí formó una banda de nómadas tan ignorantes y brutales como él. También reunió una manada de mamuts y la condujo a Chathakh, lanzándola sobre el enemigo. Por tales medios, llegó hasta la misma capital, y el rey le ofreció su rendición.

Pero Cronkheit no quiso ni oír hablar de ello. ¡Claro que no! Su idea de la guerra era matar o esclavizar hasta al último hombre, mujer y niño de la nación enemiga. Además, sus irregulares debían recibir la paga en el saqueo. Y, por otra parte, como era demasiado antihigiénico incluso para las muchachas nómadas, sentía una cierta necesidad.

Así que penetró en la capital de Chathakh y la redujo a cenizas. Esto le costó la mayoría de sus propios hombres. También destruyó varios libros y obras de arte considerados inapreciables, y cualquier posibilidad de tributo a Sarmia.

¡Entonces tuvo la desfachatez de organizar una procesión triunfal y regresar a nuestra propia ciudad!

Eso fue demasiado incluso para la emperatriz. Cuando se presentó ante ella —porque era demasiado tosco para la simple cortesía de doblar la rodilla—, se excedió a sí misma en describir lo tonto, idiota y estúpido que era.

—Hum —dijo Cronkheit—. ¡Pero si he ganado la guerra! He ganado la guerra; la he ganado. He ganado la guerra.

—Sí —siseó la señora Larra—. Has aplastado una noble y antigua cultura hasta reducirla a la nada. ¿Acaso no sabías que la mitad de nuestro comercio realizado en tiempo de paz se hacía con Chathakh? Ahora habrá una crisis comercial tal como la historia no ha conocido jamás.

El general Grythion, que había regresado, añadió sus propios reproches.

—¿Por qué crees que se hacen las guerras? —inquirió amargamente—. La guerra es una extensión de la diplomacia. Es el último medio para obligar a que los demás hagan lo que nosotros queremos. El objetivo no es matarlos a todos. ¿Cómo van a obedecerte los cadáveres?

Cronkheit dejó escapar un gruñido.

—Habríamos negociado una paz en la cual Chathakh se convirtiese en nuestra aliada contra Serpens —prosiguió el general—. Entonces habríamos estado a salvo contra cualquiera. Pero tú..., tú has dejado un horrible desierto que ahora tendremos que cubrir con nuestras propias tropas para que los nómadas no se adueñen de él. Tus atrocidades nos han enemistado con todos los estados civilizados. Nos has dejado solos y sin amigos. ¡Has ganado esta guerra perdiendo la próxima!

—Y además de la crisis que sobrevendrá —dijo la emperatriz—, tendremos el coste de mantener esas guarniciones. Menos impuestos y más gastos; es posible que acabemos con el tesoro y, entonces, ¿qué haremos?

Cronkheit escupió en el suelo.

—Sois unos decadentes, eso es lo que sois —replicó—. Sería una gran cosa que vuestro imperio se derrumbara. Tendrías que llevar a la chusma de esta ciudad vuestra hacia los bosques y convertirlos en cazadores, como yo. Déjalos que coman carne.

La señora Larra dio una patada en la alfombra con su exquisito pie enfundado en una chinela de oro.

—¿Crees que no tenemos nada mejor que hacer con nuestro tiempo que cazar durante el día y meternos en un cuchitril durante la noche, lamiéndonos la grasa de los dedos? —exclamó—. ¿Para qué crees que sirve la civilización, si se puede saber?

Cronkheit desenvainó su enorme espada y la alzó ante sus ojos.

—¡Ya estoy harto! —gritó—. ¡He terminado con vosotros! ¡Ya es hora de que os borren de la faz de la Tierra, y yo soy la persona indicada para hacerlo!

Y, entonces, el general Grythion hizo gala de las cualidades que le habían elevado hasta su importante puesto. Astutamente, gimió:

—¡Oh, no! ¿No pensarás luchar del lado de..., de Serpens?

—Exactamente —repuso Cronkheit—. Hasta la vista. —Lo último que vimos de él fue su ancha espalda cubierta de pulgas, en dirección hacia el sur, y el reflejo del sol sobre una espada.

Como es natural, desde entonces nuestros asuntos han prosperado y Serpens pide desesperadamente la paz. Pero nosotros pensamos continuar la guerra hasta que acepten nuestros términos. ¡No vamos a dejarnos engañar por sus traidores ruegos y soportar nuevamente al bárbaro!

EL ULTIMO DE LOS LIBERTADORES

Los escritores de ciencia ficción no son profetas. No tienen más fuente confidencial de información sobre el futuro que aquellas personas que hayan reflexionado un poco sobre el tema. Por lo tanto, nadie es profeta. Tal como ha observado Herman Kahn, la mayor sorpresa que el futuro podría reservarnos sería la falta de tales sorpresas.

Pero la inevitabilidad de la sorpresa constituye el tema central de este relato. Y, cosa extraña, aunque fue escrito hace mucho tiempo, algunas de las posibilidades que sugiere han empezado a convertirse en realidades en uno y otro rincón de nuestro país. No creo que estas tendencias lleguen a completarse; todo indica lo contrario. En cambio, otras partes de la narración parecen un poco anticuadas. Tuve que repasar unos cuantos párrafos a fin de no quedar absolutamente desfasado. Los cambios han sido, deliberadamente, insignificantes, para permitirles, si así lo desean, comparar esta proyección del pasado con el mundo que les rodea. Entonces podrán reflexionar sobre las posibilidades que hay de que, entre los muchos mapas que ahora se nos ofrecen acerca del tiempo en el cuál vivimos, haya alguno exacto. Y, si es así, ¿cómo sabremos cuál es?

Hasta que cumplí los nueve años, tuvimos a un loco viviendo en nuestra ciudad. Supongo que él tenía casi cien, y no le quedaban parientes. Pero, en aquellos días, aún había en todas las ciudades unas cuantas personas que no pertenecían a ninguna familia.

El tío Jim era inofensivo, incluso útil. Quería trabajar, y hacía de zapatero. Su tienda se encontraba en su misma casa, siempre limpia, y cuando te hallabas entre los buenos olores del cuero y el aceite, veías su sala de estar al fondo. No tenía muchos libros, pero todos los estantes estaban abarrotados de unos altos y brillantes fajos de papeles guardados en plástico, agrietados y amarillentos por los años igual que su dueño. El los llamaba revistas, y si los niños nos portábamos bien, a veces nos dejaba contemplar los grabados que había en ellos. Cuando murió, tuve la oportunidad de leer los textos. No tenían sentido. Nadie podía interesarse por las cosas que preocupaban a la gente de aquellos relatos y artículos. También poseía un gran aparato de televisión muy anticuado, aunque no sé por qué lo conservaba cuando no había otra cosa que ver más que notificaciones y la ciudad tenía un aparato magnífico. Bueno, estaba loco.

Todas las mañanas salía a pasear por Main Street. La mayor parte de los árboles que la bordeaban eran olmos, altos y umbrosos en verano excepto cuando los dorados rayos del sol se introducían entre sus hojas. El tío Jim siempre vestía su largo y rígido cuerpo con ropas antiguas, sin importarle el calor que hiciera, y en Ohio puede llegar a hacer mucho calor; así que la sombra debía de ser la razón de su camino. Llevaba deshilachadas camisas blancas con asfixiantes cuellos y una cinta de tela anudada en torno al cuello, pantalones largos, un incómodo tipo de americana y estrechos zapatos que le comprimían los pies. Sus atavíos eran feos, aunque extremadamente limpios. Los niños, jóvenes y por lo tanto crueles, habíamos llegado a pensar que escondía alguna horrible deformidad a causa de la cual nunca se desnudaba, y solíamos gastar bromas acerca de ello. John, el hermano de mi tía, nos hizo callar de una vez por todas, y el tío Jim nunca se volvió contra nosotros. En realidad, nos daba un pastel que hacía él mismo, hasta que el dentista se quejaba. Entonces sosteníamos solemnes charlas con nuestros padres y nos enterábamos de que el azúcar pudre los dientes.

Finalmente llegamos a la conclusión de que el tío Jim —le llamábamos así, sin concretar de quién lo era y de qué lado, porque en realidad no lo era de nadie— llevaba aquellas cosas como una especie de acompañamiento para su botón, que decía: «GANA CON WILLARD.» Una vez que se lo pregunté, me explicó que Willard había sido el último presidente republicano de los Estados Unidos y un gran hombre que trató de evitar el desastre, sin conseguirlo porque era demasiado tarde y la gente ya se había hundido en

la inactividad y la decadencia. Esto fue una gran carga para una cabeza de nueve años y aún no lo entiendo realmente, excepto en el sentido de que entonces las ciudades no se gobernaban a sí mismas y el país se hallaba dividido entre dos grandes grupos que ni siquiera eran clanes, pero que se turnaban con cierta regularidad para suministrar un presidente; y el presidente no era un tercero entre ciudades y estados, sino que lo dirigía todo.

El tío Jim solía bajar por Main Street, dejar atrás el Ayuntamiento y la planta de energía solar, dar media vuelta en la fuente y pasar frente a la casa de Conrad, el tío abuelo de mi padre, hasta llegar al término de la ciudad, donde los campos y árboles se extendían hacia el horizonte. En el aeropuerto daba la vuelta y regresaba por la calle donde vivía Joseph Arakelian, lugar en el que siempre echaba un vistazo a los telares manuales, se reía despectivamente y hablaba de maquinaria automática; aunque no sé lo que debía tener contra los telares, porque los tejidos de Joseph eran famosos. También solía hacer acerbos comentarios sobre nuestro desaseado y pequeño aeropuerto y la media docena de aviones que poseía la ciudad. Esto no era justo; teníamos un buen aeropuerto, asfaltado con el hormigón extraído de la antigua autopista, y muchos aviones para los viajes más largos. Nunca había las de seis grupos que quisieran viajar a la vez en la ciudad de aquel tamaño. Pero yo quería hablar del comunista. Aquello fue en primavera. La nieve se había fundido, el suelo empegaba a secarse y nuestros campesinos se habían ido a cultivar la tierra. El resto de la ciudad bullía con los preparativos de la Fiesta, cocinando y asando, mientras deliciosos aromas invadían el aire; las mujeres intercambiaban recetas de un porche a otro, los artesanos martilleaban, aserraban y soldaban, las cuerdas de tender la ropa se curvaban bajo el peso de los mejores trajes domingueros recién sacados de la cómoda, los enamorados paseaban de la mano hablando sobre los próximos festivales. Red, Bob, Stinky y yo jugábamos a canicas cerca del aeropuerto. Era un juego de niños, pero algunos de los muchachos lanzaban su cuchillo contra los árboles y los Mayores establecieron la regla de que ningún muchacho podría llevar un cuchillo si no iba acompañado de alguna persona adulta.

Así que era una hermosa mañana, el cielo formaba una inmensa bóveda azul, los rayos de sol pasaban a través de algunas nubéculas blancas y descendían hasta la tierra, y las colinas habían empezado a teñirse de verde. Nuestras canicas alzaban una nube de polvo al caer, un ligero viento del sur se deslizaba sobre mi piel y alborotaba mi cabello; el mundo, la estación y nosotros éramos jóvenes.

Estábamos a punto de ir a buscar las armas e internarnos en el bosque a la búsqueda de algún conejo, cuando una sombra se cernió sobre nosotros y vimos al tío Jim y al primó de mi madre, Andy. El tío Jim llevaba un abrigo muy largo encima de sus demás ropas, temblaba sin cesar a pesar de apoyarse en su bastón y tenía las manos azules del frío. Andy llevaba una falda escocesa, su faltriquera y sandalias. Era el ingeniero de la ciudad, y debía rondar los cuarenta años. En el prehistórico pasado anterior a mi nacimiento, había formado parte de una expedición a Marte, y esto le convertía en un héroe ante nosotros. Nunca comprendimos por qué no era un valiente corsario. Debía tener unos tres mil libros como mínimo, más del doble de los que poseía la ciudad. Además, pasaba muchos ratos con el tío Jim, y yo no sabía por qué. Ahora supongo que debía querer saber cosas del pasado, no del pasado muerto que encierran los libros de historia sino de la gente que había vivido en otro tiempo.

El anciano bajó la vista hacia nosotros y dijo:

—¡Si vais casi desnudos! Debéis moriros de frío. —Tenía una voz fina y estridente, pero firme. Durante los muchos años que había pasado solo, debía haber aprendido a ser firme consigo mismo.

—¡Oh, tonterías! —dijo Andy—, Apuesto a que estamos a quince grados al sol

—íbamos a cazar conejos —declaré con aires de importancia—. Le llevaré el mío a su casa y su esposa podrá hacernos un estofado. —Como todos los niños, pasaba tanto

tiempo con mi familia como con mis orto—padres, pero sentía una especial predilección por la casa de Andy. Su esposa era una cocinera magnífica, su hijo mayor tocaba espléndidamente la guitarra, y su hija jugaba al ajedrez igual que yo, ni demasiado bien, ni demasiado mal.

Yo había ganado la mayor parte de las canicas, así que se las devolví.

—Cuando yo era pequeño —dijo el tío Jim—, nos las quedábamos.

—¿Qué ocurría cuando el mejor tirador había ganado todas las canicas de la ciudad? —preguntó Stinky—. Es muy difícil hacer una buena canica, tío Jim. Me cuesta mucho reponer las que pierdo.

—Podrías haber comprado más —le respondió él—. Había almacenes donde se podía comprar cualquier objeto.

—Pero ¿quién hacía las canicas?

—Había fábricas...

¡Imaginaos! ¡Hombres hechos y derechos que perdían el tiempo fabricando bolas de cristal coloreado!

Estábamos a punto de irnos cuando apareció el comunista. Le vimos cuando rodeaba el grupo de Árboles al norte de la zona de un kilómetro cuadrado, que aquel año se dedicaba al pastoreo. Estaba en la carretera de Middleton, y el polvo cubría sus pies desnudos.

Un desconocido en la ciudad siempre constituye una gran noticia. Los niños echamos a correr hacia él hasta que Andy nos detuvo con una sola palabra y nos recordó que él era el más cualificado para darle la bienvenida. Entonces aguardamos, con los ojos muy abiertos, hasta que llegó junto a nosotros.

Pero aquél era un melancólico desconocido. Alto, como el tío Jim, la andrajosa capa le caía sobre un estrecho tórax en el que podían contarse las costillas, y bajo una cabeza desprovista de pelo se veía una barba blanca que le llegaba hasta la cintura. Andaba pesadamente, apoyándose en un palo, tan pesado como el Tiempo, e incluso entonces intuí la soledad como un peso sobre sus delgados hombros.

Andy dio un paso adelante y se inclinó,,

—Saludos y bien venido, Nacido Libre —dijo—. Soy Andrew Jackson Welles, ingeniero de la ciudad, y en nombre de la Gente te invito a quedarte, descansar y refrescarte. —No dejó escapar las palabras como habría hecho con alguien conocido, sino que las declamó con gran cuidado.

El tío Jim sonrió, con la sonrisa del deshielo que sucede a nueve años de invierno, pues aquel hombre era tan viejo como él y había nacido en el mismo mundo olvidado. Avanzó unos pasos y extendió la mano.

—Hola, señor —dijo—. Me llamo Robbins. Encantado de conocerle. —No tenían muy buenos modales en su época.

—Gracias, camarada Welles, camarada Robbins —dijo el desconocido. Su sonrisa se perdía entre aquella barba enmarañada—. Yo soy Harry Miller.

—¿Camarada? —repitió lentamente el tío Jim, como si se debatiera en una pesadilla. Retiró la mano—. ¿Qué ha querido decir?

El vagabundo se enderezó y nos miró de una forma que me asustó.

—Quiero decir lo que he dicho —contestó—. No me gusta andarme con rodeos. ¡Harry Miller. del partido comunista de los Estados Unidos de América!

El tío Jim lanzó un profundo suspiro.

—Pero... —balbuceó—, pero yo creía que... como mínimo, creía que todos los de su calaña habían muerto.

—Haz el favor de dominarte —dijo Andy—. Le pido perdón, Nacido Libre Miller. Nuestro amigo no es, uh, no es él mismo. No lo considere una ofensa personal, se lo ruego.

Hubo cierta severidad en la risita de Miller.

—Oh, no me importa. Me han llamado cosas peores.

—¡Porque se las merece! —Yo nunca había visto al tío Jim tan enfadado. Su rostro se sonrojó y golpeó el bastón contra el suelo—. Andy, este..., este hombre es un traidor. ¿Me oyes? ¡Es un agente extranjero!

—¿Quiere decir que viene de Rusia? —murmuró Andy, y los niños nos arrimamos unos a otros, aguzando el oído, porque un extranjero constituía una verdadera novedad.

—No —dijo Miller—. No, yo soy de Pittsburgh. Nunca he estado en Rusia. No me gustaría ir. Es demasiado horrible..., en otra época tuvieron el socialismo.

—No sabía que quedara alguien en Pittsburgh —dijo Andy—. Estuve allí el año pasado con un equipo de salvamento, en busca de acero y cobre, y no vimos nada más que pájaros.

—Unos cuantos; unos cuantos. Mi esposa y yo. Pero ella murió, y yo no podía quedarme en aquella ciudad podrida, así que salí a la carretera.

—Ya puedes volver a ella —replicó el tío Jim.

—Vamos, vamos, cállate —dijo Andy—. Venga a la ciudad, Nacido Libre Miller..., camarada Miller, si así lo prefiere. ¿Puedo invitarle a que se aloje en mi casa?

El tío Jim agarró a Andy por un brazo. Este se lo sacudió como si fuera una hoja muerta, agitada por el viento.

—¡No puedes! —chilló—. ¿No ves que envenenará tu mente, te trastocará, y acabaremos siendo esclavos suyos y de su pandilla de bandidos?

—Al parecer, también usted envenena la mente, señor Robbins —dijo Miller.

El tío Jim guardó silencio unos instantes, con la cabeza inclinada hacia el suelo, y las fáciles lágrimas de un hombre viejo brillaron en sus ojos. Después levantó la cara y el orgullo resonó en sus palabras:

—Yo soy republicano.

—Lo suponía. —El comunista miró a su alrededor y asintió para sí—. Una típica seudocultura burguesa. Sólo hay que ver a esos hombres, con su propio tractor en su propio campo, asidos a su propio egoísmo.

Andy se rascó la cabeza.

—¿De qué está hablando, Nacido Libre? —preguntó—. Estas máquinas pertenecen a la ciudad. ¿Quién va a querer preocuparse de su propio tractor, arado y segadora?

—Oh..., ¿quiere decir que...? —Vislumbré un destello de esperanza en los ojos del comunista. Estuvo a punto de extender las manos. Eran manos envejecidas; se veían los huesos débalos de la piel reseca—. ¿Quiere decir que trabajan colectivamente la tierra?

—No, claro que no. ¿De qué serviría tal cosa? —repuso Andy—. El hombre tiene derecho a todo aquello que cultiva, eso es todo.

—Así que la tierra, que debería ser propiedad de todos, está dividida entre esos kulaks, ¿no? —exclamó Miller.

—¿Cómo diablos puede ser la tierra propiedad de nadie? Es..., es la tierra. Uno no puede meterse cuarenta acres en el bolsillo y llevárselos. —Andy tomó aliento—. Debía usted encontrarse muy desconectado de todo en Pittsburgh. Seguramente ha tomado la antigua comida enlatada, ¿verdad? Lo suponía. Es muy fácil de explicar. Mire, esa zona que hay allí está sembrada de maíz por Glenn, el primo de mi madre. Es su maíz, y él lo cambia por cualquier otra cosa que necesite. Pero el año próximo, para conservar la tierra, sembraremos alfalfa, y el hijo de mi hermana, Willy, se encargará de hacerlo. En cuanto a frutas y hortalizas, la mayoría de nosotros cultivamos las nuestras, lo justo para salir al aire libre todos los días.

El destello se apagó en los ojos de nuestro visitante.

—Eso no tiene sentido —dijo Miller, y por el tono de su voz me di cuenta de que estaba cansado. Debía de haber recorrido un largo camino desde Pittsburgh, viviendo de las sobras que le daban los gitanos y los Granjeros Solitarios.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo el tío Jim con sonrisa forzada—. En tiempos de mi padre... —Cerró la boca. Yo sabía que su padre había muerto en Corea, en una

guerra que tuvo lugar cuando él era muy pequeño, y el tío Jim siguió conservando su recuerdo y el inútil orgullo de sus hazañas. Recordé la historia, que Nacido Libre Levinsohn enseñó en nuestra ciudad porque era el que mejor la conocía, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. ¡Un comunista! Habían matado y torturado a los americanos..., sólo que aquel hombre era un pobre exponente de lo que debía haber sido, y no podía matar ni a un cachorro. Era muy extraño.

Nos pusimos en marcha hacia el Ayuntamiento. La gente nos vio y empezó a congregarse a nuestro alrededor, mirando y murmurando tanto como el decoro permitía. Yo correteaba con Red, Bob y Stinky, muy cerca del desconocido, el comunista en carne y hueso, bajo los ojos de los demás muchachos.

Pasamos frente al telar de Joseph. Su familia y aprendices salieron para unirse a los curiosos. Miller escupió en la calle.

—Me imagino que esta gente está a sueldo —dijo.

—No esperará que trabajen por nada, ¿verdad? —preguntó Andy.

—Deberían trabajar por el bien común.

—Es lo que hacen. Cada vez que alguien necesita una prenda o una manta, Joseph reúne a sus muchachos y la hacen. El nos proporciona un material mucho mejor que el que harían las mujeres en casa.

—Lo sé. El explotador burgués...

—Desearía que éste fuera el caso —dijo el tío Jim, con los labios apretados.

—No lo dudo —replicó Miller.

—Pero no lo es. La gente de hoy día carece de empuje. No hay espíritu de competencia. No desean mejorar su nivel de vida. No... compran lo que necesitan, y lo llevan mientras dura... y está hecho para que dure siempre. —El tío Jim agitó su bastón en el aire—. Te lo digo, Andy, el país se va al infierno. La economía está estancada. ¡Los negocios se limitan a un miserable puñado de tiendecitas y la gente se fabrica lo que antes solía comprar!

—Yo creo que estamos muy bien alimentados, vestidos y albergados —replicó Andy.

—Pero ¿dónde está tu..., tu empuje? ¿Dónde está el levántate y anda, la actividad que hizo de América una gran nación? Mira..., tu esposa lleva el mismo modelo de bata que su madre. Tú usas un aeroplano que fue construido en tiempos de tu padre. ¿No deseas algo mejor?

—Nuestra maquinaria funciona bastante bien. —Andy hablaba con voz cansada. Aquella discusión le resultaba muy conocida, mientras que el comunista significaba algo nuevo. Vi que la raída capa de Miller desaparecía en el interior de la carpintería de Si Johansen y le seguí.

Si estaba haciendo una cómoda de cajones para George Hulme, que se casaba aquella primavera. Dejó las herramientas y le atendió cortésmente.

—Sí..., sí, Nacido Libre... Claro, trabajo aquí... ¿Organizar? ¿Para qué? ¿Se refiere a algo de tipo social? Pero la verdad es que mis aprendices tienen demasiada vida social. Cada tres días una fiesta, maldita... No, no están oprimidos. ¡Diablos, sí son mis parientes!... Pero no hay nadie que no tenga buenos muebles. A menos que sean malos carpinteros y demasiado altivos para pedir ayuda...

—¡Pero la gente de todo el mundo! —exclamó Miller—. ¿Es que no tiene corazón, hombre? ¿Qué me dice de los peones mexicanos?

Si Johansen se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? Si desean llevar las cosas de otro modo, es asunto suyo. —Dejó la lijadora eléctrica y comunicó a sus aprendices que tenían el resto del día libre. Naturalmente, se lo habrían tomado de todas formas, pero Si era un poco mandón.

Andy condujo nuevamente a Miller hacia la calle. En el Ayuntamiento, el calde le recibió en cuanto llegó del campo. Como se esperaba buen tiempo para el resto de la semana,

decidimos que no había prisa en sembrar y pasamos toda la tarde agasajando a nuestro huésped.

—¡Puñado de holgazanes! —explotó el tío Jim—. Vuestros antepasados no dejaban el trabajo hasta que estaba terminado.

—Ya lo terminaremos a tiempo —dijo el calde, como si hablara con un niño—. ¿Qué prisa hay, Jim?

—¿Prisa? Seguir con ello, terminarlo y empezar otra cosa. ¡Cosas mejores para una vida mejor!

—Para beneficio de sus explotadores —intervino Miller. Se hallaba sobre el primer escalón del Ayuntamiento, como un gallo hambriento y furioso.

—¿Qué explotadores? —El calde estaba tan sorprendido como yo.

—Los..., los grandes hombres de negocios, los...

—Ya no hay hombres de negocios —dijo el tío Jim. Una nueva parte de su vida pareció escaparse de su cuerpo al admitirlo—. ¿Nuestros tenderos? No. Sólo aspiran a ganarse la vida. Nunca han oído hablar de beneficios. Son demasiado perezosos para expansionarse.

—Entonces, ¿por qué no establecen el socialismo? —Miller miró a su alrededor como si buscara a algún enemigo oculto—. Todas las familias trabajan para sí mismas. ¿Dónde está su solidaridad?

—Nos llevamos muy bien unos con otros, Nacido Libre —dijo el calde—. Disponemos de un tribunal para dirimir cualquier problema.

—Pero ¿no desean seguir adelante, avanzar...?

—Tenemos suficiente —declaró el calde, acariciándose la barriga—. Yo no podría comer más de lo que como.

—¡Pero podría tener otras cosas! —dijo el tío Jim. El pobre loco se tambaleó sobre los escalones, bailando ante nuestros ojos como las marionetas de un espectáculo ambulante—. Podría tener un coche propio, un modelo nuevo todos los años con cromados por todas partes, y máquinas para aligerar su trabajo, y...

—Y para comprar todas esas cosas de mala calidad, destinadas a estropearse en seguida, tendrían que esclavizar su vida a los capitalistas —dijo Miller—. El pueblo debe producir para el pueblo.

Andy cruzó una mirada con el calde.

—Mire, Nacido Libre —dijo amablemente—, me parece que no ha entendido de lo que se trata. Nosotros no queremos esos aparatos. No vale la pena proyectar y trabajar para obtener más de lo que tenemos, por lo menos mientras hayan muchachas que amar en primavera y ciervos que cazar en otoño. Y cuando trabajamos, preferimos trabajar para nosotros mismos, no para cualquier otro, llámenlo el capitalista o el pueblo. Ahora tomemos asiento y descansenos antes de comer.

Metido entre las piernas de la Gente, oí que Si Johansfen murmuraba al oído de Joseph Arakelian:

—No lo entiendo. ¿Qué haríamos con esa maquinaria? Si yo tuviera alguna máquina que me hiciese los muebles, ¿de qué me servirían las manos?

Joseph se alzó de hombros.

—Yo tampoco lo entiendo, Si. Personalmente, no me gustaría nada ver a dos personas con un estampado idéntico.

—Sería fantástico —me dijo Red— tener un coche como los que hay en las revistas del tío Jim.

—¿Adonde irías con él? —preguntó Bob.

—Vaya, no lo sé. A Canadá, quizá. Pero, demonios, puedo ir a Canadá con sólo decirle a papá que alquile un aeroplano.

—Desde luego —dijo Bob—. Y si vas a algún sitio que esté a menos de ciento cincuenta kilómetros, tienes un caballo, ¿verdad? ¿Quién quiere un coche viejo?

Me escabullí entre la multitud en dirección a la Plaza, donde las mujeres habían preparado varias mesas y estaban sacando la comida para un banquete. La multitud era tan grande en torno al lugar donde nuestro huésped tomó asiento, que no pude acercarme a él; pero Stinky y yo nos encaramamos a! Árbol Plaza, un enorme roble gris, y nos arrastramos a lo largo de una rama hasta quedar justo encima de su cabeza. Era una cabeza desprovista de pelo, que bailaba sobre un cuello finísimo, pero él la movía rápidamente y hablaba con voz chillona.

Andy y el, calde estaban sentados junto a él, saboreando su pipa, y el tío Jim también se encontraba allí. La Gente le había cedido el puesto para .ver los fuegos artificiales. Fue una imprudencia, pero ¿cómo íbamos a saberlo? El tío Jim siempre había sido muy pacífico, y nunca habíamos tenido dos locos en la ciudad.

—...fuerzas de reacción —estaba diciendo el camarada Miller—. No estoy seguro de las fuerzas que tramaron la disolución de la Unión Soviética. Las noticias se transmitían con dificultad, ya no había muchos programas televisivos y... bueno, debo admitir que no creo que los capitalistas ni los chinos estuvieran detrás de la tragedia. Ambos sistemas se habían desmoronado hacía tiempo.

—Pero ¿qué sucedió en Rusia? —se preguntó Ed Mulligan. Era el psícoconsejero de la ciudad, y había estudiado en Mennínger, Kansas—.Me refiero a los sucesos actuales. Nunca hubiera pensado que los comunistas permitirían la libertad, difiere totalmente de lo que he leído sobre ellos.

—Lo que ustedes llaman libertad —dijo despectivamente Miller— yo, por mi parte, creo que fue una cuestión de revisionismo. Una vez eso hubo conducido a la corrupción, todo el país estuvo maduro para un golpe de estado contrarrevolucionario.

—Eso no es verdad —dijo el tío Jim—. Yo también seguí las noticias, no lo olvide. Los comunistas rusos se corrompieron y descuidaron por sí solos. Los tiranos siempre lo hacen. No previeron los cambios de la nueva tecnología, y la introdujeron alegremente. Su Telón de Acero no tardó en oxidarse. Todo el mundo dejó de escucharles.

—Es bastante exacto, Jim —dijo Andy. Vio m! rostro entre las ramas, y me guiñó un ojo—. Hubo algo de violencia, la desintegración fue más complicada de lo que crees, pero esto es esencialmente lo que ocurrió. Lo malo es que no parece darte cuenta de que sucedió lo mismo en USA.

Miller sacudió su marchita cabeza.

—Marx demostró que los adelantos tecnológicos significan un progreso inevitable hacia el socialismo —dijo—. Oh, la causa ha sido olvidada, pero ya llegará el día.

—Pues quizá tenga usted razón hasta cierto tronío —dijo Andy—. Pero verá, la ciencia y la sociedad fueron más allá de ese punto. Quizá pueda explicárselo fácilmente.

—Si así lo desea... —dijo Miller, de mal humor.

—Bueno, he estudiado esa época muy a fondo. La tecnología hizo posible que unas cuantas personas y acres alimentaran a todo el país, dejando sin cultivar muchos millones de acres; los comprabas por nada. Mientras tanto, las ciudades se asfixiaban bajo los impuestos, carecían de una representación adecuada y sucumbían bajo su propio tráfico. Paralelamente surgieron la económica unidad de energía solar y el acumulador de gran capacidad. Estas máquinas permitieron al hombre atender sus propias necesidades, sin desgastarse el corazón trabajando para otro a fin de pagar los abultados precios requeridos por una economía donde cada negocio estaba subvencionado o protegido por los contribuyentes.

Además, el nuevo sistema de vida permitía que un hombre redujera sus ingresos monetarios hasta un punto donde casi no tenía que pagar impuestos, y vivía mucho mejor con una semana laboral más corta.

»Progresivamente, la gente abandonó la ciudad y estableció pequeñas comunidades rurales. Consumían menos, lo cual produjo una gran crisis, y eso impulsó a muchas más personas a valerse por sí mismas. Cuando las grandes empresas y la clase obrera

organizada se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo y propugnaron unas leyes contra lo que ellos denominaban prácticas antiamericanas, era demasiado tarde; nadie estaba interesado. Como verá, todo sucedió gradualmente. Pero sucedió, y creo que fue para bien de todos.

—¡Ridículo! —dijo Miller—. El capitalismo lleso a la bancarrota, tal como Marx predijo hace doscientos años, pero su viciosa influencia seguía siendo tan poderosa que, en vez de avanzar hacia el colectivismo, han retrocedido a una vida de campesinos.

—Por favor —dijo el calde. Me di cuenta de que se había ofendido, y pensé que quizá los campesinos no fueran Nacidos Libres—. Uh, quizá podamos distraernos cantando un poco.

Aunque carecía de una voz propiamente dicha, la cortesía requería que Miller fuese el primero en actuar. Se levantó y canturreó algo sobre un muchacho llamado Joe Hill. Era una bonita melodía, pero incluso un niño de nueve años como yo se dio cuenta de que los versos eran muy rudimentarios. Un infantil esquema de rimas masculinas a—b—c—b y ni una metáfora doble. Además, ¿a quién le importa lo que le ocurrió a un oscuro y desconocido vagabundo, cuando nosotros tenemos canciones de caza y poemas acerca de los exploradores interplanetarios? Me alegré de que Andy le sustituyera y cantara algo con un poco de nervio.

Llamaron al almuerzo. Yo me deslicé del Árbol y encontré un asiento no lejos de allí. El camarada Miller y el tío Jim se miraban con ira a través de la mesa, pero no se dijo gran cosa más hasta después de la comida, un par de horas después. La gente perdió gran parte de su interés por el desconocido al enterarse de que había pasado toda su vida en una ciudad muerta, y se alejaron para bailar y jugar. Andy se quedó, aunque de mala gana, porque era el anfitrión de Miller.

El comunista lanzó un suspiro y se levantó.

—Han sido muy amables conmigo —dijo.

—Creía que éramos un puñado de capitalistas —replicó el tío Jim.

—Lo que me interesa es el hombre, esté donde esté, y las circunstancias bajo las que tiene que vivir —dijo Miller.

El tío Jim alzó la voz al mismo tiempo que el bastón.

—¡Hombre! ¿Dice que le importa el hombre, usted que lo mató y esclavizó?

—Oh, déjalo, Jim —intervino Andy—. Eso ocurrió hace mucho tiempo. ¿A quién le importa va?

—¡A mí! —El tío Jim empezó a gritar, pero miró a Miller y se dirigió hacia él. con las piernas rígidas y los dedos torcidos—. Ellos mataron a mi padre. Muchos miles de hombres murieron... por un ideal. ¡Y a ti no te importa! ¡Todo este maldito país ha perdido sus agallas!

Yo me quedé debajo del Árbol, con una mano sobre la áspera y rugosa corteza. Estaba un poco asustado, porque no comprendía lo que estaba sucediendo. Indudablemente Andy, que había sido enviado a Marte por la Fundación de Investigación de Municipios Unidos, sólo para adquirir nuevos conocimientos, no era un cobarde. Indudablemente mi padre, un hombre amable y alegre, no carecía de agallas. ¿Qué se suponía que debíamos querer?

—¡Usted, lacayo servil y despreciable! —chilló Miller—. ¡Fue usted quien los destripó! ¡Fue usted el que asesinó a los trabajadores y llevó a sus hijos a las falsas uniones!, y... y... ¿qué hay de los peones mexicanos?

Andy trató de interponerse entre los dos. El palo de Miller se estrelló sobre su cabeza. Andy retrocedió, enjugándose la sangre, con aspecto desvalido, mientras los dos locos se insultaban. El no podía emplear la fuerza; le habría hecho daño.

Quizá, en aquel momento, encontró la solución.

—Ya está bien, Nacidos Libres —dijo rápidamente—. Ya está bien. Os escucharemos. Veréis, esta noche habrá un bonito debate, en el Ayuntamiento, y todo el mundo asistirá...

No llegó a tiempo. El tío Jim y el camarada Miller ya se estaban pegando, con los delgados brazos entrelazados y los ojos llenos de lágrimas porque no les quedaba fuerza para destruir lo que odiaban. Pero ahora creo que su odio estaba provocado por un amor frustrado. Ambos nos amaban de una forma extraña, y nosotros no lo apreciamos, no lo apreciamos.

Andy reunió a algunos hombres, que los separaron y condujeron a diferentes casas para que descansaran. Cuando el doctor Simmons fue a visitar al tío Jim al cabo de unas horas, éste se había ido. El doctor corrió a buscar al comunista, y éste también se había ido.

Yo no me enteré hasta más tarde, pues me había ido a jugar a la peste con los demás niños junto al río. Fue en el mismo río, a la mañana siguiente, donde Constable. Thompson encontró al comunista y al republicano. Nadie supo lo que había sucedido. Se encontraron bajo los Árboles, solos, al anochecer, cuando empezaban a encenderse las fogatas y los Mayores bailaban en torno a ellas, mientras los enamorados se escabullían hacia el bosque. Esto es todo lo que sabemos. Les hicimos un solemne funeral.

Fue la comidilla de la ciudad durante una semana, y toda la región de Ohio se enteró de lo ocurrido; pero al cabo de unos días, las charlas cesaron y los locos yacieron en el olvido. Fue el mismo año que la Hermandad apareció en el norte, y la gente se preguntaba lo que esto podía significar. Se enteraron a la primavera siguiente, se hizo una alianza y la guerra se extendió por las colinas. Porque la banda de la Hermandad, tal como había amenazado, taló muchos Árboles y no plantó ninguno. Tanta maldad no podía dejar de ser castigada.

EL PUEBLO DEL AIRE

No hace mucho, tuve el placer de encontrar en un banquete al distinguido pensador científico Harrison Brown, y de decirle lo muy desvergonzadamente que yo había saqueado su trabajo.

En particular, un libro presciente que publicara cerca de dos décadas antes: El reto del futuro del hombre. Junto con otras cosas, esta obra insistía en ciertos puntos que actualmente están empezando a inquietarnos más y más... temas acerca de un desarrollo industrial desenfrenado, limitado por el déficit así como por los topes de lo que la biosfera puede resistir. Esperamos que la civilización tecnológica pueda encontrar soluciones a los problemas que ella misma crea. Pero supongamos que se hunde. ¿Habrá alguna posibilidad física de reconstruirla?

Reflexionando sobre esto en aquel tiempo, tuve en cuenta un factor mitigante que había sido recalcado por L. Sprague de Camp y otros. Probablemente, una catástrofe mundial no produciría una pérdida de conocimientos permanente y mundial. Hay demasiados libros impresos. (Y vale la pena señalar que cuando las sociedades del pasado se derrumbaron, gran parte de su arte y literatura desapareció para siempre, pero no así una gran cantidad de su tecnología.) Eventualmente, alguien utilizaría esa información para reconstruir los logros del pasado; aunque, como explicó el doctor Brown, el resultado podría ser una civilización basada en poca energía y escasos recursos,

Y la gente no pensaría como nosotros. De hecho, lo más probable es que surgieran varias culturas nuevas, independiente una de la otra. ¿Lograrían entenderse? Con todos nuestros recursos, los que ahora vivimos en la Tierra no lo hemos hecho demasiado bien.

I

La flota pirata llegó a aquel lugar justo antes del amanecer. Desde su altura, mil quinientos metros, se veía una tierra gris azulada, envuelta por la bruma. Los canales de irrigación atrajeron los primeros rayos de sol como si estuvieran llenos de mercurio. Por el oeste, el océano centelleaba y el horizonte se descompuso en púrpura y unas cuantas estrellas.

Loklann sunna Holber se inclinó sobre la barandilla que rodeaba la galería de su buque insignia y enfocó un telescopio sobre la ciudad. Esta apareció a la vista como una confusión de paredes, tejados planos y atalayas cuadradas. Las agujas de la catedral habían sido teñidas de rosa por un sol escondido. No había ningún globo de barrera en el aire. Debía ser cierto lo que los rumores declaraban, que el Ferio había abandonado sus provincias fronterizas a su suerte. De modo que la riqueza transportable de Meyco habría fluido hacia S'Anton, para custodiar..., lo cual significaba que la ciudad bien valía una incursión, Loklann sonrió entre dientes.

Robra sunna Stam, el maestro del Búfalo, habló:

—Será mejor descender a unos seiscientos —sugirió—. Para asegurarnos de que los hombres no caigan oblicuamente, al otro lado de las murallas.

—Está bien. —El capitán movió afirmativamente la cabeza recubierta por un casco—. Seiscientos metros es lo acertado.

Sus voces parecían extrañamente fuertes a aquella altura, donde sólo el viento y el crujido de las jarcias habían roto el silencio. El cielo que rodeaba a los piratas era una oscura inmensidad, teñida de rojo y dorado por el este. El rocío mojaba el puente. Pero cuando los largos cuernos de madera transmitieron las señales, no fue una interrupción, como tampoco lo fue el distante griterío de órdenes procedentes de otras naves, las

ruidosas pisadas de la tripulación o el chirrido de los molinetes y las bombas compresoras manuales. Para un habitante del cielo, esos sonidos formaban parte del aire superior.

Cinco grandes embarcaciones iniciaron un suave descenso en espiral. Los primeros rayos del sol arrancaban destellos a los dorados mascarones de proa, empinados en la afilada parte delantera, e iluminaban los extravagantes dibujos pintados en las cámaras de gas. Las velas y timones se veían increíblemente blancos en la postrera oscuridad occidental.

—Oh, un momento —dijo Loklann. Había estado examinando el puerto a través del telescopio—. Algo nuevo. ¿Qué puede ser?

Ofreció el tubo a Robra, que se lo acercó al ojo que le quedaba. Dentro del círculo de cristal se veía un muelle de piedra y varios almacenes, construirlos hacía varios siglos, en los grandes días de Perio. Ahora no se utilizaba más que una cuarta parte de su capacidad. El normal desorden de pequeñas barcas de pescadores casi destrozadas, una sola goleta... y, sí, por Oktai el Tormentoso, una cosa monstruosa, mayor que una ballena, con siete mástiles terriblemente altos.

—No lo sé. —El maestro bajó el telescopio—. ¿Un forastero? Pero ¿de dónde? En ningún lugar de este continente...

—Nunca había visto nada parecido —dijo Loklann—, con esas velas cuadradas en los masteleros.—Se acarició la corta barba. Brillaba como cobre hilado a la luz de la mañana; era uno de los hombres de cabello rubio y ojos azules, escasos incluso entre los habitantes del cielo y desconocidos en cualquier otra parte—. Debemos tener en cuenta —dijo— que no somos expertos en buques navales. Sólo los conocemos de vista. —Un desprecio no exento de afabilidad impregnaba sus palabras: los marineros eran buenos esclavos, por lo menos, pero naturalmente el único vehículo adecuado para un luchador era un barco pirata en el extranjero y un caballo en casa.

—Probablemente sea una nave comercial —concluyó—. La capturaremos, si es posible.

Se concentró en problemas más urgentes, No poseía ningún mana de S'Anton. y nunca había estado en la ciudad. Se hallaba en una de las zonas más meridionales y ningún habitante del cielo se había aventurado hasta tan lejos, ni siquiera para visitarla; en tiempos pasados, los aeroplanos eran aún demasiados primitivos y la hegemonía de Perlo demasiado fuerte. Por lo tanto, Loklann debía escudriñar la ciudad desde las alturas, a través de los blancos vapores reinantes, y hacer sus planes sobre la marcha. Tampoco podían ser muy complicados, pues sólo disponía de banderas de señales y un altavoz con un megáfono para transmitir las órdenes a los demás buques.

—Fíjate en esa gran plaza que hay delante del templo —murmuró—. Nuestro contingente aterrizará ahí. Que los hombres del Nube Tormentosa se adueñen del gran edificio que se ve al oeste... Mira..., parece la morada de un jefe. Allí, a lo largo de la muralla norte, barracones típicos y campo de deportes... Coyote puede encargarse de los soldados. Que el Bruja del Firmamento aterrice en los muelles, conquiste los emplazamientos de los cañones y ese extraño navío, y después ayuden a atacar la guarnición. La tripulación del Ante de Fuego tendría que aterrizar dentro de la puerta oriental de la ciudad y enviar un destacamento a la puerta meridional, para encerrar a la población civil. Una vez ocupada la plaza, mandaré refuerzos a donde se necesiten. ¿Está claro?

Se quitó las gafas protectoras. Algunos de los hombretones que estaban a su alrededor llevaban armaduras de cadenas, pero él prefería una coraza de resistente cuero, al estilo Mong; era casi igual de fuerte y mucho más ligera. Iba armado con una pistola, pero tenía más fe en su hacha de batalla. Un arquero podía disparar con la misma rapidez que una pistola, y la misma precisión... y las armas de fuego empezaban a resultar increíblemente caras debido a la disminución de las fuentes sulfurosas.

Sentía una tensión parecida a la que experimentaba de pequeño al abrir los regalos del día de Reyes. Oktai sabía qué tesoros encontraría, objetos de oro, telas, herramientas, esclavos, grandes hazañas y fama eterna. Posiblemente, la muerte. Algún día tendría que morir en combate; había sacrificado tantas cosas a sus dioses chinos, que ellos no le escatimarían una muerte así y la oportunidad de renacer como habitante del cielo.

—¡En marcha! —dijo.

Se encaramó a una barandilla de la galería y saltó. El mundo se convirtió momentáneamente en una rueda giratoria; de pronto la ciudad estaba arriba y a continuación era su Búfalo el que volaba sobre su cabeza. Después estiro el cordón de apertura y su arnés le devolvió la estabilidad. A su alrededor, el aire floreció con paracaídas escarlata. Calibró la dirección del viento y asió un cordel, guiándose hacia abajo»

II

Don Miwel Carabán, calde de S'Anton d'Inio, dispuso un espléndido festín para sus huéspedes de Maurai. No sólo era aquélla una ocasión histórica, que incluso podría suponer un momento crucial en el largo declive. (Don Miwel, poseedor de una rara combinación, ya que era un hombre práctico muy aficionado a la lectura, sabía que la retirada de las tropas de Ferio hacia Brasil veinte años atrás no era un «reajuste temporal». No regresarían jamás. Las provincias exteriores habían sido abandonadas a su suerte.) Pero los desconocidos tenían que convencerse de que habían encontrado una nación rica, fuerte y básicamente civilizada, de que valía la pena visitar las costas meycanas para comerciar, e incluso aliarse contra los salvajes del norte.

El banquete duró hasta casi medianoche. Aunque algunos de los canales de irrigación se habían obturado y no habían sido reparados, de modo que los cactus y serpientes de cascabel invadían los pueblos abandonados, la provincia de Meyco aún era fértil. Los jinetes Mong, de ojos oblicuos, procedentes de Tekkas, habían matado a innumerables peones cuando les atacaron cinco años atrás; las horquillas de madera y los azadones de obsidiana no servían de gran cosa frente a los sables y las flechas. Transcurriría otra década antes de que la población se normalizara y las periódicas épocas de hambre desaparecieran. Así pues, don Miwel ofreció muchos platos, ternera, jamón sazonado, aceitunas, frutas, vinos, nueces, café, que los habitantes del mar no conocían y no apreciaron demasiado, etcétera. Siguió la diversión: música, juglares, una exhibición de esgrima a cargo de algunos jóvenes nobles, y otras cosas por el estilo. En este punto, el cirujano del Delfín, que estaba bastante borracho, se ofreció para enseñarles una danza isleña. Musculoso debajo de los tatuajes, su cuerpo moreno realizó una serie de contorsiones que Mzo fruncir los labios a los dignos señores. El propio Miwel comentó:

—Me recuerda un poco a los ritos de fertilidad de nuestros peones. —La forzada cortesía de sus palabras hizo pensar al capitán Ruori Rangí Lohannaso que los peones tenían una cultura totalmente distinta y no muy considerada.

El cirujano se apartó la coleta del rostro y sonrió.

—Ahora traigamos a las wahines del barco para que nos hagan un verdadero huía —dijo en Maurai—Ingliss.

—No —contestó Ruori—. Me temo que ya les hemos escandalizado bastante. Tal como reza el proverbio: «Si vas a las islas Salmón, oscurécete la piel.»

—No creo que ellas sepan cómo divertirse —se quejó el médico.

—Aún no conocemos sus tabúes —advirtió Ruori—. Por lo tanto, comportémonos con la misma seriedad que esos hombres barbudos, y no nos riamos ni hagamos el amor hasta que regresemos a bordo y estemos con nuestras wahines.

—Pero ¡es una estupidez! Que Nan me devore si hago...

—Tus antepasados están avergonzados —dijo Ruori. Este era un reproche tan fuerte como él que nosotros destinaríamos a un hombre con el que no pretendemos luchar. Suavizó su tono para borrar el último sarcasmo, pero el médico tuvo que callarse. Eso fue lo que hizo y, murmurando una disculpa, se retiró con su sonrojo a un oscuro rincón decorado por ruinosas pinturas murales.

Ruori se volvió hacia su anfitrión.

—Le pido perdón, s'ñor —dijo, empleando la lengua local—. El conocimiento del español por parte de mis hombres es incluso más pobre que el mío.

—Desde luego. —La enjuta figura de don Miwel, totalmente vestido de negro, esbozó una ligera reverencia, lo que hizo que se alzara su espada de manera ridícula, como una cola. Ruori oyó una carcajada ahogada entre el grupo de sus oficiales. Y sin embargo, pensó el capitán, ¿eran peores los pantalones largos y la camisa de chorreras que el sarong, las sandalias y los tatuajes tribales? Costumbres diferentes, nada más. Había que ir a la Federación Maurai, desde Awaii hasta su propia N'Zealann y la occidental Mlaya, antes de comprender la enormidad de aquel planeta y los numerosos misterios que encerraba.

—Habla nuestro idioma con verdadera perfección, señor —dijo doñita Tresa Carabán. Sonrió—. Quizá mejor que nosotros, puesto que usted estudió unos textos muy antiguos antes de embarcarse, y el español ha cambiado mucho desde entonces.

Ruori sonrió también. La hija de don Miwel se lo merecía. Su rico vestido negro acariciaba una figura tan perfecta como ninguna en el mundo; y, aunque los habitantes del mar no daban mucha importancia al rostro de una mujer, vio que el suyo era orgulloso y de correctas facciones, con la aguileña nariz paterna suavizada en una curva, ojos luminosos y cabello del color de los océanos a medianoche. Era una lástima que aquellos meycanos —los nobles, por lo menos— pensarán que una muchacha debía reservarse únicamente para el marido que ellos mismos le escogían. Le habría gustado que ella trocara sus perlas y plata por una guirnalda de flores y se embarcaran en una piragua del barco, los dos solos, para contemplar la salida del sol y hacer el amor.

Sin embargo...

—En tal compañía —murmuró—, sólo deseo aprender el idioma moderno con la mayor rapidez posible.

Ella se abstuvo de coquetear con el abanico, una costumbre local que los habitantes del mar consideraban alternativamente divertida e irritante. Pero abatió las pestañas. Eran muy largas y sus ojos verdes encerraban millones de partículas doradas.

—Está aprendiendo los modales de un cab'llero con la misma rapidez, s'ñor —repuso ella.

—No califique de «moderno» a nuestro idioma, se lo ruego —interrumpió un hombre de aspecto erudito, vestido con una túnica larga. Ruori reconoció al bispo don Carlos Ermosillo, un sumo sacerdote de aquel Esu Carito que parecía análogo al Lesu Haristi de Maurai—. No es moderno, sino corrupto. Yo también he estudiado libros antiguos, impresos antes de la Guerra del Juicio. Nuestros antepasados hablaban el español puro. Nuestra versión está tan deformada como la sociedad actual. —Suspiró—. Pero ¿qué puede esperarse, cuando incluso entre los bien nacidos, ni uno de cada diez sabe escribir su nombre?

—Había más alfabetismo en los gloriosos días de Peno —dijo don Miwel—. Tendría que haber venido a visitarnos hace cien años, s'ñor capitán, para comprender de lo que nuestra raza era capaz.

—Sin embargo, ¿qué fue el período de Peno más que un estado sucesor? —preguntó amargamente el bispo—. Unificó una extensa zona, nos proporcionó ley y orden durante cierto tiempo, pero ¿acaso creó algo nuevo? Siguió el mismo curso que otros miles de reinos anteriores y, por lo tanto, ha recibido el mismo juicio.

Doñita Tresa se santiguó. Incluso Ruori, que se había diplomado en ingeniería así como en navegación, se extrañó.

—¿Nada atómico? —exclamó.

—¿Qué? ¡Oh! Las armas antiguas, las que destruyeron el viejo mundo. No, claro que no. —Don Carlos meneó la cabeza—, Pero, a nuestro modo más limitado, hemos sido tan estúpidos y pecadores como los legendarios antecesores, y los resultados han sido paralelos. Puede llamarlo codicia humana o castigo de Dio; creo que ambas cosas significan lo mismo.

Ruori observó atentamente al sacerdote.

—Me gustaría hablar con usted sobre esos temas, s'ñor —dijo, confiando en que éste fuera el título adecuado—. Los hombres que saben de historia, en vez de leyendas, son muy escasos en nuestros días.

—Desde luego —repuso don Carlos—. Será un honoro

Doñita Tresa movió los pies con impaciencia»

—Tenemos la costumbre de bailar —dijo.

Su padre se echó a reír.

—¡Ah, sí! Estoy seguro de que las señoritas ya se habrán impacientado. Mañana habrá tiempo de sobra para reanudar las conversaciones serias, s'ñor capitán. Que empiece la música.

Hizo una seña. La orquesta comenzó a tocar. Algunos instrumentos eran muy parecidos a los de Maurai, y otros completamente desconocidos. La misma escala era distinta... La tenían muy semejante en Stralia, pero... Una mano se posó en el brazo de Ruori. Vio a Tresa junto a él.

—Ya que usted no solicita bailar conmigo —dijo—, ¿puedo tener la inmodestia de pedírselo yo?

—¿Qué significa «inmodestia»? —inquirió él.

Ella se ruborizó y trató de explicárselo, sin conseguirlo. Ruori llegó a la conclusión de que era otro concepto local que los habitantes del mar no conocían. Las jóvenes meycanas y sus caballeros ya estaban en la pista de baile. Los observó un momento.

—Esos movimientos me resultan desconocidos —dijo—, pero creo que no tardaré en aprenderlos.

Ella se deslizó entre sus brazos. Fue un contacto agradable, aunque no se derivase nada de él.

—Lo hace usted muy bien —observó ella al cabo de un instante—. ¿Son todos sus compatriotas tan hábiles?

Sólo más tarde se dio cuenta de que esto era un cumplido por el cual debía haberle dado las gracias; como isleño, lo tomó como una pregunta directa y contestó:

—La mayoría de nosotros pasa mucho tiempo en el agua. Debemos adquirir cierto sentido del ritmo y el equilibrio, si no queremos caer al mar.

Ella arrugó la nariz.

—Oh, calle —dijo, riendo—. Se ha puesto tan solemne como el S'Osé de la catedral.

Ruori sonrió a su vez. Era un joven alto, moreno como todos los de su raza, pero con los ojos grises que muchos habían heredado de sus antepasados ingleses. Como era n'zealannés, no iba tan tatuado como algunos de los hombres de la Federación. Por otra parte, llevaba una filigrana de hueso de tiburón en la coleta, su sarong era de la más fina batista, y se había puesto una falda de flecos encima. Su cuchillo, sin el cual un maurai se sentía terriblemente desvalido, formaba un gran contraste: viejo, muy usado hasta que uno se fijaba en la hoja, una herramienta.

—Tengo que ver a ese dios, S'Osé —dijo—. ¿Querrá enseñármelo? O no, no tendría ojos para una simple estatua.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntó ella.

—Tanto como podamos. Hemos de explorar toda la costa meycana. Hasta ahora, el único contacto maurai con el continente mericano ha sido un viaje desde Awaii a Calfoini. Encontraron desierto y unos cuantos salvajes. Por los comerciantes okkaidanos sabemos que hay bosques más al norte, donde hombres amarillos y blancos luchan entre sí. Pero lo que había al sur de Calfoini nos era desconocido hasta que se envió esta expedición. Quizá usted pueda decirnos lo que nos espera en Su-Mérica.

—A estas alturas, muy poco —suspiró ella—, ni siquiera en Brasil.

—Ah, pero hermosas rosas florecen en Meyco.

El buen humor de la joven regresó.

—Y halagadoras palabras en N'Zealann —repuso, sonriendo.

—De ningún modo. Somos exageradamente francos. Excepto, como es natural, cuando contamos los viajes que hemos hecho.

—¿Qué contará sobre éste?

—No gran cosa, por miedo a que todos los jóvenes de la Federación se apresuren a venir. Pero voy a llevarla a bordo de mi barco, dofiita, y la pondré delante de la brújula. A partir de ese momento, siempre señalará hacia S'Anton d'Inio. Usted será, por así decirlo, mi rosa de los vientos.

Con algo de sorpresa por su parte, ella le entendió, y se echó a reír. La muchacha siguió conduciéndole sobre la pista de baile, flexible entre sus manos.

Después, a medida que la noche avanzaba, bailaron juntos tanto como la buena educación permitía, o un poco más, y numerosas tonterías que no preocupaban a ningún otro pasaron entre ellos. Casi al amanecer se despidió a la orquesta y los invitados, ocultando sus bostezos tras enormes manos, empezaron a marcharse.

—¡Qué horribles son las despedidas! —susurró Tresa—. Les dejaremos pensar que ya me he acostado. —Cogió a Ruori de la mano y se deslizó detrás de una columna y, desde allí, a un balcón. Una anciana criada, allí destinada para vigilar a las parejas que pudieran evadirse, se había envuelto en una manta para protegerse del frío y se había dormido. Aparte de ella, estaban solos entre los jazmines. La niebla flotaba en torno al palacio y desdibujaba la ciudad; a lo lejos sonaba el «Todos bien» de los piqueros que guardaban las murallas. Hacia occidente reinaba la oscuridad, y las estrellas centelleaban. Los siete altos mástiles del Delfín maurai reflejaban el sol naciente y brillaban.

Tresa se estremeció y se acercó a Ruori. No hablaron durante un rato.

—Acuérdese de nosotros —dijo ella por fin, en voz muy baja—. Cuando esté nuevamente entre su pueblo, no nos olvide.

—¿Cómo iba a hacerlo? —contestó él, con seriedad.

—¡Ustedes tienen tantas cosas de las que nosotros carecemos! —exclamó tristemente la muchacha—. Usted mismo me ha dicho que sus barcos navegan a una velocidad increíble, casi igual a la del viento. Me ha dicho que sus pescadores siempre llenan las redes, que sus ganaderos poseen rebaños que oscurecen el agua, que incluso cultivan el océano para obtener alimentos y fibras y..., —Rozó la brillante tela de su camisa—. Me ha dicho que este material procede de la espina de pescado. Me ha dicho que cada familia tiene una espaciosa casa propia y que cada miembro de ella, casi, su propia barca..., que incluso los niños pequeños de la isla más aislada saben leer, y tienen libros impresos..., que no conocen ninguna de las enfermedades que nos destruyen a nosotros..., que nadie tiene hambre y que todos son libres... ¡Oh, no nos olvide usted, a quien el Dio ha sonreído!

Entonces, se interrumpió, confusa. El la vio alzar la cabeza y dilatar las ventanas de la nariz, como si temiera su respuesta. Al fin y al cabo, pensó, ella procedía de una raza que había dado, no recibido, caridad durante siglos.

Por lo tanto, escogió las palabras con cuidado:

—Ha sido menos nuestra virtud que nuestra buena fortuna, doñita. Sufrimos menos que la mayoría en la Guerra del Juicio, y nuestra condición de isleños impidió a nuestra

población superar la rica capacidad del mar para alimentarnos. Así que... no, no tuvimos ningún tipo de arte ancestral perdido. No queda ninguno. Lo que hicimos fue volver a crear una antigua actitud, una forma de pensar,, que ha constituido la diferencia..., la ciencia.

Ella se santiguó.

—¡El átomo! —exclamó, apartándose de él.

—No, no, doñita —protestó el capitán—. Todas las naciones que hemos descubierto últimamente creen que la ciencia fue la causa de la ruina del viejo mundo. O bien creen que fue una colección de fórmulas preparadas para hacer altos edificios o hablar a distancia. Pero ninguna de ambas cosas es verdad. El método científico sólo es un medio de aprender. Es un perpetuo comenzar de nuevo. Y ésta es la razón por la cual el pueblo de Meyco puede ayudarnos tanto como nosotros a ustedes; ésta es la razón por la cual hemos venido y volveremos a llamar a su puerta en el futuro.

Ella frunció el ceño, aunque sintió que algo ardía en su interior.

—No lo comprendo —dijo.

El miró a su alrededor en busca de un ejemplo. Al fin señaló una serie de agujeritos en la barandilla del balcón.

—¿Qué había aquí? —preguntó.

—Pues... no lo sé. Siempre ha estado así.

—Creo que yo puedo decírselo. He visto cosas similares en otros lugares. Era una reja de hierro forjado. Pero fue arrancada hace mucho tiempo para fabricar armas o herramientas; ¿no?

—Es muy posible —admitió ella—. El hierro y el cobre se han hecho muy escasos. Tenemos que enviar caravanas por todo el país, hasta las ruinas de Tá—mico, a pesar del peligro que constituyen los bandidos y bárbaros, para obtener nuestro metal. Hubo un tiempo en que había barandillas de hierro a un kilómetro de este lugar. Don Carlos me lo ha contado.

El asintió.

—Así es. Los antiguos agotaron el mundo. Saquearon las minas, quemaron el petróleo y el carbón, erosionaron la tierra, hasta que no quedó nada. Yo exagero, naturalmente. Aún hay depósitos. Pero no suficientes. La vieja civilización agotó el capital, por decirlo de alguna manera. Ahora que volvemos a tener suficientes bosques y buena tierra para que el mundo intente reconstruir la cultura de la máquina..., ahora no hay bastantes minerales y combustible. Durante siglos, el hombre se ha visto obligado a destruir los antiguos artefactos, si quería tener un poco de metal. De una manera general, el conocimiento de los antiguos no se ha perdido; simplemente, se ha convertido en algo inservible, porque nosotros somos mucho más pobres que ellos.

Se inclinó hacia delante, con ansiedad.

—Pero los conocimientos y descubrimientos no dependen de la riqueza —dijo—. Quizá el hecho de no tener demasiado metal en las Islas, nos impulsó a buscar en otro sitio. El método científico puede aplicarse tanto al viento como al sol y la materia viva, como el aceite, el hierro, o el uranio. Estudiamos genética y aprendimos a crear algas marinas, plancton y peces que servirían a nuestros propósitos. El control científico de los bosques nos proporciona una madera bastante buena, bases de síntesis orgánica, algo de combustible. El sol facilita una energía que nosotros sabemos cómo concentrar y usar. La madera, la cerámica e incluso la piedra pueden reemplazar al metal en la mayor parte de los casos. El viento, gracias a principios tales como el de superficie de sustentación, o la ley de Venturi, o el tubo de Hilsch, nos proporciona energía, calor, refrigeración; las mareas pueden aprovecharse. Incluso en su actual estado primitivo, la psicología paramatemática ayuda al control de la población, así como... no, ahora hablo como ingeniero, cayendo en mi propio idioma. Lo siento.

»Lo que quería decir era que si tenemos la ayuda de otra gente, como ustedes mismos, a una escala mundial, podemos igualar a nuestros antepasados, o superarlos... no a su manera, que muchas veces fue miope y derrochadora, sino por medio de realizaciones únicamente nuestras..»

Se interrumpió. Ella no le escuchaba. Miraba por encima de su cabeza, hacia el aire, y el horror se plasmaba en su rostro.

Entonces, las trompetas sonaron en las almenas, y las campanas de la catedral empezaron a tocar,

—¡Por los nueve diablos! —Ruori giró sobre sus talones y alzó la vista. El cénit se había vuelto azul. Perezosamente sobre S'Anton flotaban cinco naves.

El nuevo sol hacía resaltar un dentado blasón pintado en sus flancos. Calculó aproximadamente que cada una de ellas debía medir noventa metros de longitud.

Unos objetos de color de sangre se extendían debajo de ellas y descendían lentamente sobre la ciudad.

—¡Los habitantes del aire! —dijo una ronca vocéenla a su espalda—. ¡Saat'süna Mari, ruega por nosotros!

III

Loklaím cayó sobre las baldosas, dio una voltereta y se levantó de un salto. Junto— a él, un jinete esculpido presidía las aguas de una fuente. Admiró la piedra un instante, parecía viva; no tenían nada parecido en Canyon, Zona, Corado o cualquiera de los reinos montañosos. Y el templo que dominaba la plaza parecía elevarse hasta el cielo.

La plaza estaba llena, pues granjeros y artesanos levantaban sus casetas para un día de mercado. La mayoría de ellos se disgregó con ruidoso pánico. Pero un robusto Individuo lanzó un grito, cogió un martillo de piedra y corrió con sus harapos hacia Loklanil. Protegía la huida de una Joven, probablemente su esposa, que llevaba un niño en los brazos. A través de su Informe vestido de saco, Loklann vio que su figura no era mala. Alcanzaría un buen precio cuando el comerciante de esclavos mong volviera a visitar Canyon. Igual que su marido, pero en aquel momento no había tiempo, estando inmovilizado por el paracaídas. Loklann extrajo su pistola y disparó. El hombre cayó de rodillas, miró con horror la sangre que —goteaba entre sus dedos apoyados en el vientre, y se desplomó. Loklann se quitó el ames. Sus botas retumbaron en pos de la mujer. Esta lanzó un chillido cuando unos dedos se cerraron sobre su brazo y trató de desasirse, pero el niño dificultó sus movimientos. Loklann la arrastró hacia el templo. Robra ya se hallaba en los escalones.

—¡Aposta un guardia! —gritó el capitán—. Guardaremos a los prisioneros dentro hasta que podamos empezar el saqueo.

Un anciano vestido con la túnica de sacerdote se tambaleaba en la puerta. Sostenía uno de los dioses meycanos en forma de cruz, como para impedirles la entrada. Robra le abrió la cabeza de un hachazo, dió un puntapié al cuerpo e hizo entrar a la mujer.

Se necesitaban hombres armados. Loklann se llevó la trompa de cuerno de buey a la boca, para llamarlos. Esperaba un contraataque de un momento a otro... Sí, ahora.

Una tropa de caballería meycana hizo su aparición en aquel instante. Eran jóvenes, de aspecto orgulloso, vestidos con pantalones bombachos, peto de cuero y casco emplumado, amplia capa, lanzas de madera endurecida por el fuego en vez de sables de acero, igual que los nómadas amarillos de Tekkas, a los cuales habían combatido desde hacía siglos. Pero éste era también el caso del pueblo del aire. Loklann corrió a la cabeza de sus líneas, donde el portador del estandarte había levantado la bandera del rayo. La mitad de la tripulación del Búfalo ensambló las diversas secciones de su lanza con punta de afilada cerámica, apoyó el extremo en el suelo y aguardó. Los soldados se lanzaron

sobre ellos. Sus picas se balancearon. Algunos caballos se ensartaron solos, otros retrocedieron chillando. Los piqueros atacaron a sus jinetes. La segunda hilera de paracaidistas entró en acción, con hachas, espadas y cu chillos. Durante unos minutos, todo ¡fueron muertes. Los meycanos se dispersaron. No huyeron, sino que se retiraron en desorden. Y entonces los arcos de Canyon empezaron a disparar.

Los muertos y los heridos se amontonaban en la plaza. Loklann se apresuró a verificar el estado de estos últimos. Todos los que no se hallaban demasiado graves fueron arrastrados hasta el templo. Había que reunir la mayor cantidad de esclavos posible y seleccionarlos después.

A lo lejos, se oyó un gran estrépito.

—Un cañón —dijo Robra, junto a él—. En los barracones del ejército.

—Bueno, que la artillería se divierta un poco, hasta que nuestros muchachos se alcen con la victoria —dijo sardónicamente Loklann.

—Claro, claro. —Robra parecía nervioso—. Sin embargo, me gustaría que nos enviaran algún mensaje. No me gusta estar aquí sin hacer nada.

—No tardarán —predijo Loklann.

Así fue. Un corredor con un brazo roto llegó tambaleándose hasta él. .

—Nube tormentosa —balbuceó—. El gran edificio que debíamos atacar., lleno de hombres con espadas... Nos han rechazado en la puerta...

—¡Uh! Pensaba que no era más que la casa del rey —dijo Loklann. Se echó a reír—. Bueno, quizá el rey diera una fiesta. Bueno, iré a verlo por mí mismo. Robra, hazte cargo de esto. —Escogió con el dedo a treinta hombres para acompañarle. Avanzaron por calles vacías y silenciosas a excepción de sus pisadas y el tintineo de las armas. Todos los habitantes debían de estar aterrorizados entre aquellas blancas paredes. Menos dificultades para acorralarlos después, cuando la lucha hubiera terminado y comenzara el saqueo.

Ya se oía el estruendo del combate. Loklann debió la última esquina. Frente a él se alzaba el palacio, un viejo edificio con tejado de baldosas rojas y paredes blancas, con muchas ventanas de cristal. Los hombres del Nube Tormentosa luchaban en la puerta principal. Los muertos y heridos del último ataque eran muy numerosos.

Loklann se hizo cargo de la situación con una sola mirada.

—A esos idiotas no se les habrá ocurrido enviar un destacamento por una entrada lateral, ¿verdad? —gruñó—. Jonak, toma a quince de los muchachos y derriba una puerta secundaria, para atacar por la retaguardia. El resto me ayudará a mantenerles ocupados.

Alzó su hacha manchada de sangre.

—¡Canyon! —gritó—, ¡Canyon! —Sus seguidores le corearon y se lanzaron al ataque.

La última carga se había retirado ensangrentada y jadeante. Media docena de meycanos se hallaban en el umbral. Eran nobles: hombres de aspecto sombrío con perilla y grandes bigotes, con elegantes capas negras o rojas recogidas como escudos sobre su brazo izquierdo y largas espadas en la mano derecha. Detrás de ellos había otros, dispuestos a ocupar el lugar de los caídos.

—¡Canyon! —gritaba Loklann sin dejar de correr.

—¡Quel Dio wela! —exclamó un alto señor de cabello gris. Una cadena de oro del Ministerio colgaba alrededor de su cuello. Alzó decididamente la espada.

Loklann levantó el hacha y paró el golpe. El señor fue muy rápido, contestando con una estocada que terminó en el pecho del atacante. Pero el duro cuero de seis capas torció la punta. Los hombres de Loklann se amontonaban a ambos lados, con gran temeridad, manejando el hacha. Alcanzó la espada del enemigo; el arma cayó al suelo. «¡Ah, no, don Miwel!, gritó un joven que había al lado del calde. El anciano refunfuñó, extendió las manos y consiguió asir el hacha de Loklann. Se la arrancó con la fuerza de un gigante. Loklann vio unos ojos que hablaban de muerte. Don Míwel levantó el hacha. Loklann extrajo la pistola y disparó a quemarropa.

Mientras don Miwel se tambaleaba, Loklann le sostuvo, le arrancó la cadena de oro y se la puso alrededor de su propio cuello. Al enderezarse, fue recibido por un salvaje disparo, que rebotó en su casco. Recuperó el hacha, se afianzó sobre sus pies y devolvió el golpe.

La línea defensiva se rompió.

Se oyó un gran clamor a espaldas de Loklann.

Se volvió y vio el brillo de las armas sobre los hombros de sus soldados. Con un juramento, comprendió que en el palacio había más gente que las escasas personas que defendían la puerta principal. ¡El resto había salido por la puerta posterior y ahora se encontraba a su espalda!

La punta de una lanza le atravesó el muslo. No sintió más que un pinchazo,, pero la cólera más absoluta se adueñó de él.

—¡Ojalá renazcas como el cerdo que eres! —rugió. Medio inconsciente, se libró de su atacante, se abrió paso entre la multitud que le rodeaba y, tambaleándose, supervisó la batalla.

Los recién llegados eran guardias del palacio en su mayoría, a juzgar por sus vistosos uniformes rayados, picas y machetes. Pero tenían aliados, una docena de hombres como Loklann no había visto ni oído hablar jamás. Tenían la piel tostada y el cabello negro de Injuns, pero su rostro era más parecido al del hombre blanco; intrincados dibujos azules recubrían su cuerpo, únicamente revestido por mantos y guirnaldas de flores. Esgrimían cuchillos y garrotes con feroz habilidad.

Loklann se rompió la pernera del pantalón para mirarse la herida. No era grave. Más grave era la derrota que sus hombres estaban sufriendo. Vio correr a Mork sunna Brenn, con la espada levantada, en dirección a uno de los morenos desconocidos, un hombre robusto que había añadido una camisa de lujoso aspecto a su falda. Mork había matado a más de cuatro hombres en su país, en peleas legales, y nadie sabía cuántos en el extranjero. El hombre moreno aguardó, con un cuchillo entre los dientes y las manos a lo largo del cuerpo. Cuando la hoja sobre él, el hombre moreno había desaparecido —Sin soltar el cuchillo, dio un golpe seco sobre la muñeca de la espada con el borde de la mano, Loklann oyó crujir ¡os huesos claramente. Mork lanzó un grito. El extranjero le dio un nuevo golpe en la nuez. Mork cayó de rodillas, escupió sangre,, se desplomó y no volvió a moverse. Otro hombre del aire pasó al ataque, con el hacha levantada. El extranjero volvió a esquivar el arma, alcanzó a su enemigo en la cadera y lo lanzó contra el suelo. El habitante del cielo golpeó el pavimento COE IA cabeza y dejó de moverse.

Entonces Loklann vio que los recién llegados formaban un anillo alrededor de otros que no tachaban, Mujeres. ¡Por Oktai y él devorador de hombres Ulagu, aquellos bastardos estabas sacando a todas las mujeres del palacio! Y la lucha contra ellos se había interrumpido; los rudos atacantes retrocedieron cuidándose las heridas»

Loklann echó a correr.

—¡Canyon! ¡Canyon! —gritó.

—Ruori Rangi Lohannaso —dijo el extranjero cortésmente. Dio una serie de órdenes. Su grupo empezó a retirarse.

—¡A ellos, malditos! —aulló Loklann. Sus hombres se reagruparon y corrieron tras ellos. Las picas de retaguardia les impidieron avanzar. Loklann les condujo hacia la otra parte de la plaza.

El hombre robusto le vio acercarse. Unos ojos grises se clavaron en la cadena del calde y se endurecieron súbitamente.

—Así que usted ha matado a don Míwel —dijo Ruori en español. Loklann le entendió, pues había aprendido ese idioma con los prisioneros y concubinas apresados durante los ataques realizados en el norte—. Asqueroso hijo de un skúa.

Loklann alzó la pistola. Ruori agitó velozmente una mano. De pronto, el hombre del aire se encontró con un cuchillo en los bíceps d« Dejó caer el arma.

—Tendrá que devolvérmelo —grité pues, a sus seguidores—: Vamos, al barco.

Loklann se quedó mirando la sangre que manaba de su brazo. Oyó un gran estrépito cuando los refugiados se abrieron paso entre las vencidas líneas enemigas. El grupo de Jonak apareció en la puerta principal, que ahora estaba vacía, pues los defensores supervivientes se habían ido con Ruori.

Un hombre se aproximó a Loklann, que seguía mirándose el brazo.

—¿Vamos tras ellos, capitán? —preguntó casi tímidamente—. Jonak puede guiarnos.

—No —repuso Loklann.

—Pero deben escoltar a más de un centenar de mujeres. También hay muchas mujeres jóvenes.

Loklann se sacudió, como un perro saliendo de un profundo y frío riachuelo.

—No. Tengo que encontrar al médico y curarme esta herida. Después tendremos muchas cosas que hacer. Ya ajustaremos las cuentas a esos forasteros, sí se presenta la oportunidad, ¡Hombre, una ciudad para, saquear!

IV

Había numerosos muertos diseminados por los muelles, y algunos estaban quemados. Parecían extraordinariamente pequeños al lado de los almacenes, como muñecas roías abandonadas por una niña llorosa. El cañón humeaba ligeramente.

Atel Hamíd Seraio, el maestro, que había sido dejado a bordo del Delfín con la tripulación alistada, salió a su encuentro con varios hombres. Su saludo fue a la manera de la Isla, tan casual que incluso en un momento como aquél varios de los meycanos parecieron sorprenderse.

—Ya íbamos a buscarle, capitán —dijo.

Ruori miró hacia aquel bosque que era el aparejo del Delfín.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó,

—Una pandilla de esos demonios aterrizó cerca de la batería. Ocuparon los emplazamientos antes de que nosotros supiéramos lo que era todo aquello.

Una parte de ellos se fue hacia ese edificio de la zona norte, donde creo que vive el ejército. Pero el resto de la pandilla nos atacó. Bueno, con la borda a tres metros del muelle, y nuestra experiencia repeliendo piratas, no tuvieron demasiada suerte, Les di una dosis de llama.

Ruori apartó la vista de los cadáveres ennegrecidos. Indudablemente, se lo habían merecido, pero no le gustaba la idea de lanzar aceite de ballena ardiendo sobre hombres vivos.

—Es una pena que no atacaran desde el mar —añadió Ate! con sin suspiro—. Tenemos una hermosa catapulta de arpones. Utilicé una parecida, hace muchos años, cuando estaba en Hinja, cuando un bucanero sino se acercó demasiado. Su junco sonó como una ballena.

—¡Los hombres no son ballenas! —replicó Ruori

—Muy bien, capitán, muy bien, muy bien, —Ate! retrocedió ante su propia violencia, un poco asustado—. No pretendía hablarle así.

Ruori se tranquilizó y cruzó los brazos. —Yo también he hablado con una cólera Innecesaria —dijo formalmente—. Me río de mí mismo,

—No es nada» capitán. Ta! como iba diciendo, los vencimos y acabaron retirándose. Me imagino que regresarán con refuerzos. ¿Qué hacemos?

—Eso es lo que no sé —dijo Ruori con voz inexpresiva. Se volvió hacia los meycanos, que aguardaban con rostros trastornados e incomprensivos—, Les pido perdón, dons y dofiítas—dijo en español—. Me estaba relatando lo que había sucedido.

—¡No se disculpe!—contestó Tresa Carabao, adelantándose a los hombres. Algunos parecieron ofenderse, pero estaban demasiado cansados y sorprendidos para reprochar su osadía, y para Ruori era natural que una mujer se comportara tan libremente como un hombre—. Nos ha salvado la vida, capitán más que la vida.

El se preguntó lo que debía ser peor que la muerte, y después asintió. La esclavitud, naturalmente? cuerdas y látigos y toda una vida de trabajos forzados en una tierra extraña. Posó los ojos en ella, cuyo cabello desordenado le rozaba los suaves hombros, con el traje desgarrado, y el cansancio y huellas de lágrimas en el rostro. Se preguntó si sabría que su padre estaba muerto. Ella se enderezó y le miró con extraño desafío.

—No sabemos qué hacer —dijo él torpemente—. Sólo somos cincuenta hombres. ¿Podemos ayudar en algo a la ciudad?

Un joven noble, que se tambaleaba sobre sus pies, replicó:

—No. La ciudad está perdida. Puede salvar a esas damas, eso es todo.

Tresa protestó;

—¡No querrá rendirse todavía, s'fior Dónofu!

—No, doñita —contestó el joven—. Sólo espero confesarme antes de volver a la lucha, porque soy un hombre muerto.

—Suban a bordo —dijo escuetamente Ruori.

Abrió la marcha hacia la plancha de desembarco. Liliu, una de las cinco wahines del barco, corrió a recibirle. Le echó los brazos al cuello y exclamó:

—¡Temía que te hubieran matado!

—Aún no. —Ruori se libró de ella tan suavemente como pudo. Vio que Tresa se ponía rígida y posaba una mirada de ira sobre ambos. Se quedó estupefacto. ¿Acaso aquellos curiosos meycanos esperaban que una tripulación se embarcara para un viaje de meses sin llevar consigo a unas cuantas muchachas? Después pensó que el atavío de las wahines, muy parecido al de sus propios hombres, debía ser contrario a las costumbres locales. A Nan con sus necios prejuicios. Pero le dolía que Tresa se apartara de él.

Los demás meycanos miraban a su alrededor. No todos habían visitado el barco cuando éste llegó. Contemplaban con asombro los cables y mástiles, y sus ojos iban desde las brazas del puente hasta la catapulta de arpones, desde los cabrestantes y el bauprés hasta los marineros. Los mauraí sonreían alentadoramente. La mayoría de ellos parecían considerar lo ocurrido como una travesura. Unos hombres que buceaban en busca de tiburones por diversión, o que se embarcaban en canoas de batanga para recorrer en solitario muchas millas oceánicas, no se dejaban impresionar por un combate.

Pero ellos no habían hablado con el serio don Miwel y el alegre don Wan y el amable bisco Ermosillo, y tampoco habían visto a estas personas muertas sobre la pista de baile, pensó Ruori con amargura.

Las mujeres meycanas se abrazaban unas a otras, señoras y criadas, para llorar desconsoladamente. Los guardas palaciegos formaban un sólido grupo a su alrededor. Los nobles, y Tresa, siguieron a Ruori hasta el castillo de popa.

—Ahora —dijo—, tenemos que hablar. ¿Quiénes son esos bandidos?

—El pueblo del aire —susurró Tresa.

—Eso ya lo veo. —Ruori alzó los ojos hacia las aeronaves que flotaban en el cielo. Tenían la siniestra belleza de otras tantas barracudas. Aquí y allí se levantaban columnas de humo hacia ellos—. Pero ¿quiénes son? ¿De dónde proceden?

—Son nor-mericanos —contestó ella con voz monótona, como si no se atreviera a darle expresión—. De las salvajes altiplanicies que rodean el río Colorado y el Gran Cañón. Se dice que los invasores mong les hicieron abandonar las llanuras orientales, hace mucho tiempo; pero como se hicieron fuertes en las colmas y desiertos, derrotaron a algunas tribus mong y se aliaron con otras. Hace más de cien años que hostigan nuestras fronteras septentrionales. Esta es la primera vez que se han aventurado hasta tan abajo. No los esperábamos; supongo que sus espías se enteraron de que nuestros soldados

están por río Gran, luchando contra una fuerza rebelde. Vinieron por el sudoeste, hasta llegar aquí... —Se estremeció.

El joven Dónoju escupió.

—¿Son unos perros salvajes? ¡No saben hacer nada más que robar, quemar y matar! —Se desanimó—. ¿Qué hemos hecho para que se ensañen así con nosotros?

Ruori se frotó pensativamente la barbilla.

—No pueden ser tan salvajes —murmuró—. Esos dirigibles son mucho mejores que todos los construidos por la Federación. El material..., ¿algo sintético? Debe de serlo, o no podría encerrar el hidrógeno. ¡Seguro que no utilizan helio! Pero para producir hidrógeno a esa escala, se necesita tener industria. Por lo menos, una buena química empírica. Incluso pueden electrolizarlo... ¡por el buen Lesu!

Se dio cuenta de que había estado hablando para sí mismo y en su propio idioma.

—Les pido perdón —dijo—. Me preguntaba lo que debíamos hacer. El barco no lleva naves voladoras.

Volvió a mirar hacia arriba. Atel le tendió los binoculares. Los enfocó sobre el dirigible más próximo. La enorme bolsa de gas y la góndola de debajo —más grande que una nave maurai— formaban una unidad aerodinámicamente limpia. La góndola parecía ser muy ligera, de caña entrelazada en torno a un armazón de madera, pero resistente. A tres cuartas partes de altura desde la quilla se veía una especie de galería, sobre la cual la tripulación podía andar y trabajar. A lo largo de la barandilla había, a intervalos regulares, máquinas de funcionamiento manual. Algunas debían ser para izar, pero otras semejaban catapultas. Evidentemente, los dirigibles de diversos jefes luchaban entre sí de vez en cuando, en los reinos septentrionales. Valía la pena enterarse. Los psicólogos políticos de la Federación eran partidarios del divide y vencerás. Pero ahora...

La potencia motora era extraordinariamente interesante. Cerca de la proa de la góndola sobresalían dos mástiles laterales, de unos quince metros de longitud, uno encima del otro. Sostenían dos armazones basculantes a ambos lados, a los cuales se ataban velas cuadradas. Un par de mástiles similares atravesaban el casco posterior: ocho velas en total. Las superficies de control del plano de deriva estaban unidas a la cámara de gas. Un par de pequeños molinetes retráctiles, con hélice y pivote, se proyectaban por debajo de la góndola, y era evidente que constituían una quilla falsa. Las velas y timones estaban equilibrados por cables que se extendían hasta los tornos de la galería a través de jarcias y poleas. Alterando su disposición, sería posible virar algunos puntos hacia barlovento. Y, sí, el aire se mueve en direcciones distintas a niveles distintos. Un dirigible podía descender comprimiendo el hidrógeno en los depósitos de almacenaje; podía elevarse hinchándolo nuevamente o tirando lastre (aunque este último truco se reservaba para el regreso a la base, cuando las filtraciones hubieran agotado el suministro de gas). Entre las veías, timones y su capacidad para encontrar un viento razonablemente favorable, un dirigible así podía viajar muchos miles de kilómetros, con una carga de varias toneladas. ¡Oh, qué hermosa nave!

Ruori bajó los binoculares.

—¿No ha construido Ferio alguna embarcación aérea para combatirlos? —preguntó.

—No —murmuró uno de los meycanos—. Lo único que hemos tenido han sido globos. No sabemos fabricar un material que retenga el gas ascensional el tiempo suficiente, ni cómo controlar el vuelo. —Su voz se desvaneció.

—Y como su cultura no es científica, nunca se les ha ocurrido hacer una investigación sistemática para aprender esos trucos —dijo Ruori.

Tresa, que se hallaba contemplando su ciudad, giró en redondo.

—¡Para usted es muy fácil! —exclamó—. No ha tenido que repeler los ataques de los mong en el norte y de los raucanianos en el sur un siglo tras otro. No ha tenido que malgastar veinte años y diez mil vidas para hacer canales y acueductos, para que se murieran de hambre menos personas. No está sobrecargado con una mayoría de obreros

que no sabe hacer otra cosa más que trabajar, y que ni siquiera sabe cuidarse porque nunca le han enseñado a hacerlo, ya que su existencia es una carga tan grande para nuestro país que no nos lo ha permitido. ¡Para usted es muy fácil salir a navegar con sus despechugadas mujerzuelas y burlarse de nosotros! ¿Qué habría hecho usted, señor capitán todopoderoso?

—Tranquilícese —reprochó el joven Dónoju—. Nos ha salvado la vida.

—¡Hasta ahora! —dijo ella, entre dientes y con lágrimas en los ojos. Un piececito intranquilo golpeaba la cubierta.

Durante un corto momento, Ruori se preguntó lo que debía ser una mujerzuela. Parecía ofensivo. ¿Era posible que se refiriera a las wahines? Pero ¿acaso una mujer disponía de un medio más honorable para obtener una buena dote que arriesgar su vida, al lado de los hombres de su pueblo, en una misión de descubrimientos y civilización? ¿Qué esperaba Tresa contar a sus nietos en las noches de lluvia?

Después se preguntó la razón de que le molestara de tal modo. Ya había observado, en algunos meycanos, una intensidad casi terrorífica entre hombre y mujer, como si la esposa fuese incluso más que una respetada amiga y compañera. Pero ¿qué otra relación era posible? Un especialista en psicología quizá pudiera saberlo; Ruori estaba totalmente perdido.

Agitó la cabeza, para aclarar sus ideas, y dijo en voz alta:

—Este no es momento de descortesías. —Tuvo que emplear una palabra española que no se ajustaba a lo que quería decir—. Hemos de decidirnos. ¿Están seguros de que no podemos vencer a los piratas?

—No, a menos que el propio S'Anton haga un milagro —dijo Dónoju con voz desesperada.

Después, enderezándose súbitamente:

—...Sólo existe una cosa que usted pueda hacer por nosotros, señor. Si se marcha ahora, con las mujeres; hay damas de alta cuna entre ellas, que no pueden ser vendidas como esclavas y pasar una vida de desterradas. Llévelas al sur, al puerto Wanawato, donde el calde procurará por su bienestar.

—No me gusta escaparme —dijo Ruori, mirando los hombres caídos en el muelle.

—¡S'fior, son verdaderas damas! En el nombre de Dio, ¡tenga misericordia de ellas!

Ruori examinó las tensas y barbudas caras. Les debía su amable hospitalidad, y no se le ocurría otro modo de agradecerse.

—Si así lo desean. —dijo lentamente—. ¿Qué van a hacer ustedes?

El joven noble se inclinó como si se hallara ante un rey.

—Nuestro agradecimiento y oraciones les acompañarán, señor capitán. Los hombres, como es natural, volveremos en seguida a la batalla. —Se levantó y, con voz estentórea, gritó—: ¡Aaa-tención! ¡Alí-nearse!

Se intercambiaron apresurados besos en la cubierta de popa, y después, los hombres de Meyco cruzaron la plancha y se internaron en su ciudad.

Ruori descargó un puñetazo sobre el pasamanos de la borda.

—Si hubiera algún medio —murmuró—, sí pudiera hacer algo... —Casi esperanzadamente—: ¿Cree que los bandidos pueden atacarnos?

—Sólo si nos quedamos aquí —dijo Tresa. Sus ojos eran trozos de hielo verde—. ¡Ojalá Mari no le hubiera dejado prometer que se haría a la mar!

—Si nos persiguen...

—No creo que lo hagan. Lleva un centenar de mujeres y unas cuantas mercancías sin valor. Los hombres del aire tendrán a diez mil mujeres, igual número de hombres, y los tesoros de nuestra ciudad. ¿Por qué iban a molestarse en perseguirnos?

—Sí.,., sí.,.

—Adelante —dijo ella—. Veo que no se atreve a quedarse.

Su frialdad fue como una bofetada.

—¿A qué se refiere? —preguntó él—. ¿Cree que los maurai somos unos cobardes?

Ella titubeó. Después, con forzada sinceridad;

—No.

—Entonces, ¿por qué se burla de mí?

—¡Oh, váyase! —Se arrodilló junto a la barandilla, sepultó la cabeza entre los brazos, y se entregó a sus pensamientos.

Ruori la dejó y dio las órdenes. Los hombres treparon a los obenques. Las lonas plegadas fueron desatadas y ondearon al viento. Más allá del espigón, el océano mostraba su brillante color azul, surcado por cabrillas blancas; las gaviotas planeaban en el cielo. Ruori sólo vio lo que había visto antes, mientras conducía la retirada desde el palacio.

Un hombre desarmado, con la cabeza partida en dos. Una muchacha, de doce años escasos, que chillaba con desesperación mientras dos piratas la arrastraban hacia un callejón. Un anciano que huía aterrorizado, zigzagueando, mientras cuatro arqueros disparaban al azar contra él y se reían a carcajadas cuando se cayó a causa de las heridas y siguió arrastrándose sobre las manos. Una mujer sentada, inmóvil, en la calle, con el vestido desgarrado, junto a un niño con el cerebro aplastado. Una estatuilla en un nicho, una imagen sagrada, con un marchito ramo de violetas a sus pies, decapitada por un hacha de guerra. Una casa que ardía, y alaridos procedentes del interior.

De pronto, los aeroplanos que flotaban en el cielo dejaron de parecerle hermosos.

¡Ojalá pudiera elevarse y borrarlos de los cielos!

Ruori se interrumpió en seco. La tripulación se agitaba en torno a él. Oyó el crujido de una saloma, voces profundas y vigorosas debido a una constante libertad y buena alimentación, y todo ello resonó en el fondo de su cerebro»

—Soltando amarras —canturreó el maestro.

—¡Aún no! ¡Aún no! [Espera!

Ruori echó a correr hacia la popa, subió la escalerilla y pasó junto al timonel hasta llegar al lado de doñita Tresa. Ella había vuelto a levantarse, para permanecer con la cabeza agachada sobre la que ondeaba su cabello para ocultarle el rostro.

—Tresa —jadeó Ruori—. Tresa, tengo una idea. Creo que... puede haber una posibilidad..., quizá podamos luchar después de todo.

Ella alzó los ojos. Cerró los dedos sobre su brazo hasta clavarle las uñas en la carne.

El habló entrecortadamente:

—Dependerá... si les atraemos... hacia nosotros. Por lo menos, un par de sus naves... deben seguirnos... hacia el mar. Creo que entonces... no estoy seguro de los detalles, pero puede ser que... podamos luchar..., incluso abatirlos...

Ella seguía mirándole fijamente. El vaciló.

—Desde luego —dijo—, podemos perder la batalla. Y tenemos a muchas mujeres a bordo.

—Si pierden —inquirió ella, en voz tan baja que él tuvo que esforzarse para oírla—, ¿moriremos o seremos capturados?

—Creo que moriremos.

—Está bien. —Ella asintió—. Sí. Entonces, luche.

—Hay algo de lo que debo asegurarme. No sé cómo hacer que nos persigan. —Hizo una pausa—. Si alguien se dejara... capturar por ellos y les dijera que llevábamos un gran tesoro, ¿se lo creerían?

—Podría ser. —La vida había vuelto a su voz, e incluso cierta ansiedad—. Digamos, el tesoro del calde. Nunca ha existido, pero los ladrones creerán que las bodegas de mi padre estaban abarrotadas de oro.

—Pero es necesario que alguien vaya a ellos. —Ruori le volvió la espalda, se retorció los dedos y avanzó hacia una conclusión a la que no quería llegar—. No puede ser

cualquiera. Meterían a un hombre con los demás esclavos, ¿no cree? Quiero decir que ni siquiera le escucharían.

—Probablemente no. Muy pocos de ellos hablan español. Cuando logran entender algo del tesoro, estarían llegando a casa —exclamó Tresa—. ¿Qué hacemos?

Ruori tenía la respuesta, pero no lograba hacerla pasar a través de su garganta.

—Lo siento —murmuró—. Mi idea no era tan buena como parecía. Larguemos amarras.

La muchacha se introdujo entre él y la barandilla para mirarle a la cara, tocándose como si bailaran de nuevo. Su voz temblaba ligeramente,

—Usted sabe un medio.

—No sé ninguno.

—He llegado a conocerle muy bien, en una noche. No sabe usted mentir. Dígamelo.

El apartó la mirada. Sin saber cómo, explicó:

—Una mujer —no cualquier mujer, sino una muy hermosa—, ¿no sería rápidamente llevada hasta su jefe?

Tresa dio un paso atrás. El color había desaparecido de sus mejillas.

—Sí —dijo finalmente—. Creo que sí.

—Pero la cuestión es que podrían matarla —dijo Ruori con tristeza—. Esos hombres asesinan sin compasión. No puedo dejar que alguien bajo mi protección se arriesgue a morir así.

—No sea tonto —dijo ella, con los labios apretados—. ¿Acaso cree que la posibilidad de morir me importa?

—¿Qué otra cosa podría suceder? —preguntó él, sorprendido—. Oh, sí, claro, la mujer podría convertirse en esclava si perdiéramos la batalla. Aunque me imagino que, si es hermosa, no la tratarían mal.

—¿Y eso es todo lo que usted...? —Tresa se interrumpió. Hasta aquel momento, él no supo que una sonrisa podía mostrar un corazón destrozado—. Naturalmente; tendría que haberlo supuesto. Su pueblo tiene otra forma de pensar»

—¿Qué quiere decir? —murmuró él.

Ella permaneció un instante con los puños apretados. Después, casi para sí misma:

—Ellos mataron a mi padre; sí, le vi muerto en el umbral del palacio. Convertirán mi ciudad en unas ruinas pobladas de cadáveres»

Levantó la cabeza.

—Iré —dijo.

—¿Usted? —La agarró por los hombros—. ¡No, usted no! Una de las otras...

—¿Cómo voy a enviar a otra? Yo soy la hija del calde.

Se desasió y echó a correr por el puente, bajando la escalerilla en dirección a la plancha. Su mirada no volvió a posarse en el barco. Unas cuantas palabras llegaron hasta él.

—Después, si es que hay un después, siempre me queda el convento.

El no la entendió. Permaneció en el castillo de popa, contemplándola y odiándose a sí mismo hasta que la perdió de vista. Después, dijo: «Larguen amarras», y el barco se hizo a la mar»

V

Los meycanos lucharon obstinadamente, calle por calle y casa por casa, pero en un par de horas los soldados supervivientes fueron arrinconados a la zona nordeste de S'Anton. Ellos no podían imaginárselo, pero uno de los jefes enemigos supervisaba el combate desde el cielo; un pirata se había encaramado a la catedral, con una escalerilla de cuerda

para que los hombres subieran y bajaran, y la otra nave, dotada de una tripulación mínima, le llevaba las noticias.

—Está bien —dijo Loklann—. Los mantendremos encajonados con la cuarta parte de nuestras fuerzas.

No creo que intenten escapar. Mientras tanto, el resto de nosotros organizará las cosas. No hay que dejar demasiado tiempo a esas criaturas para que se oculten ellos y las joyas. Por la tarde, cuando hayamos descansado, podemos lanzar a unos cuantos paracaidistas detrás de las tropas municipales, obligarlos a avanzar hacia nuestras líneas y destruirlos.

Ordenó aterrizar el Búfalo, para cargar inmediatamente el botín de más valor. Los hombres, en conjunto, eran demasiado toscos, buenos chicos, pero capaces de romper una túnica, una copa o una cruz de piedras preciosas en su apresuramiento; y a veces esos objetos meycanos eran demasiado hermosos para renunciar a ellos o venderlos.

La nave capitana descendió todo lo que pudo. Aún flotaba a trescientos metros de altura, pues las bombas manuales y los depósitos de aleación de aluminio no permitían mucha comprensión del hidrógeno. En un aire más frío y tenso habría flotado incluso a más altura. Pero varias cuerdas cayeron desde ella hasta una tripulación rápidamente reunida en tierra. En su país, había cabrestantes provistos de trinquetes en todas las casas, y eso permitía que sólo cuatro mujeres pudieran bajar una nave. Casi nunca recurrían al procedimiento de soltar gas, pues los Guardianes apenas podían satisfacer la demanda, a pesar de la nueva unidad de energía solar añadida a su estación hidroeléctrica, y lo cobraban en la debida forma. (Eso decían los Guardianes, pero quizá sólo estuvieran aprovechándose de su inviolabilidad, mayor que la de cualquier rey, para aumentar los precios. Algunos jefes, incluido Loklann, habían empezado a experimentar con la producción de hidrógeno por sí mismos, pero era muy lento desentrañar un arte que los propios Guardianes sólo entendían medianamente.)

Aquí, hombres robustos sustituían a la maquinaria. El Búfalo pronto se posó en la plaza de la catedral, que ocupó casi completamente. Loklann inspeccionó todas las cuerdas por sí mismo. La pierna herida le dolía, pero no tanto como para no poder andar. Más molestias le producía el brazo derecho, cuyos puntos le dolían más que el corte original. El médico le había aconsejado que no lo moviera demasiado. Eso significaba luchar con la mano izquierda, pues la historia nunca diría que Loklann se había retirado de un combate. Sin embargo, estaba en inferioridad de condiciones.

Tocó el cuchillo que le había herido. Por lo menos, tenía una magnífica hoja de acero para consolarse. Y... ¿no había dicho su dueño que volverían a encontrarse, para decidir quién se lo quedaba? Había un presagio en tales palabras. Sería un gran placer reencarnar a ese Ruori.

—Capitán. Capitán, señor,

Loklann miró en torno suyo. Yuw Hacha—Rojá y Aalan sunna Rickar, sus compañeros de alojamiento, eran los que le llamaban. Asían por el brazo a una joven vestida de terciopelo negro y plateado. La multitud desarmada, que trabajaba por los alrededores, no desviaba la vista de ella; salvajes gritos acallaron los murmullos.

—¿Qué pasa? —dijo bruscamente Loklann. Tenía muchas cosas que hacer.

—Esa muchacha, señor. No está mal, ¿verdad? La hemos encontrado cerca del puerto.

—Bueno, a encerrarla en el templo con el resto hasta que... Oh. —Loklann giró sobre sus talones, y su mirada se posó en unos fríos ojos verdes. Desde luego, no estaba mal.

—No dejaba de repetir las mismas palabras: Shef, rey, ombro gran. Finalmente se me ocurrió que quizá quería decir «jefe» —dijo Yuw—, y cuando dijo «khan» me convencí de que deseaba verle. Así que no la hemos usado nosotros mismos.

—¿Aba tu spañol? —preguntó la muchacha.

Loklann sonrió.

—Sí —contestó en el mismo idioma, con un fuerte acento pero con claridad—. Bueno, lo suficiente para saber que me tuteas. —La boca graciosamente delineada de la joven se convirtió en una estrecha línea—. Eso significa que me consideras inferior... o tu dios, o tu amado.

Ella se sonrojó, alzó la cabeza (los rayos del sol arrancaron destellos a su negrísima cabellera) y contestó:

—Puedes decir a esos patanes que me suelten.

Loklann dio la orden en inglés. Yow y Aalan la soltaron. La marca de sus dedos había quedado impresa en sus brazos. Loklann se acarició la barba.

—¿Querías verme? —preguntó.

—Si eres el jefe, sí —dijo ella—. Soy la hija del calde, dofiita Tresa Carabán. —Durante un momento, su voz se quebró—. Lo que llevas es la cadena del ministerio de mi padre. He vuelto por el bien de su pueblo, a negociar las condiciones.

—¿Qué? —Loklann parpadeó. Uno de los guerreros se echó a reír.

No debía haberle resultado fácil pedir misericordia, pensó él; la voz de la muchacha continuaba siendo insegura.

—Considerando las pérdidas que no dejarás de sufrir si luchas hasta el fin, y la posibilidad de ocasionar un contraataque en tu país, ¿no aceptarías un rescate de dinero y un salvoconducto, por liberar a tus cautivos y renunciar a la destrucción?

—Por Oktai —murmuró Loklann—. Sólo una mujer podía imaginarse que nosotros... —Se interrumpió—. ¿Has dicho que has vuelto?

Ella asintió.

—Por el bien de mi pueblo. Sé que no tengo autoridad legal para pactar las condiciones, pero en la práctica...

—¡Olvídate de eso! —exclamó él—, ¿De dónde has vuelto?

La joven titubeó.

—Eso no tiene nada que ver con...

Había demasiados ojos presenciando la escena. Loklann dio la orden de iniciar un saqueo sistemático. Se volvió a la muchacha»

—Vamos a bordo de la nave —dijo—. Quiero discutir el tema a fondo.

Ella cerró los ojos, sólo un momento, y sus labios se movieron. Después le miró —él pensó en un puma que cazó una vez— y dijo con voz inexpresiva:

—Sí. Tengo más argumentos.

—Cualquier mujer los tiene —contestó él, riendo—, pero tú más que otras.

—¡Eso sí que no! —gritó ella—. No me refería... a eso. Mari, ruega por mí. —El se abrió paso entre sus hombres, y ella le siguió.

Pasaron junto a numerosas velas plegadas, hasta una escalerilla que bajaba desde la galería. En el casco inferior se veía una trampilla abierta, con mucho espacio para almacenar objetos y grilletes de cuero para los prisioneros. Unos cuantos piratas montaban guardia en el puente de la galería. Estaban apoyados en sus armas, sudando debajo del casco, y contaban chistes; cuando Loklann apareció con la muchacha, lanzaron gritos de jubilosa envidia.

El abrió una puerta.

—¿Has visto alguna vez uno de nuestros navíos? —le preguntó. La góndola superior contenía una habitación alargada, completamente desnuda a excepción de unos armazones de cama sobre los que había sendos sacos de dormir. Al otro lado, una serie de particiones constituían los gabinetes, una especie de cocina, y al final, en la misma proa, una habitación para mapas, mesas, instrumentos de navegación y tubos parlantes. Las paredes formaban una inclinación tan pronunciada hacia fuera, que las ventanas proporcionaban una vista muy espaciosa cuando la nave se elevaba. En una repisa, debajo de una vitrina llena de armas, se veía un pequeño ídolo, con colmillos y cuatro brazos. Un jergón ocupaba parte del suelo.

—El puente —dijo Loklann—. También es el camarote del capitán. —Señaló una de las cuatro sillas de mimbre que había en la habitación—. Siéntate» doñita. ¿Te apetece beber algo?

Ella se sentó pero no respondió. Tenía los puños cerrados sobre la falda. Loklann se sirvió un vaso de whisky y casi lo apuró del primer trago.

—¡Ahhh! Después cogeremos un poco de vuestro vino para ti. Es una pena que no sepáis destilarlo.

Unos ojos desesperados se alzaron hasta él, que permanecía frente a ella.

—S'ñor —dijo la muchacha—, te lo ruego, en el nombre de Carito..., bueno, en el de tu madre, pues... perdona a mi pueblo.

—Mi madre se moriría de risa si lo oyera —dijo él. Inclinandose hacia delante—: A ver, no malgastemos palabras. Tú te escapabas, pero volviste. ¿Hacia dónde te escapabas?

—Pues..., ¿acaso eso importa?

Buena señal, pensó él, ya empezaba a ceder. Respondió.

—Importa. Sé que a la salida del sol estabas en palacio. Sé que huiste con los extranjeros morenos. Sé que su barco partió hace una hora. Debes haber subido a bordo, y bajado después. ¿No es verdad?

—Sí. —Empezó a temblar.

El reprimió su impaciencia y preguntó razonablemente:

—Ahora dime, doñita, los términos del convenio. No puedes esperar que renunciemos a la mejor parte de nuestro botín y a muchos esclavos valiosos por un mero salvoconducto. Todos los reinos del cielo nos repudiarían. Vamos a ver, debes tener algo más que ofrecer, si es que confías comprarnos con dinero.

—No, en realidad...

Descargó una mano sobre su mejilla. El golpe le hizo girar la cabeza. Ella retrocedió, tocándose la marca roja, mientras él gruñía:

—No tengo tiempo para juegos. ¡Dímelo! Dime inmediatamente lo que te ha traído aquí, cuando ya estabas a salvo, o te mando a la bodega. Pagarán un buen precio por ti cuando los traficantes vayan a Canyon. Muchas casas te están esperando: la cabaña de un guardabosques en Orgón, la yurta de un khan mong en Tekkas, un burdel en Chai Ka-Go. Dime, sinceramente, lo que sabes, y no te ocurrirá nada.

Ella bajó la mirada y dijo, con voz temblorosa:

—El barco extranjero está cargado con el oro del calde. Mi padre hacía tiempo que deseaba llevar su tesoro a un lugar más seguro que éste, pero no se atrevía a confiárselo a un tren de mercancías. Aún hay muchos forajidos entre aquí y Fortlez d'S'Ernán; un botín tan grande incluso podía tentar a la escolta militar. El capitán Lohannaso aceptó llevar el oro por mar hasta puerto Wanawato, que está cerca de Fortlez. Era digno de confianza porque su gobierno ansia comerciar con nosotros; ha venido en misión oficial. El tesoro ya había sido cargado. Naturalmente, cuando se produjo el ataque, el barco también aceptó a las mujeres que estaban en palacio. Encontrarás más riquezas en el barco extranjero que las que toda tu flota pueda requisar.

—¡Por Oktai! —murmuró Loklann.

Le volvió la espalda, dio unos pasos, finalmente se detuvo y miró por la ventana. Le parecía oír los engranajes en su cabeza. Tenía sentido. El palacio había sido decepcionante. Oh, sí, muchos damascos y objetos de plata y chucherías, pero nada similar a la catedral. O bien el calde era menos rico que poderoso, o tenía escondido su tesoro. Loklann había planeado torturar a unos cuantos criados para averiguarlo. Ahora comprendía que existía una tercera posibilidad.

De todos modos, sería mejor interrogar a algunos prisioneros para asegurarse... no, no había tiempo. Con el viento a su favor, aquel barco dejaría atrás a cualquier nave pirata sin el menor esfuerzo. Quizá ya fuera demasiado tarde para alcanzarlo. Pero si no... hum. El asalto no sería fácil. Aquel casco estilizado y ligero constituía un blanco muy pequeño

para los paracaidistas, y con los aparejos... Un momento. Un hombre intrépido siempre podía encontrar un camino. ¿Y si se agarraban a los mástiles?

En caso de que el peso rompiera los obenques, tanto mejor: una cuerda con tanto lastre les proporcionaría un sencillo descenso hasta el puente. Sin embargo, si los ganchos aguantaban, un grupo de ataque bien podía deslizarse por los cables, hasta los mástiles. Indudablemente, los marineros eran muy ágiles, pero nunca habían arriado velas en una tormenta mericana, a un kilómetro de la tierra.

Podía improvisar a medida que se desarrollara la batalla. En el peor de los casos, siempre resultaría divertido intentarlo. Y en el mejor de los casos, podía renacer en un conquistador del mundo, por llevar a cabo tal hazaña en esta vida.

Se echó a reír alegremente.

—¡Lo haremos!

Tresa se levantó.

—¿Renunciarás a la ciudad? —susurró con voz ronca.

—Yo nunca he prometido tal cosa —dijo Loklann—. Claro que el cargamento del barco tomará el lugar del material y la gente que pensábamos llevarnos. A menos que, humm, a menos que decidamos llevar el barco a Californi, cargado, y solicitar ayuda de otras naves piratas. Sí, ¿por qué no?

—¡Perjuro! —dijo ella, con enorme desprecio.

—Yo sólo he prometido no venderte —dijo Loklann. Su mirada la recorrió de pies a cabeza—. Y no lo haré.

Avanzó unos pasos y la atrajo hacia sí. Ella se debatió, maldiciendo; incluso consiguió sacar el cuchillo de Ruori del cinturón de Loklann, pero su coraza detuvo la hoja.

Finalmente, él se enderezó. Ella cayó llorando a sus pies, con la marca roja de la cadena de su padre en el pecho. El dijo tranquilamente:

—No, no te venderé, Tresa. Te conservaré para mí.

VI

—¡Dirigible a la vista-a-a!

El grito del vigía se confundía un momento con el viento y las agitadas aguas. Bajo el palo mayor, los miembros de la tripulación corrieron a sus puestos.

Ruori miró hacia el este. La tierra formaba una línea montañosa y azulada bajo densos cúmulos. Le costó un poco ver al enemigo, en la inmensidad de aquel cielo. Al fin, el sol se reflejó en las naves piratas. Alzó los binoculares. Dos ballenas pintadas se dirigían hacia ellos, a un kilómetro de altura, descendiendo rápidamente.

Suspiró.

—Sólo dos —dijo.

—Pueden ser demasiadas para nosotros —repuso Atel Hamid. El sudor perlaba su frente.

Ruori miró con dureza a su maestre.

—No tendrás miedo de ellos, ¿verdad? Me atrevería a decir que éste es uno de sus grandes triunfos, la superstición.

—Oh, no, capitán. Conozco el principio de la fuerza ascensional tan bien como tú. Pero esa gente es cruel. Y esta vez no tratan de atacarnos desde un muelle; ahora están en su elemento.

—Nosotros también. —Ruori dio una palmadita en la espalda de su compañero—. Hazte cargo del mando. Tanaroa sabe lo que va a ocurrir, pero usa tu propio criterio en caso de que me suceda algo.

—Ojalá me dejaras ir —protestó Atel—. No me gusta estar tan seguro aquí. Lo que me preocupa es lo que pueda pasar arriba.

—No estarás demasiado seguro, no temas. —Ruori esbozó una sonrisa forzada—. Además, alguien ha de llevar este barco a casa para entregar los magníficos informes que hemos obtenido al Instituto de Investigación Geotécnica.

Se deslizó por la escalerilla hasta la cubierta principal y corrió hacia los obenques del palo mayor. Su tripulación prorrumpió en gritos de entusiasmo al verle aparecer, con las armas relucientes. Las dos grandes cometas en forma de caja, atadas a un bolardo y dispuestas, tenían la lona tirante. Ruori deseó haber tenido más tiempo para hacer otras.

No obstante, había retrasado el encuentro más de lo que parecía razonable, adentrándose en el mar primero, y retrocediendo lentamente después, para que el enemigo lo buscara mientras ellos se preparaban. (O hacían planes, mejor dicho. Al despedir a Tresa, sus ideas no eran gran cosa más que la convicción de poder luchar.) Suponiendo que cayera en la trampa, se había arriesgado a hacerles perder la paciencia y provocar su regreso a tierra. Ya hacía una hora que haraganeaba bajo la vela mayor y un par de artefactos voladores, esperando que los hombres del aire fueran lo bastante marineros de agua dulce como para no encontrar sospechosa aquella lona en un día tan bueno.

Pero ya estaban llegando, y su llegada ponía término a una serie de preocupaciones y remordimientos que no dejaban de atormentarle respecto a cierta muchacha. Tales emociones eran raras en un isleño; y sorprenderse a sí mismo concentrándolas de tal forma en una sola persona, de entre los millones que poblaban la Tierra, había sido horrible. Ruori se encaramó por las trepaduras, como si huyera de algo.

Los dirigibles aún se encontraban a bastante altura, impulsados por una brisa de nivel superior. Allí abajo, ésa era casi un viento del sur. La aeronave, incapaz de girar de bolina, descendería cuando ellos estuvieran en contra del viento. A pesar de todo, estimó Ruori con frialdad, el Delfín podía esquivar su torpe maniobra.

Pero el Delfín no iba a hacerlo.

Los obenques ya estaban llenos de marineros armados del arponero lanzó una maldición, le tiró el arma y atravesó al invasor.

—¡Basta! —rugió Hiti—. ¡Necesitamos esos arpones!

Ruori inspeccionó la situación. El dirigible de sotavento seguía maniobrando en torno a su compañero, que era impulsado hacia puerto. Se llevó el megáfono a la boca y un amplificador de batería solar transmitió sus palabras:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Disparen contra la segunda nave enemiga antes de que se agarre! ¡Corten los cables de la primera y repelan a todos los que nos aborden!

—¿Disparo? —preguntó Hiti—. Tengo un blanco inmejorable.

—Sí.

El arponero disparó la catapulta. Esta se desenrolló con gran estrépito. El cortante acero alcanzó a la góndola en un lado, se introdujo en el casco y terminó en el extremo del entarimado interior.

—¡Enróllenla otra vez! —rugió Hiti. Sus propias manos de gorila ya se hallaban sobre una manivela. Dos hombres se las arreglaron para encontrar espacio junto a él.

Ruori se descolgó de las arraigadas y saltó al cangrejo. Otro pirata había aterrizado allí y un tercero estaba llegando en aquel momento, seguido por otros dos. El hombre que estaba sobre la berlinga se mantenía en equilibrio sobre los pies desnudos, como un buen marinero, y desenvainó la espada. Ruori se agachó al oír silbar la hoja, agarró con una mano el estrobo de la vela mayor y se mantuvo allí, golpeando con el hacha del barco el cable del rezón. El pirata se puso de cuclillas y se lanzó nuevamente al ataque. Ruori pensó en Tresa, descargó el hacha en el rostro del hombre y le empujó, haciéndole caer sobre el puente. Volvió a cortar. El cuero era resistente, pero su hoja era afilada. El cable se rompió y salió disparado por los aires. El cangrejo se balanceó libremente, arrancando casi de cuajo los dedos de Ruori. El segundo hombre del aire se tambaleó, cayó sobre un camarote inferior y no volvió a moverse. Los hombres del cable se descolgaron hasta el

extremo. Uno de ellos no pudo detenerse; el mar lo engulló. El otro fue destrozado contra el celcés cuando se balanceaba como un péndulo.

Ruori volvió a encaramarse al cangrejo y se sentó a horcadas sobre él, para llenar de aire sus ardientes pulmones. El combate proseguía en torno suyo, en los obenques, vergas, y abajo en cubierta. El segundo dirigible se aproximó.

A popa, impulsada por la velocidad de un barco que navegaba a favor del viento, se elevó una de las cometas. Atel gritó una orden y el timonel cambió de rumbo. A pesar de las presiones que debía resistir, el Delfín respondió bien; una profunda ciencia o una fluida mecánica formaba parte de su diseño. Empapada en aceite de ballena, la cometa permaneció unida a la bolsa de gas durante unos momentos... el tiempo suficiente para que los «viradores» de papel en llamas subieran por la cuerda. Se incendió.

El dirigible viró en redondo, la cometa se cayó, y su pequeña carga de pólvora explotó inútilmente. Atel lanzó un juramento y dio nuevas órdenes. El Delfín cambió de bordada. La segunda cometa, ya en el aire y encendida, alcanzó el blanco. Detonó.

El hidrógeno surgió a borbotones. Repentinamente llamas envolvieron al dirigible. El resplandor del cielo palideció su color. El humo empezó a elevarse, a medida que el plástico situado entre las células de gas se desintegraba. La aeronave descendió hasta el agua como un lento meteorito.

La otra embarcación no tenía otra elección razonable más que cortar las cuerdas de los rezones enteros y abandonar al todavía numeroso grupo de abordaje. El capitán no podía saber que el Delfín sólo poseía dos cometas. Unas cuantas flechas de venganza fueron disparadas por la catapulta del barco. Después recuperó su libertad, y perdió rápidamente velocidad. El navío maurai se balanceó hasta recobrar toda su estabilidad habitual.

El enemigo podía retirarse o planear un nuevo ataque. No tenía otra opción. Ruori aulló por el megáfono:

—¡Cambien de bordada! ¡Proa a ese estrecho lleno de espuma! —Después, echó a correr hacia cubierta, donde el combate proseguía.

El grupo de Hiti había lanzado tres arpones grandes y media docena de pequeños contra la góndola.

Los cables pendían en tirantes curvas catenarias desde el dirigible hasta el cabestrante de proa. Ya no había miedo de que la tensión fuera excesiva. El Delfín, como cualquier otro barco maurai, estaba diseñado para vivir del mar mientras viajaba. Había arrastrado enormes ballenas; un dirigible no era nada, en comparación. Lo que importaba era la velocidad, antes de que los piratas se dieran cuenta de lo que sucedía y encontraran la forma de soltarse.

¡Tohiha, hioha, itoki, itoki! El viejo cántico isleño se elevó por los aires mientras los hombres se afanaban en torno al cabestrante. Ruori saltó a cubierta, vio que un pirata luchaba con un marinero, una espada contra un garrote, y le aplastó el cráneo por detrás, como hubiera hecho con una sabandija. (Después se preguntó, ligeramente sorprendido, qué le impulsaba a pensar así acerca de un ser humano.) La batalla concluyó rápidamente; los hombres del aire estaban en desventaja. Pero media docena de personas de la Federación se hallaban malheridas. Ruori hizo llevar a los piratas supervivientes a un improvisado hospital, donde sus propias víctimas fueron sometidas a los anestésicos, antibióticos y cuidados de las doñitas. Después, con toda rapidez, preparó a su tripulación para la siguiente fase.

El dirigible había sido arrastrado hasta el bauprés. Estaba tan inclinado que sus catapultas resultaban inservibles. Los piratas se alineaban en el puente de la galería, aullaban y agitaban sus armas. Sobre pasaban en número a la tripulación del Delfín en una proporción de tres o cuatro por uno. Ruori reconoció a uno entre ellos... el hombre de elevada estatura y cabello rubio con el que había luchado frente al palacio; experimentó una misteriosa sensación.

—¿Los quemamos? —preguntó Atel.

Ruori hizo una mueca.

—Supongo que debemos hacerlo —dijo—. Intenta no quemar la nave. Ya sabes que la queremos intacta.

Un balancín empezó a moverse de arriba abajo, dirigido por robustos isleños. Las llamas brotaron de una boquilla de cerámica. El humo, el hedor y los alaridos que siguieron, y todo lo que pudieron ver cuando Ruori ordenó el alto el fuego, hizo estremecerse hasta el veterano más endurecido de la patrulla contra corsarios. Los maurai no eran sentimentales, pero no les gustaba ser causantes de tal dolor.

—Manguera —dijo Ruori. Los chorros de agua que siguieron fueron como una especie de bendición. El mimbre que había empezado a arder quedó convertido en una masa carbonizada.

Se lanzaron los rezones del barco. Un par de muchachos que se encontraban en los camarotes se colocaron en primera línea. No hallaron resistencia en la galería. La mayoría de los piratas que estaban ilesos permanecieron inmóviles, con el armamento a sus pies, y sin intención de combatir. Las escalerillas de Jacob siguieron a los muchachos; la tripulación del Delfín se encaramó al dirigible y empezó a hacer prisioneros.

Unos cuantos hombres del aire salieron por una puerta, con las armas levantadas. Ruori vio al hombre alto y rubio entre ellos. El hombre cogió la daga de Ruori con la mano izquierda y corrió hacia él. Su brazo derecho parecía casi inservible.

—¡Canyon! Canyon! —aullaba, con un simulacro del grito de guerra.

Ruori esquivó el ataque y extendió un pie. El hombre tropezó. Mientras caía, Ruori descargó con fuerza el mazo del hacha, alcanzándole en la nuca.

Se oyó un ruido de huesos rotos. El hombre trató de levantarse, se estremeció y continuó retorciéndose espasmódicamente en el suelo.

—Quiero recuperar el cuchillo. —Ruori se agachó, desató el cinturón de cuero del ladrón, y empezó a inmovilizarle de pies y manos.

Unos vidriosos ojos azules le miraron con expresión de súplica.

—¿Es que no va a matarme? —murmuró el otro en español.

—Harísti, no —dijo Ruori, sorprendido—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Se puso en pie. La última resistencia había terminado; el dirigible era suyo. Abrió la puerta de proa, pensando que el equivalente del puente de un barco debía hallarse tras ella.

Entonces permaneció inmóvil durante un rato, sin oír otra cosa que el viento y su propia sangre.

Fue Tresa la que finalmente acudió junto a él. Llevaba las manos extendidas ante sí, como un ciego, y sus ojos parecían mirarle sin ver.

—Está usted aquí —dijo, con voz inexpresiva y monótona.

—Doñita —tartamudeó Ruori. Le cogió las manos—. Doñita, de haber sabido que estaba a bordo, nunca me habría..., me habría arriesgado...

—¿Por qué no nos quemó y hundió, como a la otra nave? —preguntó—. ¿Por qué debe regresar ésta a la ciudad?

Se desasíó de él y salió tambaleándose al puente. Este se hallaba muy inclinado, y ondulado debajo de ella. La muchacha se cayó, volvió a levantarse, se dirigió hacia la barandilla sobre sus pies descalzos y fijó la vista en el océano. Su cabello y su vestido desgarrado ondeaban al viento.

Se necesitaba mucha técnica para manejar una aeronave. Ruori se daba cuenta de que los treinta hombres que había dejado a bordo de la embarcación la hacían navegar tan torpemente como era posible. Un experto hombre del aire sabía qué clase de muro térmico o corriente descendente le esperaba, con una simple ojeada a la tierra o el agua que había debajo; podía calcular el nivel donde soplaba una brisa deseada y elevarse o bajar suavemente; incluso podía navegar de bolina, aunque eso constituía un lento proceso que dependía de las corrientes.

No obstante, una hora de estudio fue suficiente para averiguar los principios básicos. Ruori volvió al puente y dio órdenes por el megáfono. La tierra se estaba acercando. Un vistazo hacia abajo le hizo ver el Delfín, con un cargamento de cautivos de guerra, siguiéndoles con las velas apocadas. El y sus compañeros aeronautas tendrían que aguantar toda clase de bromas acerca de su paso de caracol celestial. Ruori no sonrió al pensarlo ni planeó su respuesta, como hubiera hecho el día anterior. Tresa se hallaba tras él,

—¿Conoce el nombre de esta nave, doñita? —le preguntó, para romper el silencio.

—El la llamaba Búfalo —repuso ella, distante y sin interés.

—¿Qué es?

—Una especie de res salvaje,

—Así pues, veo que le hablaba mientras iban en mi búsqueda. ¿Dijo alguna otra cosa interesante?

—Habló de su pueblo. Se jactó de las cosas que ellos tienen y nosotros no... motores, energía, aleación..., como si esto cambiara el hecho de que son un hatajo de pestilentes salvajes.

Por lo menos, mostraba alguna emoción. El había temido que ella empezase a desear que su corazón se detuviera; pero se acordó de que no había visto ninguna prueba de esta común práctica maurai entre los meycanos.

—¿Abusó salvajemente de usted? —preguntó, sin mirarla.

—Usted no lo consideraría abuso —repuso violentamente ella—. ¡Ahora déjeme sola, por favor! —La oyó alejarse de él y cerrar la puerta que conducía a otras secciones.

Bueno, pensó, al fin y al cabo, su padre había muerto. Eso no apenaría a nadie, en ningún lugar del mundo, salvo a ella. Un niño meycano se criaba únicamente entre sus padres; no pasaba la mitad de su tiempo comiendo, durmiendo o jugando con cualquier otro pariente, como la mayoría de jóvenes isleños. Así que aquí los parientes más allegados debían tener más importancia psicológica. Por lo menos, ésta era la única explicación que a Ruori se le ocurría para explicarse la súbita ofuscación de Tresa.

La ciudad se asomó en el horizonte. Vio las restantes naves enemigas flotando encima de ella. Tres contra una..., sí, ese día constituiría una leyenda entre los habitantes del mar, si vencían. Ruori sabía que hubiera debido experimentar el mismo placer temerario que un hombre practicando el surf, o luchando contra un tiburón, o navegando durante un tifón, o practicando cualquier deporte peligroso donde el éxito significara gloria y muchachas. Oía cantar a sus hombres, que llevaban el ritmo con las manos y los pies. Pero su propio corazón estaba insensible.

La nave hostil más cercana se aproximó. Ruori trató de enfrentarse con ella de un modo profesional. Su tripulación había sido capturada en batallas aéreas. Una mirada superficial les hubiera identificado como verdaderos hombres de Canyon, agotados tras una dura batalla pero con el barco maurai hecho prisionero.

Mientras los norteños se acercaban lentamente, Ruorí cogió el megáfono.

—Mantengan el rumbo. Disparen cuando pasemos por el través.

—Sí, sí —dijo Hit!.

Al cabo de un minuto, el capitán oyó el zumbido de la catapulta de arpones. A través de una tronera, vio que el proyectil se estrellaba en el centro de la góndola enemiga.

—Arrien el cable —dijo—. Nos interesa mantenerlo al alcance de la cometa, pero no quemarnos nosotros.

—Sí. No es la primera vez que juego al pez espada. —La risa se asomaba a la voz de Hiti.

El adversario se desvió, frenéticamente. Sus catapultas dispararon unas cuantas flechas; una de ellas dio en el blanco, pero una sola célula gaseosa no tenía importancia.

—Cambio de bordada —exclamó Ruori. Era absurdo presentar el costado a una descarga. Ambas naves empezaron a navegar a favor del viento, con las velas gualdrapadas—. ¡A sotavento! —El Búfalo se convirtió en una boya que arrastrara a su víctima. Y entonces entró en acción la cometa preparada durante el regreso. Esta vez incluía anzuelos. Se agarró y amantó firmemente en la bolsa de los canyonitas—. ¡Desamarren! —gritó Ruori. El fuego se elevó por la cuerda de la cometa. A los pocos minutos, había envuelto al enemigo. Unos cuantos paracaídas fueron lanzados sobre el mar.

—Sólo quedan dos —dijo Ruori, sin la voz de triunfo que empleaban todos sus hombres.

Los invasores no eran tontos. Los restantes dirigibles pusieron proa a la ciudad, para no exponerse a más llamas procedentes del agua. Uno de ellos descendió, lanzó las estachas, y fue rápidamente impulsado hacia la plaza. A través de los binoculares, Ruori vio que numerosos hombres armados trepaban a bordo. El otro, indudablemente sólo con la tripulación regular, maniobró hacia el Búfalo.

—Creo que éstos quieren combatir —advirtió Hiti—. Mientras tanto, el número dos recogerá a un par de centenares de soldados, y después vendrá para abordarnos.

—Ya lo sé —dijo Ruori—. Vamos a agradecerérselo.

Dirigió la nave en línea recta hacia el enemigo. Este no le esquivó, tal como él había temido que hiciera; pero entonces, se produjo un apremiante acto de valor entre los hombres del aire. Lo que hicieron fue maniobrar con la mayor rapidez posible para lanzar un rezón y agarrarse. Esto proporcionaría a su compañera una oportunidad para cargar guerreros y elevarse. Se acercó muchísimo.

Con el fin de hacerles desistir de su intento, Ruori decidió:

—Disparen flechas —dijo. En cubierta, se introdujeron pistones de madera dura en el interior de pequeños cilindros, encendiendo la mecha del extremo; las lanzas empapadas en aceite no tardaron en inflamarse. Cuando el enemigo entró en su radio de acción, las cometas rojas empezaron a partir desde el Búfalo.

Si este sistema no hubiera dado resultado, Ruori habría cambiado de rumbo. No quería sacrificar más hombres en una lucha cuerpo a cuerpo; habría intentado quemar la aeronave enemiga desde lejos, a pesar de que su estrategia la necesitaba. Pero el efecto moral producido por el desastre anterior estaba muy presente. Cuando las flechas en llamas se clavaron en su góndola, una táctica bélica de dos filos para la cual ninguna tripulación norteña estaba equipada, los canyonitas se asustaron y saltaron por la borda. Posiblemente, mientras descendían en su paracaídas, unos cuantos se dieran cuenta de que no se había disparado ninguna flecha contra la bolsa de gas.

—¡A capturarlo en seguida! —gritó Ruori—. ¡Apaguen el fuego!

Se lanzaron rezones. Los dirigibles se estabilizaron en una parada relativa. Algunos hombres saltaron a la galería adyacente; cubos llenos de agua rociaron la cubierta.

—Manténgase alerta —dijo Ruori—. La mitad de los muchachos a la nave capturada. Corten los cabos de salvamento y dense prisa.

Dejó el megáfono. Una puerta crujió a su espalda. Al volverse, vio que Tresa entraba en el puente. Aún estaba muy pálida, pero se había peinado, y llevaba la cabeza alta.

—¡Otro! —exclamó con una nota de alegría en la voz—. ¡Sólo queda uno!

—Pero estará lleno de soldados —repuso Ruori—. Ahora me arrepiento de haber aceptado su negativa a embarcarse en el Delfín. No pensaba con claridad. Esto es demasiado peligroso.

—¿Cree que me importa? —dijo ella—. Soy una Carabán.

—A mí sí que me importa —contestó él.

Ella abandonó su altivez; le tocó la mano, fugazmente, y el color subió a sus mejillas.

—Perdóneme. ¡Ha hecho tanto por nosotros! No tengo modo de agradecerse.

—Sí, sí que lo tiene —dijo Ruori

—¿Cuál es?

—No detenga su corazón sólo porque haya sido herido.

Ella le miró con ojos resplandecientes.

El contraмаestre apareció por la puerta de proa.

—Todo preparado, capitán. Nos mantenemos a tres mil metros, y todos los hombres se hallan junto a las válvulas.

—¿Se—les ha asignado un cabo de emergencia a cada uno?

—Sí. —El contraмаestre desapareció.

—Usted también necesitará uno. Venga. —Ruori cogió a Tresa de la mano y la condujo hasta la galería. Vieron el cielo en torno a ellos, una ligera brisa rozó su cara y los tablones de madera crujieron bajo sus pies como un ser vivo. El le indicó numerosas cuerdas, procedentes del Delfín, que estaban atadas a la barandilla—. No podemos arriesgarnos a lanzar en paracaídas a hombres sin adiestrar —dijo—. Pero usted no tiene experiencia en descolgarse por una de éstas. Le haré un arnés que la sostendrá firmemente. Déjese llevar con absoluta tranquilidad. Cuando llegue al suelo, corte la cuerda. —Cortó algunos cabos con el cuchillo y los unió con la habilidad de un verdadero marino. Cuando le puso el arnés en torno al cuerpo, él notó que se ponía tensa.

—¡Pero si yo soy su amigo! —murmuró.

Ella se relajó. Incluso sonrió, temblorosamente. Le entregó el cuchillo y volvió a entrar en la góndola.

Y, en aquel momento, la embarcación pirata se elevó del suelo. Fue acercándose; las dos naves de Ruori se mantuvieron en sus puestos. Vio ios destellos que el sol arrancaba del metal. Sabía que habían presenciado el final de sus compañeros y que no se dejarían engañar por la misma técnica. Lo más probable era que siguieran aproximándose aunque su nave se incendiará. También era posible que incendiaran su propia embarcación y se lanzaran en paracaídas para salvarse. No mandó disparar ninguna flecha.

Cuando sólo unas cuantas brazas le separaban del enemigo, gritó:

—¡Abran las válvulas!

El gas se escapó de ambas bolsas. Los dos dirigibles unidos empezaron a descender.

—¡Fuego! —gritó Ruori. Hiti apuntó su catapulta y envió un arpón con un cable de ancla hacia el casco del atacante—. ¡Incendien y abandonen la nave!

Los hombres que se hallaban en cubierta esparcieron el aceite que otros hombres se ocuparon de encender. Las llamas lo invadieron todo.

Con el peso de dos naves casi desinchadas arrastrándola desde abajo, la nave canyionita empezó a caer. A mil quinientos metros, los cabos de salvamento rozaron los tejados y se deslizaron por las calles.

Ruori trepó a la barandilla. Se abrasó las palmas de las manos al descender.

Justo a tiempo. El dirigible arponado dejó escapar el hidrógeno comprimido y se elevó a tres mil metros con su carga, buscando espacio en el cielo. Seguramente nadie había visto que la carga estaba ardiendo. De todos modos, no les habría resultado fácil cortar uno de los cables de Hiti.

Ruori miró hacia arriba. Avivadas por el viento, las llamas no producían nada de humo, y formaban un pequeño y orgulloso sol. No había contado con que el fuego sorprendiera

totalmente al enemigo. Supuso que se lanzarían en paracaídas hasta tierra, donde los meycanos podrían atacarlos. Casi deseó poder avisarles.

Las llamas alcanzaron el hidrógeno restante en las bolsas de gas deshinchadas. Oyó una especie de gigantesco jadeo. La embarcación superior se convirtió en una pira volante. El viento la impulsó hacia las murallas de la ciudad. Unas cuantas figuras diminutas consiguieron escapar. El paracaídas de una de ellas estaba ardiendo.

—Sant'sima Mari —susurró una voz, y Tresa se refugió entre los brazos de Ruori, tapándose la cara.

VIII

Al caer la noche, se encendieron las velas en todo el palacio. Sin embargo, no borraron la fealdad de las paredes desnudas y los techos ennegrecidos por el humo. Los centinelas que se alineaban en la sala del trono estaban andrajosos y cansados. Ni siquiera S'Anton se regocijaba, todavía. Había demasiados muertos.

Ruori ocupaba el trono que se alzaba sobre la tarima del calde, teniendo a Tresa a la derecha y a Páwolo Dónoju a la izquierda. Hasta que se eligiera a un nuevo grupo de oficiales, éstos debían asumir la autoridad. El don se encontraba rígidamente sentado y mantenía la cabeza vendada muy alta; pero de vez en cuando sus párpados amenazaban con cerrarse. Tresa lo observaba todo con sus enormes ojos, envuelta por una inmensa capa. Ruori se encontraba a sus anchas, un poco más contento ahora que la lucha había finalizado.

Había sido muy desagradable, incluso cuando las animadas tropas municipales se lanzaron a la calle y le llevaron a los enemigos supervivientes. Demasiados hombres del aire lucharon hasta la muerte. Los centenares de prisioneros, procedentes en su mayoría de la primera victoria maurai, constituían un peligroso botín; nadie sabía qué hacer con ellos.

—Pero, por lo menos, sus huestes han sido derrotadas —dijo Dónoju.

Ruori meneó la cabeza.

—No, s'ñor. Lo siento, pero sus dificultades no han concluido todavía. En el norte hay miles de aeronaves parecidas, y un pueblo fuerte y hambriento. Volverán.

—Les haremos frente, capitán. La próxima vez estaremos preparados. Una guarnición más numerosa, globos de protección, cometas de fuego, cañones que disparen al aire, posiblemente una flota aérea propia..., ya pensaremos lo que es más conveniente.

Tresa se movió, inquieta. Su voz expresaba nuevamente energía, aunque resultaba fácil observar que odiaba su vida.

—Al final, seremos nosotros los que les declaremos la guerra. No quedará absolutamente nadie en las altiplanicies de Corado.

—No —dijo Ruori—. Eso no puede ser.

Ella giró bruscamente la cabeza; le miró con fijeza desde las sombras de su capucha. Al fin, dijo:

—Es cierto que se nos ha ordenado amar a nuestros enemigos, pero usted no puede referirse a los hombres del aire. ¡Ellos no son humanos!

Ruori se dirigió a un paje.

Traigan al jefe prisionero.

—¿Para oír nuestro juicio sobre él? —preguntó Dónoju—. Eso debe hacerse formalmente, en público.

—Sólo para hablar con nosotros —dijo Ruori.

—No le comprendo —dijo Tresa. Se interrumpió, incapaz de mostrar el desprecio que pretendía—. Después de todo lo que ha hecho, de repente ha perdido toda su hombría.

El se preguntó la razón de que a ella le doliera decir tal cosa. No le habría importado si la muchacha hubiera sido otra persona cualquiera.

Loklann entró escoltado por dos guardias. Llevaba las manos atadas a la espalda y tenía sangre seca en la cara, pero andaba como un conquistador bajo las picas. Cuando llegó al estrado, se detuvo, separó las piernas, y sonrió a Tresa.

—Bueno —dijo—, así que encuentras menos satisfactorios a éstos y quieres que yo vuelva.

Ella se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Matadle!

—¡No! —exclamó Ruori.

Los centinelas vacilaron, con los machetes a medio desenvainar. Ruori se levantó y agarró a la muchacha por las muñecas. Ella se debatió, rugiendo como un gato salvaje.

—Pues no le maten —accedió al fin, con voz tan ronca que apenas nadie la entendió—. Por lo menos, no lo maten en seguida. Que tenga una muerte lenta. Estrangúlenlo, quémenlo vivo, atraviésenlo con sus lanzas...

Ruori continuó sujetándola hasta que se tranquilizó.

Al soltarla, ella tomó asiento y empezó a llorar.

Páwolo Dónoju dijo con voz cortante:

—Creo que ya lo entiendo. Indudablemente, debe administrársele un castigo adecuado.

Loklann escupió en el suelo.

—Desde luego —dijo—. Cuando un hombre está atado, se le pueden hacer toda clase de juegos sucios.

—Cállese —ordenó Ruorí—. Está perjudicando su propia causa; y la mía.

Se sentó, cruzó las piernas, unió los dedos en torno a sus rodillas, y miró fijamente hacia delante, en dirección a la oscuridad del fondo de la sala.

—Sé que han sufrido mucho a causa de este hombre —dijo prudentemente—. Es posible que sus compatriotas les hagan sufrir más en el futuro. Son una raza joven, incautos como niños, tal como sus antepasados y los míos lo fueron también. ¿Creen acaso que los perios se establecieron sin violencia y sangre? ¿O bien, si no recuerdo mal su historia, que el pueblo español fue bien recibido por los inios que habitaban aquí? ¿Que los inglis no llegaron a N'Zealann con matanzas, y que los maurai no eran caníbales? En una época de héroes, el héroe debe tener un oponente.

»Su verdadera arma contra los hombres del aire no es un ejército, enviado a perderse en montañas desconocidas... Sus sacerdotes, comerciantes, artistas, navegantes, costumbres, cultura..., existen muchos medios para que se inclinen ante ustedes, si los emplean bien.

Loklann se sobresaltó.

—Maldito diablo —susurró—. ¿Piensa realmente convertirnos a... la fe de una mujer y la jaula de una ciudad? —Agitó la rubia cabellera y rugió hasta hacer estremecer las paredes—. ¡No!

—Se necesitará uno o dos siglos —dijo Ruorí.

Don Páwolo sonrió irónicamente.

—Una venganza refinada, s'ñor capitán —admitió.

—¡Demasiado refinada! —Tresa apartó las manos de su rostro, hizo una larga pausa, levantó unos dedos agarrotados y los dejó caer como si quisiera arrancar los ojos a Loklann—. Aunque pudiera hacerse —replicó—, sí es que ellos tuvieran alma, para qué los queremos, a ellos, o a sus hijos, o a sus nietos..., ellos que han asesinado a nuestros niños en el día de hoy. Ante el Dio todopoderoso..., soy la última Carabán y dispondré de seguidores que hablen por mi en Meyco..., nunca habrá otra cosa para ellos más que la exterminación. Podemos hacerlo, lo juro. Muchos tekkanos nos ayudaran, para hacerse con el botín. Todavía viviré para ver arder sus casas, sus cerdos, y a sus hijos acosados por perros.

Se volvió bruscamente hacia Ruori.

—¿De qué otro modo estaría segura nuestra tierra? Estamos rodeados de enemigos. No nos queda más remedio que destruirlos, o ellos nos destruirán a nosotros. Y nosotros somos la última civilización mericana.

Se apoyó en el respaldo de su asiento y se estremeció. Ruori le asió una mano. Estaba fría. Durante un instante, inconscientemente, ella le devolvió la presión, y después la apartó.

El lanzó un suspiro de cansancio.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo—. Lo siento. Comprendo cómo debe sentirse.

—No es verdad —repuso ella entre dientes—. No puede.

—Pero, al fin y al cabo —dijo él, con forzada sequedad—, yo no soy sólo un hombre con deseos humanos. Represento a mi gobierno. Debo regresar para contar lo que hay aquí, y ya preveo su respuesta.

»Les ayudarán a rechazar cualquier ataque. Esta no es una ayuda que ustedes puedan permitirse el lujo de rehusar. Los hombres que serán responsables de Meyco no van a declinar nuestro ofrecimiento de alianza sólo para conservar una precaria independencia de acción, digan lo que digan unos pocos extremistas. Y nuestras condiciones serán muy razonables. Les pediremos poca cosa más que una política de conciliación y relaciones amistosas con los hombres del aire, en cuanto ellos se hayan cansado de estrellarse contra nuestra defensa unida.

—¿Qué? —exclamó Loklann. A no ser por esta exclamación, el silencio que reinaba en la sala era absoluto. Todos los ojos se volvieron hacia Ruori.

—Empezaremos con ustedes —dijo el maurai—. A su debido tiempo, usted y sus compañeros serán escoltados hasta su país. El rescate consistirá en que su nación permita la entrada a una misión diplomática y comercial.

—No —dijo Tresa, como si el hecho de hablar le produjera un tremendo dolor en la garganta—. A él no. Devuelva a los demás si no tiene más remedio, pero a él no..., para que se jacte de lo que ha hecho hoy.

Loklann sonrió nuevamente, sin apartar los ojos de ella.

—Lo haré —dijo.

La cólera se adueñó de Ruori, pero mantuvo la boca cerrada.

—No lo comprendo —titubeó don Páwolo—. ¿Por qué favorece a esos animales?

—Porque están más civilizados que ustedes —dijo Ruori.

—¿Qué? —El noble se puso en pie de un salto, haciendo ademán de desenvainar la espada. Rígidamente volvió a sentarse. Con voz helada, dijo—: Haga el favor de explicarse, s'ñor.

Ruori no veía el rostro de Tresa, oculto por la noche particular de su capucha, pero la sentía tan lejos de él como una estrella.

—Tienen aeronaves muy perfeccionadas —dijo, retrepándose en el sillón, agotado y desprovisto de la habitual sensación de victoria: ¡Oh, gran Tanaroa, haz que pueda dormir esta noche!

—Pero...

—Lo hicieron partiendo desde cero —explicó Ruori—, y no como una simple copia de las técnicas antiguas. Empezando como refugiados, los hombres del aire crearon una agricultura que puede enviar a sus guerreros por millares desde lo que era un desierto, y sin embargo, no necesita hordas de peones. Después de interrogarlos, he averiguado que tienen energía solar y energía hidroeléctrica, una gran industria química sintética, una navegación muy desarrollada con las matemáticas que eso implica, pólvora, metalurgia, aerodinámica... Sí, me atrevería a decir que es una cultura desequilibrada, una delgada capa de conocimientos sobre una masa ampliamente ignorante. Pero incluso la masa debe respetar la tecnología, porque dé lo contrario no habría podido llegar hasta donde ha llegado.

»En resumen —suspiró, preguntándose si lograría que ella lo comprendiera—, los hombres del aire son una raza científica, la única, aparte de nosotros mismos, que los maurai hayamos descubierto. Y eso les convierte en algo demasiado precioso que no debemos perder.

«Ustedes tienen mejores modales, leyes más humanas, un arte más refinado, una visión más amplia, todas las virtudes tradicionales. Pero no son científicos. Utilizan los conocimientos que han heredado de sus antepasados. Como no hay más combustible fosilizado, dependen de la fuerza muscular; así pues, es inevitable que tengan una clase obrera, y siempre la tendrán. Como las minas de hierro y cobre están agotadas, arrasan viejas ruinas. En su país, no he visto que se investigue la energía del viento, la energía solar, las reservas energéticas de las células vivas... para no hablar de la posibilidad teórica de la fusión del hidrógeno sin una carga iniciadora de uranio. Irrigan el desierto con un esfuerzo mil veces superior al que se requiere para cultivar el mar, pero nunca han tratado de mejorar sus técnicas de pesca. No han explotado el aluminio, que aún es muy abundante en el barro, ni han tratado de hacer aleaciones resistentes; no, sus agriculturas usan herramientas de madera y vidrio volcánico.

»Oh, no son ignorantes ni supersticiosos. Lo único que ustedes no poseen es el medio de adquirir nuevos conocimientos. Son un pueblo magnífico; el mundo es agradable para ustedes; les amo tanto como odio a ese diablo que tenemos ante nosotros. Pero la verdad es, amigos míos, que si les abandonara a su suerte, irían retrocediendo hasta volver a la Edad de Piedra.

Sintió que recuperaba toda la energía perdida. Alzó la voz hasta que ésta llenó la sala.

—El camino que siguen los hombres del aire es el camino que lleva hacia fuera, hacia las estrellas. En este aspecto, que es el más importante, son más parecidos a los maurai que ustedes. No podemos dejar que nuestros semejantes mueran.

Entonces se sentó, en silencio, bajo la afectada sonrisa de Loklann y la mirada colérica de Donoju. Uno de los centinelas cambió de posición, con un débil crujido de su peto de cuero.

Al fin, en voz sumamente baja, Tresa dijo:

—¿Es ésta su última palabra, s'ñor?

—Sí —dijo Ruori. Se volvió hacia ella. Al inclinarse hacia delante, se le cayó la capucha hacia atrás, quedando iluminada por la luz de un candelabro. Y la vista de sus ojos verdes y sus labios separados le devolvió la sensación de victoria.

Sonrió.

—No espero que lo comprenda inmediatamente. ¿Me permite que se lo explique otra vez, varias? Cuando haya visto las Islas, como espero que así ocurra...

—¡Extranjero! —chilló ella.

Descargó una mano sobre su mejilla. Se levantó y, bajando los escalones del estrado, salió de la sala.

FIN